

FRANCISCO MORALES PADRÓN

He vuelto

Canarias 1991



FRANCISCO MORALES PADRÓN

He vuelto

Canarias 1991



GOBIERNO DE CANARIAS
CONSEJERIA DE LA PRESIDENCIA

Edita: Gobierno de Canarias
Consejería de la Presidencia
Servicios de Publicaciones

Imprime: Imprenta Pelayo

Depósito Legal G. C. 1234 - 1991

PRESENTACION

Creo que a nadie en Canarias se le ocurriría hoy presentar en sociedad a Francisco Morales Padrón, Premio Canarias 1990, pues, sus obras y méritos, están, puede decirse, bien difundidos, y su valía reconocida por todo nuestro pueblo.

Sin embargo, me cabe el honor de presentar una nueva recopilación de algunos de sus ensayos sobre la realidad canaria y diversos artículos periodísticos, que, desde la Vicepresidencia del Gobierno de Canarias, y con motivo de las celebraciones del Día de Canarias de 1991, se ha estimado oportuno publicar, pues se contribuye así a la permanencia de la obra de nuestro ilustre paisano en la memoria de las futuras generaciones, a las que si me atrevo a presentarlo, y no solo como un científico ó como un historiador y hombre de letras, sino, sobre todo, como un amigo, de cuantos le hemos conocido y de su tierra, a la que ama profundamente, con un sentido de la amistad, a la que ha dedicado, desde hace muchos años, hermosísimas páginas, que él ha definido como esa situación emocional que se lleva "un fragmento de nuestra vida, de nuestra personalidad, de nuestros sentimientos", y le hace decir, muy a pesar de que nunca se ha ido del todo de su isla natal, que "HE VUELTO".

Yo , que me enorgullezco de ser un ávido lector de sus obras, no estimo conveniente, desde este prólogo, a manera de presentación, entrar en análisis profundos y concretos de los trabajos que aquí se ofrecen recopilados, pues si, de un lado, como gustaba decir a Shakespeare, la brevedad es el alma del ingenio, de otro, es preferible dejar libre el terreno a la subjetividad del lector, cuando decida

acercarse a la aguda, sabrosa y ágil prosa de Francisco Morales Padrón.

Los artículos y ensayos incluidos en este volumen, cada uno a manera de capítulo, corresponden a un quehacer intelectual que le llevó a ser, mas de una vez, pregonero y autor de ese escrito de urgencia que es siempre la colaboración periodística, colaboración que fue mas allá de lo efímero pues sigue vigente en sus consideraciones.

Ensayos y artículos fueron concebidos y trazados desde una insoslayable canariedad, a la cual el autor nunca renuncia, dibujándose, a través de todos ellos, una sugestiva visión de su pueblo, de su cultura e historia, y, a veces incluso, preludiando el porvenir, a la vez que deja bien plasmados los rasgos de su personalidad, plagada de cariño y benevolencia en la observación de cuanto le rodea.

No me resta sino agradecer a Francisco Morales Padrón la generosa y decidida colaboración, no solo con esta Vicepresidencia del Gobierno de Canarias, sino con cuantos proyectos se le han propuesto en beneficio de todos los canarios, a la vez que dejar constancia de que, con su "HE VUELTO", solo ha decidido amarrarse, aún más, a esa alma suya que nunca partió, que siempre permaneció entre la cumbre y la costa de la isla que le vio nacer.

VICENTE ALVAREZ PEDREIRA

Vicepresidente del Gobierno de Canarias

30 de Mayo de 1991. Día de Canarias.

**“Quien corre allende los mares muda de
cielo, pero no muda de corazón”**

Luis Cernuda: Ocnos

I

INCORPORACION DE GRAN CANARIA

La vieja historia de Gran Canaria envejece un año más en este abril atlántico. Ante nuestra consideración de nuevo el pasado, el hoy y el mañana. Un proceso cuajado de alegrías y congojas, de glorias y de ejemplos, de anhelos y de esperanzas, digno de examinar con mente continental. Porque así es como hay que ver la historia de esta isla grande, de todo el archipiélago, si queremos darle dimensiones universales. Aplicándole criterios-archipiélago, o criterios-islas sólo obtendremos eso: islas y archipiélagos o, lo que es lo mismo, pequeñas unidades y divisiones.

Ochocientos años antes de Jesús las Islas brotan ya en un poeta cuya prosa huele a mar, a yodo: Homero. Las Canarias son para el rapsoda ciego la barrera entre el mundo conocido y los Campos Elíseos; una especie de telón de felicidad. De Homero a Hesíodo, los Campos Eliseos se han convertido en las Islas Afortunadas. Y así, envuelto en el misterio y en la bienaventuranza, el archipiélago va pasando de Estrabón a Plutarco, de Plinio a Juba, de Edrisí a Rábano Mauro, de Petrarca a Bocaccio.

En la Edad Media las ideas sobre el archipiélago no son muy claras como no son muy claras las ideas que Europa tiene del mundo que se extiende más allá del Mediterráneo. El hombre europeo ha vivido casi reducido a la cuenca de este mar aunque en la Alta Edad Media amplía su horizonte hacia Islandia, que se evangeliza, y hacia Groenlandia y América, a cuyos bordes llegan los vikingos en una acción sin transcendencia histórica. En el siglo XII franciscanos y mercaderes tocarán el corazón de Asia y aportarán una más exacta visión de

Oriente, pero pese a esto Europa sigue enclaustrada, rodeada de terrores, de enigmas y disfrutando de una serie de ideas geográficas a cual más disparatadas. Hacia el norte imagina las tierras frías, las nieblas, la última Tulé. Rumbo a occidente supone el terror del mar tenebroso, los abismos, el mar de hierbas. Hacia el sur cree que se extienden las aguas hirvientes, la zona perusta, la zona tórrida inhabitable, la amplia tierra desértica del Sahara. Camino de oriente se le opone ya la valla humana y militar de los turcos y mongoles. Al comenzar el siglo XIV Europa iniciará la ruptura de este cerco mediante una serie de salidas que irrumpen por el portillo de Gibraltar y que le van a llevar directamente al zaguán de América constituido por los archipiélagos atlánticos.

Lusitanos y castellanos fondean sus barcos casi al unísono en las radas canarias. Ambos pueblos viven aupados por una constante histórica: la marcha hacia el sur. Un caminar éste que en 1179 comienza a delimitarse geográficamente y jurídicamente por el tratado de Cazorla. Alizra en 1244 y Soria en 1291 son dos tratados más en este acotamiento y marcha histórica de los pueblos peninsulares. Precisamente en 1291 ocurrían sucesos de suma importancia, como son la caída de San Juan de Acre, que hace difícil el contacto de la Cristiandad con Oriente, y la primera expedición de los descubrimientos organizados: la de los hermanos Vivaldi.

Castilla en su proyección hacia la base del sur peninsular ha ido aglutinando tierras y situando sus fronteras por obra de Fernando III y de Alfonso X hasta Sevilla, Cádiz y Cartagena. Sus sucesores llevarán estas fronteras hasta Canarias donde la marcha al sur, cortada bruscamente por el pacto de Alcázobas-Toledo (1479-80), se transformará en marcha hacia el oeste donde estaban las "Nuevas Canarias".

Según indicamos en el año 1291 comienza el ciclo de navegaciones organizadas por el Atlántico. En principio, glosando al Génesis, fueron los hermanos Vivaldi. Ellos debieron pasar frente a nuestro

archipiélago para perderse en el sur misterioso y cálido. Después - 1312- otro genovés llamado Lazarotto Malocello clavará el banderín de Génova en nuestra fantástica Lanzarote. Un poco más, 1339, Angelino Dulcert se sienta y traza el perfil de algunas islas canarias que permanecen ya para siempre flotando en el portulano de los Médicis (1351), en la carta de los hermanos Pizigani (1367) y en el Atlas del hebreo-mallorquí Abraham Cresques (1375). Sobre las islas Canarias, representadas en estas cartas, figura a veces el escudo de Génova y en torno a ellas se ven navíos tomando el derrotero del sur. Son naves que parecen querer escaparse de estos portulanos que con sus innumerables líneas y rumbos semejan jaulas donde están esos barcos ansioso de huir y alcanzar un mundo presentido. Un mundo que oteará Castilla desde nuestras islas.

Una Castilla que a mediados del siglo XIV participa en la Guerra de los Cien Años, pugna que, entre otras cosas, servirá para ventilar el poder del mar. La Castilla de Enrique de Trastámara es todo un poder marítimo que, unido al de Aragón en el Mediterráneo, harán de España la primera potencia naval de su época. También lo será económicamente gracias a las industrias árabes, al hierro de Bilbao, a la lana de los carneros introducidos por los musulmanes, a las naranjas, al aceite, a los brocados y a las armas damasquinadas. Esta Castilla, que rivaliza industrialmente con el norte de Italia, Sicilia y Flandes; esta Castilla que cuenta con Escuelas superiores árabes ya cristianizadas; esta Castilla cuyo desarrollo cultural explica la precocidad de sus instituciones jurídicas, es la que, codo a codo con Portugal, toma el camino de Africa y de los archipiélagos atlánticos.

Para Castilla serán nuestras islas, que hasta el momento han sido un archipiélago-objetivo un archipiélago- camino. Con relación al Africa fueron fronteras, para Europa objetivo y para América camino: los tres continentes que un día se citaron en nuestras islas y que bien pudieron ofrecer cada uno de los Reyes Magos en esta Natividad de la incorporación de Canarias a Castilla.

Estamos ya en el amanecer del siglo XIV en que un Papa, graciosamente, ha investido a Luis de España con el señorío de las Canarias (1344). Queda de este modo establecido un precedente más del derecho castellano a nuestras islas, derecho que algunos autores remontan a la monarquía visigótica con soberanía sobre Tingitania-Mauritania e islas cercanas. El Papa, en su calidad de Dominus Orbi, concede unas tierras de infieles a un príncipe cristiano con el fin de que las evangelice, exactamente igual a como hará Alejandro VI, ciento cincuenta años más tarde, con el mundo americano, prolongación de este otro al cual Occidente principia a acercarse tímidamente en barcos cuyas velas hinchaban vientos mediterráneos.

Desde entonces es historia la que llega, es el proceso descubridor que viene alargándose del Egeo a Syrtes, a Sicilia, al Estrecho, a las islas atlánticas... Es el tiempo-eje, con terminología de Jasper, que ha sonado para estas tierras sobre cuyos habitantes pesa la leyenda, la profecía. Una profecía que comienza a cumplirse. Los que arriban tienen detrás de sí la creencia de que hacia Occidente, hacia donde se acuesta el sol, hay tierras de felicidad. Los que están en esas tierras, los indígenas canarios, creían "que Dios (les) puso (allí), e olvidónos - dicen ellos mismos - e dijéronnos, que por la vía de tal parte se nos abriría e mostraría un ojo o luz por donde viésemos, y señalaban hacia España, que por allí habían de ver". Algo semejante escucharán los "Amadises de América cuando arriben a las playas de las grandes culturas americanas y oigan hablar de la profecía de Quetzalcoatl, de Viracocha y de Bochica.

Dos civilizaciones estaban frente a frente en esta parte del océano. El "otoño de la Edad Media" contemplaba al neolítico canario. El choque fue interesante, porque los pueblos europeos medievales estimaban, antes de los grandes descubrimientos, que la mayoría de la raza humana era cristiana. Rodeados como estaban al sur y al este por el Islam, se encontraban totalmente aislados de otros pueblos cuya religión no incluía la adoración a dioses antropomorfos. Pero, de pronto, el contacto con Canarias le situó ante un dilema. El

conocimiento de ésta y otras sociedades africanas les impresionó vivamente y les obligó a efectuar un cambio en sus creencias. Europa acababa de tropezar en Canarias con un pueblo cuya religión no tenía dioses con forma humana. Era un pueblo éste fuerte y valiente, de gran estatura, de gran inteligencia, alegre, vivo y cortés, indómito. Un pueblo que no conoce la plata, ni el oro, ni las monedas ni la escritura, ni el comercio por mar. Un pueblo que no edifica casas, que corre velozmente con sus pies desnudos por tierras fragosas, que se esconde en grutas y cavernas. Posee una virtud natural, es fiel y leal. En los textos de Bocaccio y en los documentos portugueses enviados al Papa la descripción que se hace del indígena canario reúne estas notas que son como una prefiguración de la idea del "buen salvaje" del siglo XVIII.

El problema de su condición es la gran interrogante del siglo XIV. No sólo surgen los roces jurisdiccionales entre Castilla y Portugal, no sólo se ponen las bases de un derecho, y no sólo se realizan expediciones de estos pueblos, de mallorquines y andaluces, sino que nace el problema espiritual de la esclavitud y evangelización de esta raza que habla dulcemente y que baila como si fueran franceses, según las crónicas.

El siguiente siglo, el XV, será el de las soluciones. De 1400 a 1483 tiene lugar los hechos cuyo precipitado final constituirá el suceso que ahora conmemoramos. Comprende este lapso citado los años de Juan de Bethencourth, de Enrique el Navegante, de Juan II de Castilla, de los conquistadores Rejón, Algaba y Vera, de los Reyes Católicos en una palabra.

De Juan de Bethencourth a los Reyes Católicos la anexión de las islas corre por cauces particulares. Serán los Reyes Católicos los que hagan de la conquista una empresa estatal comenzando la anexión formal del archipiélago. Pero Juan de Bethencourth marcó el hecho inicial de la expansión ultramarina de Castilla, y fue entonces cuando el archipiélago se incorporó a la corona castellana. Esto se nota

claramente cuando en 1434 los portugueses doblan el cabo Bojador, y por boca del infante don Enrique, piden a Juan II de Castilla alguna de las Canarias. Al infante le interesaba como base y trampolín para sus exploraciones, pero Juan II contestó que no podía acceder ya que las islas estaban “incorporadas en la Corona real de Castilla y en la sucesión della”. Las Canarias, como sería Granada eran “reinos y señoríos mayores”, eran bienes pertenecientes al patrimonio de los reinos castellanos en virtud de lo dispuesto en Las Partidas y en virtud de estimarse que las Canarias, pobladas de infieles, formaban parte de la fenecida corona gótica en unión de Mauritania-Tingitania. Este es el argumento que esgrime Juan II de Castilla al protestar en 1425 y en 1435 a raíz de las expediciones lusitanas remitidas por el Infante don Enrique. Es el mismo título gótico que se esgrime en 1477 cuando los Reyes Católicos quieren justificar la conquista. Y lo mismo que en 1479-80 se dice en Alcázobas-Toledo, que las Islas Canarias “ganadas e por ganar... fincan a los Reynos de Castilla”. Las Canarias son desde primera mitad del XIV bienes públicos, pertenecientes a los reinos de Castilla, incorporadas a ellos, como se comprueba en las cartas de Juan II enviadas al rey de Portugal, en Zurita y en la Bula Sixtina de 1481. Los Reyes Católicos más tarde, en 1487, reincorporarán a Gran Canaria a solicitud de los moradores que le piden prohiban su enajenación.

Nuestras islas pues, están incorporadas a Castilla antes del reinado de Juan II, sin posibilidad de enajenación. Por eso cuando Enrique IV concedió derechos a dos nobles portugueses sobre ellas, a los pocos años revocó la merced “reconociendo el agravio y deshonor que hacía a la corona de Castilla”. Por eso tampoco no había tenido vigencia la venta que Maciot de Bethencourth hizo al Infante don Enrique cediendo a las presiones de éste

Un año después del pacto de Sevilla entre los Reyes Católicos y Diego de Herrera-Inés Peraza, comienza la conquista de Gran Canaria como empresa nacional impulsada por un móvil civilizador. Móvil que no se omitió antes, pues así lo confiesa “Le Canarien” aunque no

faltaron las tropelías e intereses crematísticos que tampoco ahora estarán ausentes.

Hay en esta anexión de Gran Canaria una primera fase caracterizada por las divergencias entre los conquistadores y por la fundación del Real de las Tres Palmas. De 1480 a 1487 se extiende la segunda fase en la cual se obtiene la rendición de la isla y se efectúa la reincorporación a Castilla. Aceptemos por buena la fecha tradicional de 1483 para la rendición y veamos en 1487 el remate jurídico de la conquista.

La fecha de 1483 es un hito que por igual pertenece al pueblo invasor que al indígena. Cuando Alfonso Jáimez de Sotomayor, el 29 de abril de 1483, proclama la sumisión y anexión de la isla en un acto que luego habría de repetirse al ascender al trono un nuevo soberano, no hace sino proclamar el júbilo de Castilla y de la Gran Canaria cuya población en parte comprende ya el significado de la ceremonia.

No podemos olvidarnos del pueblo indígena en este minuto histórico. La raza indígena está muy presente en el heroísmo de un Doramas o en la mediación de un Fernando Guanarteme, que le ha dicho a su pueblo "Los Reyes de España os prometen entera libertad en caso de que queráis ser pueblo suyo... Yo soy ya cristiano y es necesario que también vosotros los seáis".

El pueblo indígena, bien es cierto, fue a veces burlado y hay que admitir con el cronista Andrés Bernáldez que si Pedro de Vera no hubiese sacado a los isleños con engaños, "fuera gran maravilla poderlos sojuzgar".

El Pueblo indígena, reconozcámoslo sin la dureza del Dr. Chil o de Millares en algunas páginas, sufrirá injusticias, percibirá la codicia del conquistador, sentirá su pasión y su afán de riquezas, pero también verá realizarse el anhelo real expresado frecuentemente en frases como la de 1480: "en muy poco tiempo se ganará la dicha isla de la Gran Canaria, e serán tomados e convertidos los canarios que

en ella están”.

El pueblo indígena será vendido como esclavo, pero comprenderá que fueron los hombres , no las leyes, quienes fallaron. Porque al pueblo indígena, se le dio tierra, se le concedió empleos, se le conservó sus rangos y preeminencias, y se aprovechó su valor y conocimientos pues eran “Hombres razonables de buenos entendimientos y de agudo ingenio” como lo evidencia Doramas, Maninidra y Dara.

El pueblo indígena participó en la anexión de otras islas. El pueblo indígena fue a Castilla y algunos,” toda la parcialidad del rey de Telde”, se radicaron en la Puerta de la Carne, de Sevilla. De esa Sevilla había sido escenario de preparativos y de tratos y préstamos para la conquista de las Islas Canarias.

El pueblo indígena, sobre todo , se mezcló con el castellano para originar una nueva raza. La unión del Capitán Gonzalo del Castillo con Dácil, la princesa en cuyo rostro lucía en la versión libre y literaria de Viana “algunas pecas como flores de oro”, simbolizan el gran milagro de la conquista: el mestizaje, la absorción de un pueblo por otro.

La conquista canaria constituyó una valiosa escuela de aprendizaje para Castilla que llevará a la geografía de América, en mayor escala, toda la experiencia de la Reconquista y de la anexión canaria. porque las Canarias fueron “el pequeño Ultramar, la modesta América de nuestra Edad Media”. La conquista insertó a las islas en la Historia de Occidente, de la Cristiandad, y señaló nuevos rumbos en los cuales yacía un continente cuyo hallazgo daría a la historia insular y castellana dimensiones universales.

La conquista hizo que las Canarias dejaran de estar “tras la puerta” como escribe Las Casas.

La conquista aportó el concepto de unidad, inexistente entonces en

el archipiélago y aún dentro de cada isla hartamente fraccionada a veces.

La conquista proporcionó el concepto de Patria nacida aquella mañana de abril de 1483 en que castellanos e indígenas, en una estampa que está pidiendo un monumento en Las Palmas, proclamaron la anexión de Gran Canaria a Castilla.

Alegrémosno, pues, hoy evocando aquellas fechas en que nuestra isla Grande enriquecía el patrimonio de Castilla. Castilla articulaba a su trono una colectividad más y daba otro paso -muy importante- en ese amplio sistema de incorporaciones conque fue haciendo su historia. Nada importaban las diferencias raciales que servirán, más bien, para subrayar cuanto hay de específico en el nacimiento de un gran Estado. Nada importaba que tuviesen otra religión y poseyeran una rudimentaria cultura aquellos primitivos canarios. Lo que importaba era la comunidad de anhelos que desde entonces se efectuaría; lo que importaba era vivir juntos, e ir hacia delante para hacer algo junto. y lo primero que ambos pueblos harían juntos sería América, nueva unidad social preexistente, que Castilla incorporaría a continuación en esa inédita y gran estructura que estaba forjando. Cuando en el XIX suene la hora de la desintegración de las Españas, proceso inverso de la incorporación o totalización, América, por parte, comenzará a dejar de sentirse a sí misma como parte del todo.

Comenzará a dejar de compartir los sentimientos de los demás grupos, en tanto que Canarias seguirá fiel al todo, a Castilla, como cada año por abril proclama la Gran Canaria.

Pero lo decisivo para nuestra existencia no es el pretérito, el ayer, sino el mañana. Como ha dicho Ortega los pueblos se forman y viven de tener un programa para mañana. Eso fue lo que de inmediato hicieron aquellos hombres que en un abril de 1483 proclamaron la anexión y fidelidad a Castilla: Montar un programa para el futuro en que intervenían canarios españolizados y castellanos isleñizados. Y eso es lo que siempre hemos de hacer nosotros: tener presto un programa para el futuro.

II

LA ESPAÑOLIDAD DE LAS CANARIAS

La conquista de las Islas Canarias se inició en el siglo XV y, desde entonces, quedaron vinculadas a Castilla. La anexión total, que duró casi un siglo, se realizó en virtud de doctrinas imperantes. Sostenían ellas que, dado que los indígenas eran paganos y carecían de personalidad jurídica, no eran dueños de sus tierras, que, por lo mismo, se estimaban res nullius (no eran de nadie). Los países cristianos de Europa al descubrir territorios con estas condiciones esgrimían un derecho (el derecho del descubrimiento) que el papado solía respaldar mediante bulas en las cuales se obligaba al país descubridor a evangelizar las tierras encontradas. Esta teorías aceptadas durante el XIV y XV comenzaron a ponerse en duda a raíz del hecho americano (1511), en que no sólo se cuestionaron los derechos de Castilla al Nuevo Mundo sino que se discutió y puso en cuarentena los métodos usados para realizar la conquista. Basta con saber esto para tener una idea del «derecho» de Castilla a la conquista de las Islas Canarias.

Ahora bien, los castellanos vieron discutidas a lo largo del siglo XV las razones que respaldaban su presencia en Canarias y disputada su anexión por parte de los vecinos portugueses. También estos apetecían las islas, donde llegaron a aposentarse. Tanto a Castilla como a Portugal, el archipiélago canario les interesaba en sí mismo y como base de apoyo en la penetración africana y en la marcha hacia Guinea, en demanda de la ruta de las especies. Un valor muy similar al que hoy se le asigna a nuestras islas y que lo determina su posición geográfica.

El debate castellano-lusitano desapareció con el tratado de Alcázovas

(septiembre de 1479), ratificado al año en Toledo, por el cual Portugal se reservó Azores, Madeira, Cabo Verde y Guinea, en tanto que las «Islas Canarias, ganadas y por ganar... son para los reinos de Castilla», junto con Santa Cruz de Mar Pequeña. Portugal se reservaba todo el Atlántico al norte y sur de las Canarias, más los archipiélagos citados. Nada se dijo del Océano hacia el oeste, Y ese fue el error de Portugal, como veremos. Hasta aquí la historia de lo acontecido hace ahora quinientos años.

No sé si alguna voz se ha dejado oír para evocar estas incidencias de finales del Cuatrocientos que ratificaron la españolidad de las Canarias. Creo que ha primado el silencio ¿ignorancia? ¿timidez, flaqueza, apocamiento? Me parece que se trata más bien de lo último y es por eso, como historiador español y canario, que exponemos en voz alta lo escrito y lo que sigue.

Vivimos, hace ya cierto tiempo, una época de audaces, trapaceros y embrolladores. La época del río revuelto. Por desidia, por atonía, o por temor, nadie sale al paso de las trápalas, descaros y embustes de estos desenfadados oportunistas que dan gato por liebre al ingenuo o al ignorante. Y así estos osados imponen sus criterios, sus verdades y sus galimatías, tras las que se esconden tremendas faltas de formación en las materias que alardean dominar. Nunca hemos contemplado una profanación tal de la palabra como ahora.

Hablar en español (así se llama nuestra lengua, la lengua de España, según Menéndez Pidal, que sabía más de filología que doscientos improvisados políticos-filólogos), viene de fabular que, a su vez, procede del latín *fabulari*, contar o conversar. *Fabulari* está relacionado con *fans* (el que habla) y con *infans* (el que no habla). De ahí la palabra infante o niño que no podía hablar. Por otro lado, palabra se deriva de *parábola*. Así lo encuentro explicado por el filólogo Angel Rosenblat. Veamos, pues, como el hablar y la palabra están asociados a la fábula y a la parábola. El lenguaje actual, tanto el hablado como el escrito, tiene en cuenta tales vinculaciones, pero

en formas extraviadas. Se fabula mucho; se profana la palabra y se le da la razón a quien dijo que el lenguaje les fue concedido a los hombres para ocultar sus pensamientos. Tal lo que hacen muchos temerarios jugadores a dos paños. Pero con ser grave esto, más grave es la falta del que no usa el lenguaje o la escritura y enmudece.

Hay quienes ponen en duda la españolidad de las Islas Canarias, y hay quienes se callan y no la defienden. Los primeros hacen gala de una sorprendente indocumentación histórica, los segundos adolecen de amnesia o canguelo. Por un momento vamos a imaginar que este año de 1979 hubiera caído dentro de otras circunstancias políticas en que no imperasen el confucionismo, los trasvases, la conveniencia etc...¿Que hubiera sucedido? Seguramente la prensa hubiera lanzado más de un artículo; se hubiera organizado algunas que otra conferencia, etc. Nada de esto ha acontecido. Al contrario: un letal silencio. Porque el que debiera y pudiera decir algo, razona para su colete; yo me callo por si acaso me tachan de tal o de cual, me hagan la guerra o el vacío, etc.

Nadie se atreve a escribir y proclamar que, desde 1479, las Islas Canarias forman parte de la Corona de Castilla y de Europa en cuanto en ellas se implanta la Cultura occidental. Antes que en Granada y Navarra, que se incorporan en 1492 y en 1512, Todavía hoy existen en Granada más elementos étnicos y culturales africanos que en Canarias.

Todavía hoy un canario cuando viaja a Europa no dice «voy a Europa», sino «Voy a Inglaterra», voy a Italia, voy a Suiza», considerándose él -el canario- parte de ese todo donde está integrado el inglés, el italiano o el suizo. Los reyes de España, lograda la unidad nacional, se titulaban en sus reales provisiones soberanos de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia..., de las Islas Canarias... Un conjunto de reinos unidos, no fusionados, dotados de una serie de elementos jurídico-políticos comunes, y al tiempo, gozando de ciertas

libertades o facultades en atención de sus peculiaridades.

Fue, pues, en 1479 cuando las Islas Canarias por el Derecho Internacional formaron parte de Castilla. Castellanos, andaluces, vizcainos e indigenas canarios pusieron punto final a la conquista casi unos veinte años más tarde. De tales elementos étnicos y de posteriores inmigraciones descienden los canarios actuales dueños de un modo especial de instalación -como diría Julián Marías- ante la vida. Es el modo de ser canario. Intentar aislar o desconectar biológicamente y culturalmente a las Canarias del añejo hontanar que las nutrió en siglos pretéritos constituye una distorsión histórica inadmisibile.

Con ser transcendental el acuerdo de Alcázovas para el destino de nuestro Archipiélago, más lo es si lo examinamos en función de América. Porque gracias a él se hizo posible el descubrimiento de 1492. Al reconocer Portugal en 1479 la españolidad de las Canarias y silenciar el Océano en su rumbo oeste, estaba tolerando en el Atlántico una avanzadilla hispana justamente sobre el paralelo 28º latitud N. idóneo por los vientos alisios para navegar hacia el Oeste y encontrar América. Por eso fue colón a Canarias en 1492. Por que no podía hacer escala en ningún otro conjunto insular del Atlántico, y porque sabía que de nuestras Islas discurrían unos vientos favorables hacia ese Oeste silenciado en 1479. He aquí la doble importancia del Tratado de Alcázovas; sirvió para confirmar internacionalmente la españolidad de Canarias y puso las bases del hallazgo colombino.



III

EL PREGON PREGONADO : EL AMOR AL PINO

Perdonar que yo venga a pregonar lo que ya está pregonado. Porque el pregón ha de anunciar lo que no es preciso decir: lo que susurró el Angel. “Dios te salve María, llena eres de gracia , el señor es contigo....”

El pregonero viene a manifestar lo que nuestro pueblo está exaltando todo el año: el amor al Pino. Perdonad, pues, que intente proclamar lo que nuestra tierra, con puntualidad, expresa anualmente mejor que este desamparado y audaz pregonero. Un pregonero, filial y enamorado, con fe en el Pino en este momento y siempre que con las raíces en el aire, pues vive fuera de sus islas, tiene que hacer un esfuerzo tremendo para lograr el clima espiritual idóneo, donde su pregón pueda inspirarse. Un pregón que pudiera ser el exponente y canto de la nostalgia isleña de quien, por imperativos de la vida, ha de vivir alejado de su pueblo.

Y en este esfuerzo y empeño surgen incontenibles, y en relación con el Pino, paisajes y vivencias de la infancia por culpa, sin duda, del desarraigo natal. Nací en un paisaje limitado, de cercano horizonte. Un pueblo, capitaneado por su torre oscura y cuadrada, que se alza en un escarpe con leve llanura, entre cercanos barrancos y unas líneas montañosas que ascienden para morir en la Cumbre o descienden para enterrarse en el mar. Un mar, mas presentido que visto, se deja ver en un trozo azul pequeño que entra a través de una rendija risquera por la que a la imaginación le es fácil colarse en un intento por escapar al cerco telúrico. Ahora, que estoy lejos del paisaje de mi niñez, siento como un apretujón en el corazón al evocar con excesivo realismo el sentimiento de clausura dominante en mi infancia y que

me llevaba a soñar quiméricos viajes sobre los mapas de un atlas o los que enseñaban unas estampas, que traían ciertas cajas de cigarro. Pues bien, al otro lado de mi paisaje infantil -breve, montañoso, con palmeras, eucaliptos y flores, muchas flores- estaba Teror. La villa de Teror se situaba a las espaldas de una de aquellas cadenas montañosas que sólo traspasé una vez como romero al Pino.

El romero es un hombre en camino. El romero es un devoto que camina a cumplir algo que ha prometido. No podemos emplear otro verbo sino este de caminar, tan canario y tan poético, si queremos expresar mejor esa acción físico-espiritual que es la de ir a un sitio con una carga anímica.

Desde niño había visto partir a los romeros y a las parrandas camino del Pino, la peregrinación por excelencia, la que moviliza y conmueve a la totalidad de las voluntades de la isla. Porque ¿quien no a ofrecido ir a Teror a ver a la Virgen por lo menos una vez en la vida?. Esa por lo menos una vez la vivimos hace una treintena de años. Como casi todos los romeros caminé en compañía de otros amigos a lo largo de una noche densa en oscuridad y salpicada de luces, voces y guitarras. Ahora que pienso en ello, compruebo que sólo retengo el nombre de uno de mis acompañantes, los demás los he traspapeleado en la memoria; pero mantengo viva las sensaciones de aquella caminata que desembocó en un amanecer terorense junto a centenares y centenares de canarios que, portando paisajes telúricos, y del alma, y llevando sus dolores, penas, problemas, alegrías, peticiones y acciones de gracia, iban entrando en la Roma canaria y sumergiéndose en el bullicio del día.

Como éramos jóvenes aún carecíamos de historia, de exigencias, de necesidades. Aún no nos sobrecogía como hoy los egoísmos, las injusticias y las violencias. No recuerdo haberle pedido nada especial a la Virgen; y si algo le demandé (a las madres siempre hay algo que pedirle, de las madres siempre se espera algo), y si algo le demandé, lo he olvidado ya confundido en el revoltijo de súplicas lanzadas en el

discurrir de nuestra vida. Sin embargo, ya entonces alguien rogaba y ofrecía por nosotros. Nuestra madre -porque de madre a madre el entendimiento es más fácil- pedía y hacía promesas hasta endeudarse de tal manera que tuvo problemas de conciencia con los años. No sé, Virgen del Pino, si ya te ha pagado todo lo que te ha prometido. Larga vida le ha otorgado Dios para ello, pero más largos han sido sus compromisos porque ha dispuesto de más tiempo para implorar. Si aún no hubiera “saldado” sus “cuentas” mi petición de hoy, Santísima Virgen del Pino, es que la liberes de sus deudas contigo. Y con ellas a tantas otras madres canarias que con sólo el amor que te han dispensado han dado sobradas muestras de solvencia. Cóbrales en amor, y no en rosarios, ni en novenas, ni en lacerantes caminatas o andares arrodillados, aunque sean estas manifestaciones, maneras -porque obras son amores- de testimoniarte su filial devoción.

Pero volvamos al instante en que mi paisaje juvenil se unió al de Teror en una mañana de septiembre imborrable. Allí abajo estaba la Villa Mariana con su torre octogonal y amarilla, por donde aquel día pasaban los latidos de la isla. No sé si imaginé algo en aquel momento. Hoy, sin encontrarme en la altura que situaba a la Villa a nuestros pies, he sido capaz de recrear la vista que Teror ofrecía cuando la Virgen decidió acercarse a aquellos pagos idólatras o paganos aún. He visto pinos por todas partes, pinos alegres, nada sombrío, recubriendo los campos terorenses acariciados por corrientes de agua. He visto lo que una de las fuentes históricas más antiguas (1646), y no usada aún en la historiografía del Pino nos dice:

Teror ...« es un lugar de mucha recreación porque hay en el muchas huertas y variedad de todas frutas, todas ellas muy buenas y sazonadas, y en particular hay unas peras pardas de mucho regalo y con toda abundancia y grandes, pues cada una pesa libra y más y otras menores. Estas frutas duran mucho tiempo engraneladas, de donde se conducen para la ciudad principal y otras partes. Tiene muchas aguas corrientes y fuentes frigidísimas, y en particular tienen una fuente de agua agria, muy sana y necesaria para muchas

enfermedades de piedra y orina que el que la continúa nunca padece ese mal. Es agua que ayuda mucho a la digestión. Y sí es necesario buenos alimentos para beberla, y se ha hecho la experiencia poniendo en ella un pichón pelado, y en distancia de tiempo de hora y media, se tenía ya casi consumido, y así no alimentandose bien causa algunas cámaras y corrupción. Pero no con tanto exceso que dañe a la salud en demasía» (1).

La tristeza se apodera de cualquiera al leer estos testimonios de hace trescientos años, cuando el agua no era un problema y las entrañas de la isla no sufrían la arteriosclerosis actual. Y a la desaparición del agua siguió la del arbolado o viceversa. Al socaire de esta visión o descripción de una riqueza que ya no existe por ignorancia y por lucro, nos viene a la mente unas consideraciones entorno a la botánica y la historia grancanaria.

Palmeras y pinos han estado presentes en los principios de nuestra historia civil y religiosa. Un bosque de palmeras, a la vera de un barranco de aguas corrientes, dio cobijo a los que llegaban en son de conquista. El campamento se transformó en una ciudad, y la ciudad tomó del bosquecillo prontamente esquilmo el nombre de Las Palmas. En un bosque de pino creció el que la sirvió a la imagen de la Virgen de camarín y peana, y del que la advocación tomó el nombre, que desde entonces adoptaron las mujeres de nuestra tierra. La crónica antes citada nos refiere algo de esto de la siguiente manera: "Llámase Nuestra Señora del Pino por causa de que tradiciones antiguas se dice haber aparecido en un pino que hoy día está delante de la puerta principal de la iglesia, distante de la puerta cuatro varas: es un pino hermosísimo y muy alto y grueso, que tendrá en redondo mas de catorce varas muy largas; en este pino, en el medio de el, según

(1) Francisco López de Ulloa: *Historia de la conquista de las Siete Yslas de Canarias*. Año 1646. Apud, *Canarias; crónicas de su conquista*, por Francisco Morales Padrón. Exmo. Ayuntamiento de las Palmas. El Museo Canario, 1978, página 323.

me han testificado testigo de vista, está una losa de piedra viva, y en ella están estampadas dos señales de pies, y de la propia losa nacen dos dragos pequeños que de lo bajo se ven. Estos dragos están todo el año verde, sin haber allí tierra ninguna, consecuencia evidente de haber estado allí la Virgen Santísima...

Por tradición antigua -continúa el relato- se dice que al pié de este pino, en un hueco que hace el propio en sí, había una fuente de agua de la cual lavándose los enfermos de cualquier lepra o enfermedad que tuviesen eran libres de ella... da este pino una resina muy blanca con la cual, aplicándola a heridas, sanan de ellas aunque sean muy grandes y peligrosas. Majestad Divina por intercesión de su Madre Santísima, que nos ampare y favorezca en todas ocasiones. Es tan singular esta Señora que si no temiera el ser prodigio, refiriera muchas grandezas suyas, pues todos los que han sido y son sus devotos han alcanzado particulares mercedes por su intercesión». Singular Señora; pino hermosísimo, losa con huellas, fuente milagrosa, resina sanadora... he aquí las coordenadas de la « Historia de las tradiciones del Pino ». Un pino que sucumbió el 3 de abril de 1684, pronto hará trescientos años. Pero para entonces en el corazón de cada canario nacía un pino para albergar a su Virgen, que seguía siendo dueña y señora de un inmenso bosque espiritual, al cual no hubo inconveniente en añadir predios materiales. Nos referimos a los donativos y regalos entregados a la Virgen para su mayor gloria, y a la data o tierras de la Virgen del Pino concedidas en la Montaña de Doramas por una real cédula fechada el 19 de septiembre de 1767. La corona otorgó en aquella ocasión al párroco, alcalde y vecinos de Teror, 1.500 reales de vellón... por una vez y a dicha milagrosísima imagen con más de 126 fanegadas de terreno en el barranco de la Montaña de Doramas en el Rapador. Tierras que se comenzaron a cultivar en 1769, lográndose abundantes granos, legumbres y ganado. La data del Pino le ofrecía a la Virgen productos de la tierra, como ahora simbólicamente le siguen trayendo sus hijos al rendirle homenaje y, sin duda, al rogarle que continúe cuidando de esa gran data

inmaterial que es el espíritu isleño, donde hay que cosechar buenos frutos. Frutos de solidaridad, de concordia y de hermandad. Así se los pedimos nosotros a la Virgen y a su Hijo, pues no podemos disociar a María de Jesús. El misterio de María está dentro del misterio de Jesús. Su misión es de corredentora. María, Madre de Dios, es Madre de toda la humanidad.

María es la obra perfecta de la Redención de Cristo y su perfección, según el Concilio Vaticano II, « antecede con su luz al Pueblo de Dios que peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo » la venera. Porque María y su Hijo, que Ella concibió, engendró, alimentó, presentó en el templo y acompañó en sus padecimientos y muerte, es un ejemplo de lo que podemos hacer. En medio de la interminable letanía de piropos a la Virgen del Pino, en medio del cantar de nuestros cantares a la Virgen de Teror en estos días marianos y dentro de esa manera especial que cada pueblo tiene de rendir culto y que el Concilio respeta, hemos de tener todos presentes el valor y significado teológico de María. Y en ese todos estamos todos; desde el intelectual de religiosidad racionalista y abstracta, hasta el pueblo común que en su genuino folklore, sin teología, canta su amor y devoción a la que todas las generaciones llamaron Bienaventura, y a la que nosotros elevamos la oración de nuestro pregón:

Dios te salve Virgen del Pino, Patrona nuestra, que un día cual personaje maravilloso te apareciste a los gentiles canarios e iluminaste sus almas y los valles de Teror.

Llena eres de gracia, como esos dragos verdes, esa resina blanca y esa fuente insólita que en tu pino daban salud a tus devotos.

El Señor es contigo y esté con nosotros, pues en esta tierra siempre sedienta necesitamos muchas cosas.

Bendita Tú eres entre todas las mujeres; bendita y bienaventurada como las mujeres de nuestra tierra, gánigos de la fe al Pino.

Y bendito es el fruto de tu vientre, ese Niño que tienes en el lado del corazón, que nos ofrece « una flor rubia como una rosa » y vuelve su cara « llena de risa » al pueblo. Al pueblo que no cesa de afluir un año y otro año para decirte: Dios te salve María, Dios te salve Virgen del Pino.

IV

LAS AVENTURAS DEL CABALLERO LANCELOT EN SU ISLA

Ha querido el alcalde de Arrecife, el buen amigo don José María Espino Gonzalez, que sea yo quien pregone este año el comienzo de las Fiestas de San Ginés. Gracias por el honor que se me hace, y gracias porque ello me permite volver, una vez más, a esta singular Isla. Ignoro las razones que movieron al señor Alcalde a invitarme; tal vez, pienso, mi condición de canario trasplantado, condición que tiene ventajas e inconvenientes. Ventajas, las que posee siempre el observador de un fenómeno, circunstancias o ambientes, del que no forma parte; las que tiene, me refiero a las ventajas, el que está en contacto con otras realidades distintas y variadas -tierras, hombres, culturas- que le facilitan diferentes elementos para establecer unas comparaciones y valoraciones más objetivas, y más exactas, ajenas al parroquianismo o narcisismo del que, limitado a su horizonte, se cree ser centro del mundo. Centro y lo "mejor". Inconvenientes, muchos; en primer lugar, la no vivencia cotidiana del transcurrir canario y en nuestro caso del lanzaroteño; la posible pérdida de la propia identidad canaria en nuestra personalidad por adherencia a ella de factores de todo tipo que han podido variar mi condición de puro insular.

¿Ejerzo yo de canario?. Son ya cuarenta los años transcurridos desde el día en que abandoné mi ambiente gran canario llevádome el repertorio de paisajes de mi niñez y parte de mi juventud apenas iniciada -tenía 21 años- y el hombre, lo dijo Ortega, es un conjunto de paisajes y de experiencias, y de amistades, que le van determinando. Pese a lo que he dicho, hago una autodefensa, y no obstante mi alejamiento físico del Archipiélago, siempre he tenido mi vida en el paisaje de nuestras Islas, aunque haya estado haciéndome,

conformándome, variando, en otros escenarios y en otro escenario, sobre todo, de fuerte personalidad cultural como es el de Andalucía-Sevilla.

Cierto también, que el que está fuera puede, lo mismo que renegar de lo que tuvo que abandonar, puede, digo, idealizarlo y falsearlo. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importa lo que estoy diciendo?. Puede importar. Todo depende del enfoque que yo le dé a mi pregón. El pregón, para ser tal pregón es un anuncio al que puede acompañar una explicación o una exaltación. El pregonero proclama algo; en este caso de hoy ha de anunciar que las fiestas comienzan al tiempo que invitar a participar en ellas. Es una proclama "urbi et insula", a la ciudad y a la Isla. Puede que al realizar su proclama le acompañe de un canto a la tierra, de una exégesis de las fiestas, de un análisis de la vida del santo patrono y sus significado o aplicación, de un estudio de un concreto aspecto histórico, de una narración lírica del personal conocimiento que se tiene de la ciudad o la isla, etc. Todo esto se ha hecho ya. Y yo no voy ahora a proclamar los encantos, lo insólito, lo increíble, de Lanzarote a los lanzaroteños. Sería regalarles el oído en tono adulator. Esa proclamación la hago estando fuera de Lanzarote. Me resisto, pues, a caer en la fácil tentación de anunciar que Lanzarote es el Paraiso; y me resisto porque me repugna el halago gratuito y, además, porque no es verdad. O es una verdad a medias, porque en el Paraiso también hubo problemas al poco de su creación. Y es que pecados los hay en todas partes. Pecados contra nosotros mismos, pecados contra los demás, pecado contra la naturaleza... Hubo un pecado original, que no es, lo mismo que un original pecado; como originales pecados hay en esta isla y en la otra y en la de más allá. Y si no han habido más es porque desvelados guardianes del patrimonio material e inmaterial han montado una celosa vigilancia. Uno de esos patrimonios son estas Fiestas parte del ser y esencia de la ciudad, de la Isla.

Volviendo al tema de los pregones yo recuerdo siempre al pregonero de Darnius, en Gerona. Fue en Darnius junto a la misma raya con

Francia, topónimo que en árabe significa "lugar de pájaros", donde yo hice en 1.950 las prácticas como Alférez de la Milicia Universitaria. Había, repito, un pregonero municipal que, provisto de una trompetilla, y situado en las encrucijadas, proclamaba, en catalán, las disposiciones del Ayuntamiento. Dábase también, en el mismo pueblo otra manera de anuncio: el de la venta del pescado. Lo proclamaba en las mañanas un repique de campanas, seguido por tanta espaciadas campanadas como pesetas valía el kilo. Lo que no decían las campanas era el tipo de pescado puesto a la venta y, lo reconozco, nunca se me ocurrió preguntarlo. Tal vez porque siempre era la misma especie. A medida que pasaba la mañana los repiques se sucedían y si la venta no era buena las campanadas iban bajando de número.

También en la Sevilla de los 40 y 50 aún habían pregoneros por las calles. Azorín habla de ellos, y Luis Cernuda les dedica a los pregoneros callejeros todo un capítulo de su libro *OCNOS*. Con una música especial, y distinta letra, el vendedor pregonaba su mercancía; recuerdo perfectamente el de el vendedor de "mantillo par las macetas". Cernuda alude a tres tipos de pregones:

"Uno cuando llegaba la primavera, alta ya la tarde", que servía para pregonar claveles. "El segundo pregón era al medio día, en el verano", y llegaba desde la calle llena de sol para anunciar los pejerreyes. "El tercer pregón era al anochecer en otoño", y servía para anunciar alhucemas frescas. (1).

Hace un momento señalaba yo que las fiestas patronales lanzaroteñas son un patrimonio de esta isla. Y bien, ¿qué es Lanzarote?. Dificil pregunta con más difcil respuesta. Apoyándonos en los universales del Bien, la Verdad y la Belleza, tendríamos que aventurar una definición. ¿Qué es Lanzarote?. ¿Es únicamente una geografía singular?. ¿Es, además, una Historia?. ¿Es el quehacer de unos hijos dentro y fuera, una estética, una ecología, unos monumentos naturales

1.- Luis Cernuda: *Ocnos* Universidad Veracruzana Xalapa (México), 1963 págs. 31-34

y otros obras del hombre?. ¿Es todo esto, también una manera de ser, unas costumbres, unas ceremonias, unas fiestas e, incluso lo que no es y se quiere que sea?. Lanzarote es todo; lo mismo es una categoría estética que una especial geografía. Es todo, aunque algunas cosas lo sean de modo más patente, por el tremendo influjo que han tenido en el devenir insular. Lanzarote es una increíble geografía; es una historia llena de agonía-lucha; son sus hijos dentro y fuera de su contorno y lo que ellos han realizado; es sus tradiciones irrenunciables; y es, incluso, lo que se proyecta hacer aunque no se haga. Al fin y al cabo, ese verbo hacer que aquí tiene connotaciones de lucha, de agonía es algo consubstancial a la esencia del lanzaroteño. Lo mismo al que permanece para tejer el encaje de la Geria que al que en 1730 se embarcó para fundar San Antonio de Béjar (2) en tierras hoy de los EE.UU.

Estas fiestas a punto de inaugurarse son parte de la Isla, no puede prescindirse de ellas en una definición de lo lanzaroteño. Ginés, y yo tuve un compañero en el Colegio Viera y Clavijo con tal nombre, sólo se llama en el Archipiélago gente nacida aquí. Las fiestas forman parte del ceremonial del ocio y la diversión insular, que hay que mantener y defender tan denodadamente como el patrimonio histórico-artístico, el geográfico o el ecológico. Porque al lado del cuerpo material de la isla, o dentro de el, yace el alma de sus fiestas, tradiciones y costumbres, tan importantes en la conformación y para la definición de un ser, como su cuerpo o conjunto material.

En ocasiones, por un distorsionado o egoísta concepto del progreso o de lo que absurdamente denominan modernidad, se malversan o se malvenden o se destruyen estos patrimonios físicos y espirituales, sin caerse en la cuenta que se está atentando contra la propia identidad, prostituyéndola. No es que defendamos el inmovilismo, el creer que todo lo pasado fue mejor. No. La evolución, la transformación, la

2.- F. Morales Padrón: *Las Canarias y la política emigratoria a Indias*. I Coloquio de Historia canario-americanos. Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977 págs. 211-291

marca y determino , el mismo cambio y progreso del ser humano, o los cambios de la naturaleza y la conquistas de la cultura, y de la civilización. Ninguno de nosotros defendería ahora mismo la pervivencia de la ciudad de Arrecife de hace cien años. Una viajera inglesa, autora de un curioso libro -curioso por sus atinadas observaciones- que recorrió en el s. XIX la isla, consigna que en la capital solo había un fonda y tres faroles, y en toda la isla dos coches, uno de los cuales era propiedad del vecino de Yaiza don Ruperto Vieyra. Era evidente la pasada prosperidad insular debido a la cochinilla, pero entonces los muelles yacían abandonados y eran muchas las casas vacías. La sequía y el hambre habían obligado a emigrar en 1877-78 a 8.000 personas. Sin embargo, para la extranjera la isla tenía unos extraordinarios encantos: El sosiego, la sensación de no existir el tiempo. Tal vez ella, egoísticamente, se inclinaba por seguir con una sola fonda, tres faroles y dos coches, sin progresar. (3)

Pero la evolución ha de ser armónica sin renunciar a lo propio para dar entrada a lo fugitivo o pasajero, hijo de una moda efímera cuando no de unos inconfesables intereses. Tradición etimológica y jurídicamente, significa entrega. Los pueblos son dueños de un patrimonio que han de transmitir, entregar, de generación en generación. Y si un pueblo abandona sus tradiciones y mancilla su riquezas naturales, se empobrece, y hasta se prostituye si por medio andan intereses bastardos. Un pueblo culto es el que prospera sin prescindir de sus tradiciones, ni malvender su patrimonio sea material o inmaterial. (4)

Llamarse Ginés (desconozco si continúan bautizando niños con este nombre) es un indicio en la personalidad de quien así es

3.- Olivia M. Stone: *Tenerife and its six satellites or The Canary Islands Past and Present*. London, 1887, 2 vols.

4.- Discursos leídos ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras por los Excmos. Sres. Don Antonio Burgos Belchón y don Manuel Olivencia Ruiz en la recepción pública del primero el día 30 de mayo de 1985. Sevilla, 1985.

denominado, al igual que responder al nombre de Pino, al de Candelaria, al de Macarena o Rocio. Nos está indicando una procedencia. No era el nombre de Ginés extraño en siglos pasado, y ahí están los de Ginés de Sepúlveda (el enemigo de Las Casas), o Ginés de Mafra y Ginés de Piedrahita. pero aquí, en Canarias, quien responda al nombre de Ginés casi seguro que tiene filiaciones lanzaroteñas. El nombre es original, tanto, como esto de contar con una advocación masculina para las fiestas patronales, en tanto que en las restantes islas es una advocación femenina, si no estoy equivocado. Lo mismo acontece con el nombre de Lanzarote curioso y literario nombre. También sólo esta isla lleva por onomástico el de un varón.

Las viejas crónicas manifiestan que los indígenas la conocieron como Tite-Roy-Gatra. Leonardo Torriani (5) notifica que a Lanzarote los antiguos la llamaban Pluvialia porque en ella no había más agua que la que llovía; sus aborígenes, sigue el mismo autor, la conocían por Maoh, de donde mahoreros, que, convertida la h en hache aspirada dio majoreros. Y, seguidamente, Torriani, incurre en grave error al suponer que Lanzarote proviene de Lanscort, vocablo pronunciado por los aborígenes y que los acompañantes de Juan de Bethencourth tomaron por el nombre de la isla (Caso similares se dio con Colón al llegar a Cuba). Corrompida la palabra lanscort (que significa bebamos) originó Lanzarote. El mismo Torriani tachó en su manuscrito el párrafo con estas afirmaciones al comprobar lo equivocadas que estaban. Yerro en el que igualmente cae Abreu Galindo (6), y que se fundamenta en el equívoco del nombre Lancelot y la expresión lance l'eau (echa agua).

Lancelot, de donde procede Lanzarote, sin vinculaciones con esa expresión Lance l'eau, ni con Lanza-rotta, es un héroe de extraño

5.- Leonardo Torriani: *Descripción de las Islas Canarias e Historia del Reino de las Islas Canarias antes Afortunadas con el parecer de su fortificaciones.*

Traducción del italiano, con introducción y notas, por Alejandro Cioranescu. Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife 1959 cáps. II y VIII.

6.- Ibidem cáp. VIII p. 38 Nota 1 de A. Cioranescu.

origen céltico autor de múltiples aventuras en la literatura caballeresca. Lanzarote (así traducido al español) es personaje en la novela *Lancelot o el Caballero de la carreta* [*Le chevalier de la charrette*] de Chretien de Troyes, gran novelista francés cuyos textos reflejan los logros culturales europeos de la segunda mitad del siglo XII. En la novela se cuenta que un extraño caballero rapta a la reina Ginebra, esposa del viejo rey Arturo. Lanzarote sale tras el raptor y vive miles y extrañas peripecias, donde figuran decenas de obstáculos similares a los que se ven en otros libros que hablan de "otro mundo". Lancelot es también personaje en el ciclo Lanzarote-Grial, denominado la "Vulgata artúrica", o el Lanzarote en prosa, compuesto entre 1215 y 1230 por autores desconocidos. Es una "summa" novelesca o una novela-río con miles de episodios en la que ya se emplea la prosa en lugar del verso, aunque todavía en el siglo XIII se escribirían algunas novelas en verso, [*Román de la Rose*]. Los críticos del momento que habían rechazado las fábulas de las novelas en verso, aceptan más fácilmente las ficciones de los relatos en prosa. En prosa se escribe el ciclo artúrico, formado por cinco partes: Historia del Santo Grial, Merlín, Lanzarote, Búsqueda del Santo Grial y Muerte del rey Arturo. La obra es anónima y se abre realmente con Lanzarote [*o Lancelot prope*], enorme novela donde se relata la infancia de Lanzarote hijo del rey Ban de Benoic, al que criará la Dama del Lago, hada protectora que lo lleva a la corte del rey Arturo al cumplir los 18 años para ser armado caballero. Será la reina Ginebra quien le entregue la espada y, a partir de aquí, se suceden miles de aventuras y los amores con la reina Ginebra, sin que falte un curioso personaje, "Señor de las Islas Lejanas". Lanzarote figurará así mismo en la búsqueda del Santo Grial y en la muerte del rey Arturo. La obra alcanzó gran fama y difusión hasta finales del siglo XVI. Hubo sucesivas ediciones sin que estuviesen ausentes los continuadores. En Italia en la novela *La Travola Ritonda*; en España en *Amadís de Gaula*; y en otras lenguas se redactan novelas inspiradas en las del ciclo artúrico prototipo de la caballería andante (7).

La Humanidad siempre ha sentido la necesidad de evadirse; cual alimento espiritual ha necesitado de lo insólito, de lo misterioso, de lo fantástico. En estos siglos medievales, y aún en el siglo XVI y XVII, se produce una literatura cuajada de dislates, de rarezas que hoy nos resulta inconcebible. Del libro de John de Mandeville a los escritos de Pedro Mexias o Antonio de Torquemada ya en siglos posteriores, corre una literatura disparatada para el hombre actual, que, sin embargo, se deleita con los libros sobre OVNIS. Y es que el hombre necesita del misterio, del asombro. Asombrar, distraer, era la misión de aquella literatura donde Lanzarote realiza hazañas insospechadas. No faltan por supuesto, quienes tachan de falsedad y vanidades a tales ficciones caballerescas. Y será Cervantes quien se encargue de darle vida a la máxima parodia. Pero desde mucho antes se decía de estos libros que eran corruptores por inverosímiles, inmorales por mentirosos, arreciando los ataques en España a partir de 1524, varios siglos después de su aparición. Autores como Juan de Valdés o Antonio Guevara los denostan, y Pedro Malón de Chaide estima que más que llamarse libros de caballerías debieran llamarse libros de bellaquerías. La afición era enorme, incluso la reina Católica, incluso, Santa Teresa son lectoras de ellos; y no por afición a la mentira o a la inmoralidad, sino por esa urgencia que todavía hoy el ser humano sacia con Superman o James Bond. Obedecía también la ficción a tal lectura al existente culto al valor. El héroe estaba continuamente desafiando a la muerte; un héroe en el que el pueblo admiraba al caballero protector.

España, adonde esta literatura arriba algo tardíamente, produciría en verdad héroes como Lanzarote o Amadís. Porque Amadises de América han sido llamados los conquistadores del Nuevo Mundo, lectores muchos de ellos de tales novelas de caballerías. Lo que pasó en la Conquista de América semeja cosa de las leídas en las novelas de caballerías, por el exotismo del escenario, por los obstáculos, por los mitos autóctonos y transportados que influyen en la penetración, por las hazañas llevadas a cabo, etc. Bernal Díaz del Castillo, conquistador y cronista compañero de Cortés en México, escribe:

“parecía a los libros de Amadís o caballerías”. Y cuando entran en México Tenochtitlán confiesa la admiración que experimenta recordando -escribe muchos años más tarde- que “decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís. Parecer es el verbo que emplea. Y es que Bernal Díaz al igual que Fernandez de Oviedo o el padre Acosta, se preocupaban de aclarar que lo que narraban no eran patrañas inspiradas en los Amadis, sino realidades. Unas realidades que habían comenzado en estas islas Atlánticas.

He traído a colación estas circunstancias americanas del siglo XVI, no sólo para subrayar porqué razonablemente a los conquistadores se les ha bautizado como ‘Amadis de América’ (8), sino para señalar el antecedente real de nuestro Lanzarote, Lanzarote Malocello, al que varios siglos después que se publicara la novela de su nombre y varios antes de que toda América se transformara en una gran novela de caballerías, quiso realizar en Ultramar, buscando tal vez al “Señor de las Islas Lejanas”, hazañas extraordinarias a semejanza del héroe a quien sus padres tomaron el nombre prestado para bautizarle a él. Poco sabemos del genovés Lanciloto Malocello que en la segunda década del siglo XIV llegó a estas tierras, y en ellas vivió, y en ellas alzó una fortaleza. Se habían adelantado al otro genovés, llamado Cristóbal Colón navegante por estos mares casi doscientos años más tarde. ¿A que vino Lanzarotus Malocelus según reza el Atlas de Angelino Dulcert de 1339?. Por entonces los europeos arribaban pretendiendo esclavizar a unas poblaciones casi inermes, en pos de la orchilla para teñir de rojo sus telas, para cambiar mercancías. Más tarde, en el siglo XV, todas las islas del Atlántico gozaron de una curiosa fama: se creía que la sangre del drago o de las tortugas curaban la lepra, tremenda enfermedad medieval. En las islas de Cabo Verde halló Colón durante la singladura de su tercer viaje una colonia de europeos tocados de este mal que se bañaban en sangre de tortuga. Empero los navegantes

8.-Ida Rodríguez Prampolin: *Amadis de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca*. México 1948.

entonces buscaban no sólo esclavos, huevos de avestruz, resinas, pieles, etc., sino una nueva ruta que les llevase a la India. La buscaban los lusitanos navegando hacia Guinea y más al sur; y la encuentran los castellanos guiados por Colón navegando hacia el oeste, en una navegación transversal, intentada más de una vez, pero no idóneamente.

Digamos, a título de simple curiosidad, que el ser humano siempre ha soñado con “otro mundo” situado hacia donde se acuesta el sol. Hacia poniente, la ruta escogida por Colón. La Humanidad de continuo ha soñado con un misterioso país o región, en su empeño por evadirse de la realidad circundante. Ese país lo situaban en el oeste. Lo mismo en las literaturas hindúes, que en las célticas. A ese país se llegaba a través de múltiples obstáculos. En ocasiones esa región, ese “otro mundo”, tomaba forma de isla o de islas, de los Bienaventurados, de las Hespérides...

Los obstáculos estaban representados por barreras acuáticas o de nieblas, cavernas, mares o bosques encantados, puente bajo el agua, colina hueca, montaña o volcán que hacía de entrada a ese otro mundo donde no faltaban seres extraños, magos, enanos, princesas etc. etc. Habían también prados verdes, palacios, jardines y extrañas flores, castillos, fuentes, ciervos blancos (9). ¿A qué vino Lanzarote Malocello a esta ínsula lejana?. ¿Por intereses crematísticos? ¿Buscando otro mundo? ¿En pos de la fama a base de hazañas prodigiosas como su homónimo? (10). Aparece y desaparece tan misteriosamente como algunos personajes del ciclo artúrico. Si no hubiera sido por un mapa se hubiera perdido su memoria y esta isla se llamaría de otra manera.

9.- María Rosa Lidia de Malkiel: *La idea de la fama en la Edad Media Castellana*. Fondo de cultura Económica. México, 1983 p. 263.

10.- Howar Rollin Patch: *El otro mundo en la literatura*. Fondo de Cultura Hispánica. México-Buenos Aires, 1956. Louis-André Vignerás: *La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico* “Anuario de Estudios Americanos”. Sevilla, 1973 vol. XXX pp. 809-863.

¿Quién nos impide a nosotros que fabulemos unos minutos? En esta tierra faltaban fuentes, verdes prados, ciervos blancos, etc. etc., pero había una barrera acuática interpuesta entre ella y Europa: existían extrañas cuevas y montañas o volcanes donde bien podíamos suponer la entrada a otro mundo. No faltaban colinas huecas o burbujas volcánicas; y hasta hubo una princesa, Ico, tan extraordinaria como las de las novelas artúricas. Se daba parte de los elementos para que un caballero llamado, nada menos que Lanzarote, como el homónimo del ciclo citado, escribiese con su hazañas un libro real de caballerías al igual que harían los conquistadores de América. Dado que sabemos poco de Lanzarote Malocello, estamos en libertad de imaginar que en esta Insula de Lanzarotus él vivió aventuras caballerescas semejantes a las del ciclo artúrico. Aquí, como cantaba el viejo romance,

“Nunca fuera caballero - de damas tan bien servido
como lo fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino.
Que dueñas curaban de él, doncellas del su rocino”... (11)

Romance, que Cervantes, adapta hábilmente en el capítulo II de la primera parte de su obra.

“Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban dél,
princesas del su rocino”

Extraña coincidencia la de aquel Lanzarote con la de este don Quijote. ¿Tuvo en cuenta Cervantes el nombre del héroe céltico para bautizar a su personaje?. No lo sé, sin duda los especialistas ya han caído en esta pregunta y hasta han dado respuesta.

11.- *El romance viejo*. Edición de M. Díaz Roig. Cátedra de Madrid, 1982.

La aparición del Lanzarote real en las playas de esta ínsula (1341) significó la apertura del camino hacia América, otro mundo” (12). Lanzarote fue el primer personaje, personaje real, que escribió el primer capítulo de una también real novela de caballerías a la cual los grandes conquistadores darían vida en América. Aquí en Lanzarote, encontró el genovés Malocello, lo que el otro genovés Colón ampliaría años más tarde; un mundo mágico.

12.- Giovanni Boccaccio: *De Canaria et Insulis Ultra Hispaniam* in *Oceano Novitier Repertis*. Apud. Marisa Vannini de Gerlewiez: *El Mar de los Descubridores*. Caracas, 1974 pp. 17-26.

V

EL SEÑOR SANTIAGO

Es fácil y difícil pregonar. Pregonar equivale tanto como anunciar. El pregonero es quien en voz alta publica algo, ofrece algo, preconiza algo, invita algo. Tal pretensión u objetivo puede ser fácil en el fondo, pero puede ser difícil en la forma. Y viceversa. ¿Cómo pregonar lo que interesa ofrecer? ¿Que pregonar?

Mi pregón, cual anuncio veraniego, se desparrama desde las cumbres al mar invitando a todos, a todos, a los que de aquí y a los de allí, a participar en el alborozo de este pueblo en sus fiestas anuales. Queremos que la mayor cantidad posible de paisanos y amigos compartan la alegría anual de San Bartolomé de Tirajana, y que todos derrochen su colaboración y entusiasmo en los festejos, para que no sólo haya fiesta en San Bartolomé, sino para que San Bartolomé sea una fiesta.

Pero el pregón, aparte de constituir el anuncio de algo, suele ser también pretexto para algo; pretexto para evocar vivencias personales si estamos vinculados a la localidad y su festividad; pretexto para realizar una exégesis histórica; pretexto para cantar las bellezas del pueblo...Pretexto para múltiples intenciones. Con el correr del tiempo los temas se le acaban al pregonero, aunque cada uno se esfuerce por marcar al Pregón con la impronta de una personal y singular interpretación. Agotadas las fuentes de inspiración es cuando el pregón se hace difícil. A la dificultad de la forma -que siempre es un dilema- se añade lo espinoso del fondo, del contenido, porque es casi imposible la originalidad, el decir cosas nuevas. Tal convencimiento origina cierta desazón o desánimo.

¿Es ese mi caso? No. No lo fue ni lo ha sido. No lo ha sido porque el mero hecho de regresar a mi tierra es causa de gozo, y esta invitación repetida que me ha hecho el señor Alcalde- testimonio de una consideración y de una amistad que agradezco desde el corazón- me ha permitido volver una vez más a nuestra isla, cosa que me produce un gran placer.

Santo Tomás establece una jerarquía de placeres: el placer causado por la presencia de algo, el placer originado por la esperanza de algo, y el placer nacido por el recuerdo. Retornar a la isla es siempre sumergirse en el entorno donde transcurrió nuestra infancia y parte de nuestra juventud. Volver a poner los pies sobre la orografía insular, contemplar el mar y las cumbres, oír el habla de nuestra gentes, degustar las comidas familiares, saber de los problemas e ilusiones locales, reencontrarse con rostros de amigos y de simples conocidos que discurren por las calles sin que sepamos sus nombres... equivale todo a una cita con múltiples y placenteras presencias. Todas estas presencias nos producen agrado, como ahora nos la ocasiona la esperanza de acertar, de decir lo que la mayoría quiere escuchar. Y sentimos placer también al recordar otros pregones, el de mi pueblo, el de la ciudad de Las Palmas, el del Pino, el de San Ginés, el de la Semana Santa de Sevilla. Hemos de confesar que la evocación de estos pregones no solo nos proporciona deleite, sino cierta tristeza. Pena porque nunca más volveremos a repetir experiencias que consideramos de las mas extraordinarias habidas en nuestra vida. Estamos seguro que, pasado el tiempo, sentiremos placer recordando este pregón de San Bartolomé de Tirajana

Nombres bíblicos marchan unidos en estas tierras atormentadas y calmas de nuestra isla, al igual que anduvieron en tiempos de Jesús. Bartolomé y Santiago. El campo y el mar en una audaz dicotomía nuestra. No sabemos lo que era Bartolomé, pero su nombre quiere decir 'hijo de Tolomeo o Tolmay', que en hebreo significa agricultor. A él San Juan lo llama Natanael, y fue él quien refiriéndose a Jesús comentó que nada bueno podía salir de Nazaret. Jesús lo sorprendió

confesándole que ya lo había visto antes, cuando estaba a la sombra de una higuera, e hizo de él un extraordinario elogio: "He aquí un verdadero israelita en el que no hay engaño". A través de su nombre, ya que no mediante su profesión, Bartolomé representa al hombre del mundo rural, una de las caras de este pueblo; mientras que Santiago, el pescador, el que reparaba las redes cuando lo llamó Jesús, personifica al hombre de la mar tan determinante en el vivir de esta región. Dos santos para un pueblo; uno a conmemorar el 25 de julio, el otro el 25 de agosto.

Nuestro Santiago. Santiago Zebedeo, era hermano de Juan, unido al cual fue llamado por Jesús, de quien recibieron el nombre de Boanerges, equivalente a "Hijos del Trueno" o "Los rayos".

La piedad y la tradición popular declaran que el Apóstol Santiago predicó en nuestra patria antes de regresar a Jerusalén para morir martirizado bajo Herodes Antipas, año 44. Tal la tradición que nos dice que el Apóstol se encontraba un día en la ciudad romana de César Augusta, hoy Zaragoza, a orillas del río Ebro, desalentado por el poco éxito logrado en su predicación entre los paganos españoles, cuando se le apareció la Virgen sobre una columna -que entonces vivía en Palestina- y le aseguró que la fe cristiana no desaparecería de España mientras allí se alzara su pilar. Pero toda esta actividad de Santiago en España, apoyada en una tradición extrabíblica, resulta indemostrable. Es fruto de la piedad del pueblo.

Otra tradición asegura que, muerto Santiago en Tierra Santa, los discípulos embarcaron su cuerpo en una nave que, milagrosamente, depositó su carga en Galicia, entonces Finis Terrae, fin del mundo conocido.

Nada de esto es verdad de fe (1). Se puede negar sin ser hereje. Lo

1) Ernesto la Orden *Miracle: Santiago en América y en Inglaterra y Escocia*, Madrid, publicaciones Españolas, 1970

que no es posible negar es que en el año 813 apareció en Galicia, en un campo bajo el fulgor de una estrella (de ahí el nombre de Campus Stellae - Compostela), unos huesos considerados como los de Santiago y de dos de sus seguidores. Dado que el Santo Sepulcro estaba entonces en manos de los infieles, Compostela, el Campo de la Estrella, se convirtió en el santuario por excelencia de la Cristiandad. Allí peregrinó Occidente siguiendo una ruta marcada en el mismo cielo.

El sepulcro de Santiago surgía cuando España corrían malos momentos, aunque aquellas difíciles circunstancias fueron buenas en cuanto hicieron de Castilla un territorio de cruzada hacia el que convergieron miles de personas. Al aludir a difíciles circunstancias nos estamos refiriendo a las incursiones hasta la misma Compostela del caudillo árabe Almanzor. Quizá aquellas correrías del jefe musulmán fue lo que decidió al señor Santiago a salir en defensa de su rey. El santo, pacífico pescador, es convertido por la mente popular en aguerrido combatiente. Comienzan las apariciones de Santiago. La primera, en la legendaria batalla de Clavijo, año de 834. Santiago el Rayo o Hijo del Trueno se muestra cual jinete o capitán de la caballería cristiana en los combates contra la morisma. Poco mas tarde todos los reyes de España invocaban al Apóstol en sus combates ¡Santiago y cierra España! es el grito de guerra. Cierra en el sentido de acometer, de embestir, y no clausurar como cree la mayoría de la gente.

Hacia el año 1170 es creada la Orden Militar de Santiago, dedicada a defender a los peregrinos europeos que viajan a Santiago, y a ensanchar las fronteras de la Cristiandad . La devoción al santo batallador originó el célebre "Voto de Santiago", una promesa que obliga a entregar al Apóstol parte del botín obtenido en las batallas. Fue así como Santiago de Compostela se convirtió en un gran centro de peregrinaciones y en una ciudad artística.

En 1248 Fernando III el Santo, que se hacía llamar así mismo "Alferez del Señor Santiago", reconquistó Sevilla. Doscientos cuarenta

años más tarde, sucumbe Granada. La presencia musulmana en la Península concluía casi a la par que para los cristianos se abrían las fronteras de Canarias y de América. Primero fue un mínimo y mítico escenario, nuestras Islas; después fue un grandioso y también mítico medio, América ¿Y Santiago El Apóstol en la mente de los castellanos abandonaría su viejo ámbito y les seguiría al otro lado del mar.

De nuevo hemos de retornar a la leyenda y a la tradición. Quieren ellas que unos náufragos que debieron su salvación al Apóstol fundaran esta localidad. Quiere también la tradición que la imagen proceda de una ermita y, se tornaba pesada cuando pretendían llevársela.

Fue un Santiago inofensivo el que llegó a este pueblo. Vino a caballo porque el camino era largo. Iba hacia América. En la conquista de las Islas Canarias Santiago no formó parte de la hueste castellana, que un día en el dramático Ansite rindiera al pueblo aborigen grancanario. Vino pacíficamente con unos náufragos y en la devoción de los conquistadores, que en otro costado de la isla clavaron el topónimo Santiago de los Caballeros de Gáldar.

Habían traspasado las Columnas de Hércules y aparecido en las Islas Canarias, desde donde Colón vislumbró lo que todavía no estaban en los mapas; acompañó al Almirante enredado en los mástiles de sus tres naves; penetró en el verdiazul Caribe abriendo los misteriosos caminos de América; navegó y escudriñó por los litorales y los ríos desconocidos; ascendió a los Andes y bajó a los desiertos y a las pampas; y se perdió, siempre detrás del sol, por el Pacífico camino de Filipinas...Y regresó para quedarse quieto, sin ganas de ganar batallas, en cualquier rincón de cualquier iglesia dispuesto a recibir las oraciones de los descendientes de quienes creyeron en sus apariciones.

Viajando a través de la geografía americana el nombre de Santiago nos sale al encuentro más de doscientas veces, desde grandes

capitales a pueblos humildes, desde instituciones al folklore popular. Hay en América una extraordinaria geografía jacobea: Santiago del Estero (Argentina), Santiago de Chile, Santiago de Quito, Santiago de Guayaquil, Santiago de los Caballeros de Guatemala, Santiago de León de Caracas, Santiago de la Vega (República Dominicana), Santiago de Mérida, Santiago de Cuba... Santiago de Cuba a la que García Lorca dedicó aquel son de negros que decía:

 Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba
 iré a Santiago
 en un coche de agua negra
 iré a Santiago
 Cantarán los techos de palmera
 iré a Santiago.
 Cuando la palma quiere ser cigüeña,
 iré a Santiago.
 Y cuando quiere ser medusa el plátano
 iré a Santiago.

¿Cuántos canarios, cuántos hijos de este pueblo, habrán ido hasta Santiago de Cuba?. Muchos. Algunos, lejos de él, en llegando estas fiestas, habrán añorado el ambiente del pueblo, recordando a sus familias y amigos, y revivido esas especiales sensaciones que toda fiesta patronal nos va inyectando en el alma desde que somos niños. Y habrán cantado:

 Cuando llegue el mes de julio iré a San Bartolomé
 iré a San Bartolomé
 en el caballo del Señor Santiago...

“Santiago” se llamaron naves de Balboa, de Magallanes, de Loayza, de Pizarro. Naves descubridoras que marcaron el comienzo de la Historia Universal al poner en contacto a todos los hombres, a todas las culturas, al tiempo que señalaban cuales eran los límites del mundo.

Santiago, San Diego, fue una notable misión en California, hoy famosa ciudad. Santiago acompañaba a los misioneros, que en el doloroso trasvase cultural lograron que el indígena desposeído de su mundo no quedara solo y desvalido. "Sin la iglesia, ha dicho Octavio Paz, el destino de las Indias (América) hubiera sido muy diverso...(pues)...pertener a la fe católica significaba un sitio en el cosmos". Y eso fue lo que hizo el español en el continente americano: darle sentido a su historia, universalizarla, originar un nuevo ser cultural al tiempo que lo insertaba en un nuevo orden.

Catorce veces se les apareció el Apóstol a los Españoles para ayudarles a ganar batallas. Luchó al lado de Cortés, de Alvarado, de Pizarro, de Francisco Cesar, de Cristóbal de Oñate, de Pedro de Valdivia... Catorce veces. Una de ellas, la cuarta, cuenta el cronista que esa vez no ayudó a los españoles, sino que "quiso proteger a sus nuevos gallegos los indios(¡Nuevos gallegos, que hermosa calificación!), librándolos del estrago de nuestras armas, y dándoles luz para que conociesen el verdadero Dios, y dejándolos tan bien radicados en la fe, que sin embargo de haberse rebelado en varias ocasiones otros pueblos, los de esta provincia de Tonalá, nunca han titubeado. Con razón dispuso el santo que este reino se intitulase de la Nueva Galicia" (2).

Nadie está obligado a creer en todas estas apariciones. Ya en el siglo XVI el famoso conquistador y cronista Bernal Díaz del Castillo, duda que Santiago estuviese con ellos en la batalla de Tabasco, aunque admite entre piadoso y sarcástico que tal vez a él, como pecador, no le fue dado ver al santo. A quien vio, confiesa, fue a su compañero Santiago de Morla montado en caballo castaño. Admitiendo al igual que Bernal Díaz lo dudoso de las apariciones bélicas del Apóstol, no cabe duda que la creencia en ellas ejerció una notable influencia psicológica tanto en españoles como en indios. La fe en el patrocinio de Santiago constituyó una fuerza de primer orden tanto en la

(2) Rafael Heliodor Valle: *Santiago en América*. México, Editorial Santiago, 1946

Reconquista de España como en la Conquista de América. La fe en un Apóstol que era pescador y no guerrero ni jinete.

Un Apóstol en cuyo curriculum ya nadie subraya como méritos aquellas visiones de los conquistadores, producto mas de la fe que de la realidad. Hoy se le recuerda y se celebra su día sin ninguna inquina, con festejos y oraciones diversas. No es una devoción de temor y de miedo. En México, Perú y Bolivia pervive la Danza de Moros y Cristianos, en la que se simula los combates entre españoles ¡y los moros dominadores!.

También en México se mantiene el notable baile de los Santiagos.

En otros sitios-Costa Rica- tiene lugar grandes carreras hípicas.

Hay pueblos mexicanos en los cuales solo sacan en procesión el caballo, y ello se explica porque las llamadas Leyes de Reforma vetaron el culto externo por lo que los indios desmontaron al Apóstol y pasearon a su montura seguros de que ello no estaba prohibido.

En ciertas localidades el Santo posee tres caballos, uno de plata, otro de plomo y otro de yeso, pugnando los indígenas entre sí a ver quien ofrece mas dinero para las fiestas y sacar así el caballo de plata.

En la zona andino-peruana a los nueve meses del acontecimiento y de las consiguientes borracheras entre los indios, nacen muchos hijos cuyos padres ignoran, y se les llaman por eso "hijos de Santiago".

"Su figura es una de la mas hermosas que ilustran los grandes días de los paladines. Cayó el crepúsculo sobre el imperio que ayudó a ganar; pero está airoso aún, vigilante aún, como acechando la oportunidad en que debe hacerse otra vez al aire para caer sobre los codiciosos y los simuladores que se ríen de los santos y de los poetas, creyendo que la justicia y el amor son vanas sombras en la tierra".

Quizás sea necesario que en esta hora, el Apóstol que Jesús apodó "el Rayo" tenga que salir una vez más a la palestra con el fin de ayudar a ganar alguna causa. ¡Hay tantas por ganar!. Pero no en caballo

blanco, con espada, calzón corto, medias y zapatillas, jubón, escudo, capa y brillante morrión emplumado, sino tal como lo pintó el Greco a las puertas de Toledo: largo, enjuto, descalzo y con un cayado en la mano.

Hoy, ahora, dentro de poco en que conmemoramos el V Centenario del Descubrimiento de América y su incorporación a la civilización occidental, y lo que ello supuso para la Historia Universal, las sensibilidades actuales quieren que se escuchen por igual a los descendientes de los que militaban con Santiago, y a los herederos de los que Santiago y sus aliados vencieron. Todos tienen algo que decir. Pero todos han de ser así mismo conscientes de que aquella dualidad del siglo XVI, expresada en ocasiones en choques violentos, y que constituyó un grandioso parto y, como tal parto, significó dolor, vuelve a repetirse en nuestro mundo contemporáneo en el que pueblos ricos y pueblos pobres se enfrentan al futuro dentro de distintas circunstancias (3)

Para romper tal maléfica dualidad no estaría de más invocar el favor de Santiago. No al matamoros o mataindios de la tradición, sino al pacífico que un día se fue detrás de Jesús cuando este le prometió hacerlo pescador de hombres.

Este es el Santiago que necesitamos en un mundo violento y egoísta. El moro, o el infiel o el pagano, de ahora son otros. Los son la pobreza, la ignorancia, la injusticia, la incultura, la droga, el hambre, la violencia. Para liquidarlos queremos que Santiago regrese al igual que el dios bueno de las antiguas cosmogonías americanas. Que venga a ganar batallas contra la maldad. Que venga sin caballo, sin espada, sin adarga, sin divisa de orden militar, para nosotros poderle decir al igual que le rezan los indios cuando lo bajan de su cabalgadura y la pasean sin él:

Santo Señor Santiago
Padre del Dios verdadero
échame tu bendición
para el año venidero.

(3) Manuel Prado Colón de Carvajal: "Palabras ante S.M. Don Juan Carlos I en la presentación de la fundación Fray Toribio de Mogroviejo". Madrid, 1988

VI

LA FUNDACION DEL REAL DE LAS PALMAS

Los fundadores fueron unos seiscientos hombres. Traían treinta caballos. Zarparon del Puerto de Santa María y eran expertos guerreros, pues muchos habían quedado libres tras la batalla de Toro. Sus jefes: el leonés Juan Rejón; el sevillano y clérigo Juan Bermúdez; el aragonés Alonso Jaimes de Sotomayor, alférez mayor de la empresa; el gallego Alonso Fernandez de Lugo...etc.

Amanecieron el 24 de junio, día de San Juan Bautista, en la rada de las Isletas. El déan Bermúdez ofició una misa y les animó inmediatamente; la oficialidad formó sus escuadrones y envió por delante una serie de espías en avanzada exploradora. «Y ellos- dice la crónica primitiva- se fueron marchando poco a poco en orden tras las banderas y las espías que iban delante tomaron un canario biejo, que en aquel tiempo estaua mariscando a la orilla del mar, el cual trujeron luego a la bandera y, entre otros auisos y consejos que dio a los nuestros, les dijo que se sentasen su Real en un lugar que les enseñó que se desía geniguada, que hera lugar fuerte y eminente a la vista del puerto y sus navíos, con agua bastante y el río de geniguada o barranco que llevaua agua perpetua a la mar, que pasava al pie deste sitio, el qual se dise aora la ciudad del Real de Las Palmas...».

Fue, pues, un indígena quien escogió este emplazamiento, cuna de la actual ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. El jefe de la hueste, Juan Rejón, pensaba proseguir hasta Gando, paraje que les era familiar a los castellanos. Pero el viejo indígena cambió el designio del capitán y señaló esta terraza a cuya vera emergía un bosque de palmeras y corría un torrente de agua. Para la mitología griega o

romana, empeñada en explicar los nebulosos orígenes de algunas ciudades, el viejo pescador canario hubiese sido identificado con un dios.

En las mentes de aquellos castellanos y andaluces llenas de horizontalidad, el sitio escogido les debió de parecer pasable o provisional, bueno para un campamento, pero inadecuado para el escenario de una ciudad.

La elección de un lugar donde habría que establecerse una población era uno de los puntos que más subrayarían las posteriores disposiciones reales (1.523). Se comprende este celo a la vista de inadecuados parajes -Isabela, Sevilla la Nueva, Caparra, Habana, Sta. María de la Antigua, Villa Rica de la Vera Cruz etc.- que hubo que abandonar porque no garantizaban la permanencia de un centro urbano. Fue el azar, en forma de anciano, quien eligió el sitio de Las Palmas.

El viejo pescador se esfuma de la crónica primigenia, aunque relatos tardíos señalan que fue bautizado por el Déan y apadrinado por una de los caudillos. Desechemos ahora la historia y amparémonos en la fabulación -es más hermosa en este caso- y aceptemos que el anciano indígena, providencial personaje, se desvaneció tan pronto como los castellanos comenzaron a construir su real o campamento sobre el que , prontamente, se dejó sentir la amenaza avisora y amenazante de los escarmentados pobladores de la Isla. Escarmentados por palabras no cumplidas cuando toleraron la construcción de la torre de Gando. Desde el Norte y desde el Sur, los canarios se descolgaron sobre el Real, defendiendo con fiereza su tierra. Los naturales no se sentían intimidados por la supremacía técnica (caballos y armas de fuego) que ya conocían, e irrumpieron sobre la empalizada, y la sobrepasaron, y se metieron entre los invasores que tuvieron la suerte de capturar al caudillo Adargoma. Fue la señal de retirada. Con este primer encuentro o ataque, el Real había experimentado su bautismo de fuego y sangre y había sobrevivido a su nacimiento. Desde entonces ha transcurrido 500 años.

El riachuelo -como en la primera fundación de Buenos Aires- fue en parte causa de que se aceptara el enclave señalado. En el riachuelo Guiniguada, padre mitológico de la ciudad, como un Nilo, Tíber, Sena Guadalquivir o Río de la Plata en miniatura... en el riachuelo, decíamos (que hemos preferido, primero, degollar y secar y, luego enterrar sin estética alguna, antes que representarlo como una deidad de fluviales barbas) está parte de la razón de ser de la ciudad. El agua como hoy, fue y es un factor de pervivencia. Esta es una tierra que bien pudiera levantar un monumento al agua.

El mandamiento, en virtud de una capitulación, que los conquistadores llevaban, les encomendaba la conquista de un territorio, su ocupación y posterior fundación de ciudades. El mandamiento, al igual que las cartas -pueblas medievales-, encerraba las necesarias instrucciones y poderes para realizar todo lo dicho. El millite, por eso, suele hacer que el poblado nazca por razones militares. Los vecinos serán soldados, sometidos a una disciplina militar. De ahí que la plaza de armas y el fuerte o torre, sean el centro principal del futuro núcleo urbano. El espíritu de conquista y castrense se refleja en el trazado regular, de calles tiradas a cordel y cortadas en angulo recto, como si fuera una formación humana militar, que permite una fácil vigilancia y un cómodo traslado.

Las Palmas fue eso en el principal: un campamento con terraplén, torreones y con una cerca, barda o empalizada hecha a base de troncos de palmera y tapial. Dentro, ranchos de paja y palmas con horcones.

El campamento quedó alzado como el Real de Las Palmas. Taladas las palmeras, quedaron tres, recuerda la crónica, que servían de señal a los barcos que arribaban y a los pescadores que se hacían a la mar. Luego cayeron dos y quedó una. Para entonces el bosque había desaparecido y también el campamento. De él, como en Santa Fe de la Vega de Granada, brotó el villorrio, que se apropió el nombre de las Palmas abandonado por el real.

Si el 24 de Junio, cuando se comenzó a construir el campamento, hubiera habido fundación, de seguro que hoy nuestra ciudad se llamaría San Juan de Las Palmas o San Juan de Guiniguada, o San Juan de Canarias...Y en nuestro escudo tendríamos palmeras, perros y un cordero echado al igual que San Juan de Puerto Rico. Pero el 24 de junio de 1478 no hubo fundación.

No. No hubo fundación. Las ciudades entonces surgían:

a) Sin trazas o previo plano, aunque precedidas de una fundación. Caso de la Habana o Cartagena de Indias.

b) Mediante una fundación, a la que había precedido el trazado de la planta y elección idónea del sitio. Caso de Lima, cuya acta de fundación es bellísima.

c) En torno a un real de minas, sin fundación preliminar. Caso de Guanajuto o Potosí.

d) Sobre una antigua población indígena ya fundada. Caso de Méjico.

A causa de esto la tipología de las ciudades brindan los modelos denominados clásico o regular, semirregular, radial, irregular, lineal y sin esquemas definidos. Las Palmas, sin la rigidez del modelo clásico, con un origen un tanto espontáneo, ofrece el modelo semirregular, marítima, con funciones militares que luego se convierten en administrativas y comerciales (puerto regional, más tarde puerto Internacional). Las Palmas nació en un campamento, por cambio de este. La ciudad fue una consecuencia de la transformación y evolución del mismo trazado castrense del real.

Algo de eso ocurrió en Santa fe, aunque en Gran Canaria tuvo lugar antes que en Santa Fe. La planificación urbana dentro de un rectángulo cuadriculado, llamada planta hipodámica (de Hipodamo de Mileto), usada en la India y adoptada en Grecia en el siglo V a. de C., fue la que

también usaron las ciudades etruscas trazadas según plano regular de dos grandes calles perpendiculares; cardo y decumano. Las bastidas francesas medievales constituyen asimismo un ejemplo de urbanismo planificado. El nombre bastida procede del vocablo provenzal *bastir*, que equivale a plaza fuerte. El Real de Las Palmas fue una bastida, con su trazo regular en tablero de ajedrez o damas, que antecedió a Santa Fe. Se ha dicho que de Santa Fé a América no hay más que un paso, y que este lo dieron en 1496 y 1502 los fundadores (Bartolomé Colón) y remodeladores (Nicolás de Ovando) de Santo Domingo. Pero los tratadistas se han olvidado de Las Palmas, que fue antes. Antes que Santa Fé y antes que Santo domingo. Fue, no lo olvidemos, la primera ciudad que Castilla alzó fuera del territorio peninsular.

Lo que en la futura Gran Canaria era un reto para el indígena -el real o campamento- y un refugio y punto de apoyo logístico para los conquistadores, dejó de ser ese lugar provisional para convertirse en núcleo de irradiación colonizadora y primer centro urbano del Archipiélago.

Si no hubo fundación en 1478, nos preguntamos: ¿la hubo al acabarse la conquista? ¿Al elegirse su Cabildo o Ayuntamiento tras la conquista y repartirse los solares se hizo un trazado y se realizó la fundación?

Las actas de fundación de las ciudades son raras. A veces se han encontrado y a veces se conservan insertas en los acuerdos municipales. Si en Las Palmas hubo un documento de fundación al tiempo que se creaba el primer Cabildo y se hacía el repartimiento de solares, este se perdió cuando el ataque e incendio de 1599 o en los desastres del siglo XIX. Pudo darse la ceremonia jurídica, ya que el Libro Rojo y en las ordenanzas del Consejo municipal de 1531 se le llama ciudad de Las Palmas. Pero carentes del acta fundacional, hemos de considerar al primigenio campamento como base de la ciudad, haciendo la aclaración que es cosa bien distinta establecer un campamento que fundar una ciudad. En Las Palmas, y no como en Santa Fe a causa de

un incendio, surgió primero el campamento que de provisional y por evolución se convirtió en el habitat fijo de los ex soldados y refugio de los indígenas y de los nuevos colonos que a la isla llegaban. El riachuelo, explica el campamento; el puerto cercano determinó la ciudad. De no ser por aquel viejo mariscador, un tanto mitológico, hoy la capital insular estuviera cerca de Gando...

Pienso que el momento es propicio para evocar lo que aconteció aquí hace 500 años. Aunque no hubiera fundación, nada ni nadie nos impide recrearla ahora.

La Ceremonia fundacional era un acto jurídico, que implicaba la toma de posesión del lugar. En el sitio que ocuparía la plaza mayor se colocaba el rollo, horca o picota. El fundador, de gala, retaba o preguntaba si el establecimiento perjudicaba a alguien. Luego pronunciaba el nombre que llevaría la ciudad y manifestaba sus derechos y privilegios. A base del plano trazado previamente, se señalaba donde se elevaría la iglesia y los solares repartidos cuyos dueños tenían ya sus nombres escritos sobre las cuadrículas. Finalmente, el fundador, los oficiales reales, el escribano y los testigos suscribían el acta. Inmediatamente se nombraba al personal del Cabildo y se delimitaban los límites y términos de la ciudad. En nuestro caso éstos fueron toda la isla.

La ciudad, nuestra ciudad, sigue estando representada por Vegueta, donde residen su cabeza y corazón. Patios con aires de clausura. Calles donde aún es posible oír nuestros pasos. Farolas en casonas coloniales de lisas fachadas, severas portadas de piedra, balcones curiosos y acusadoras gárgolas. Plazoleta de San Antonio Abad. Torcido Pasaje de Pedro Algaba, como una angustia entre plazoleta y plazoleta. Calle de Colón por donde debió andar con su misterio a cuesta el futuro Almirante. Calle de los Balcones abajo o arriba para que corretee al aire oceánico y la catedral vea el mar. Calles de la Herrería y Armas hacia arriba o hacia abajo con un extremo frustrado, que llevaban hasta el riachuelo. Calle del Espíritu Santo larga y afilada

como una espada... Por aquí estuvo el campamento. Podemos lograr lo que buscamos: borrar lo actual. Darle vida a la empalizada y al muro de barro, troncos y piedras y a la torre vigilante o en vela. Al bosque de palmeras. al riachuelo virgen. Al mar oliendo a mar. Más allá del torrente, una llanura arenosa con el fondo de una bahía arropada por unas montañas oscuras, a cuya sombra se acogían las carabelas. Encima, casi encima, las lomas o riscos, detrás de los cuales estaban la sorpresa y el peligro.

Hoy Las Palmas ya no es una. No existe cohesión en su urbanismo a causa de la orografía. Por lo mismo se le torna muy difícil tener una sola alma como antaño. La ciudad que no contó con un novelista - Galdós prefirió ser novelista de Madrid- aunque sí poetas, hace tiempo que dejó de ser urbe medieval encorsetada en sus muros. Pero aunque esas murallas delimitadoras no existan y el urbanismo haya crecido, incluso robándole espacio al Océano, la ciudad, nuestra ciudad, Las Palmas, continua siendo Vegueta y algo de Triana, más alejado ya por mor de la tumba del Guiniguada.

Este trozo urbano representa las esencias históricas. La ciudad clásica, mediterránea; la ciudad con plazas y calles que pueden ser ágoras y esquinas donde aún unos amigos se pueden detener a conversar. Que es lo que estamos haciendo ahora mismo.

La ciudad que seguimos reduciendo al Barrio de Vegueta. ¿Qué será de ella en el futuro? ¿Quien celebrará el milenio de su nacimiento? ¿Existirá el hombre? ¿Existirá Las Palmas? ¿Será la isla un peñasco deshabitado objeto de los arqueólogos? ¿Será la isla una única Ciudad? El Barrio de Vegueta cantado y calificado por Tomás Morales de «tranquilo», «diferente en todo», «plácido y riante», de «pintoresco modo», dotado de una «paz callada» y una «dormida ausencia»... este barrio «fundación primitiva del genio aventurero» ¿persistirá? Todavía hoy nosotros podemos identificarnos con Tomás Morales y hacer nuestras sus estrofas:

*Yo prefiero estas calles serias y luminosas
que tienen un indígena sabor de cosa muerta;
donde el paso que hiere las roídas baldosas,
el eco de otros pasos, legendarios, despierta...*

*Yo prefiero estas plazas, al duro sol tendidas,
que clamaron un día los fastos insulares;
donde hay viejas iglesias de campanas dormidas,
y hay bancos de granito, y hay fuentes populares...*

Los grancanarios del futuro ¿podrán decir que prefieren este barrio donde nació la ciudad hace medio milenio? ¿Podrán ellos como el poeta oír el eco de los pasos calzados de quienes la fundaron, y el paso descalzado de quien indicó donde había que fundarla?



VII

EVOCACION DEL REAL DE LAS TRES PALMAS

En 1989 se cumplieron cien años de la lectura que en su día hiciera en "El Museo Canario", don José Navarro de una memoria que tituló "La ciudad de Las Palmas a principios de este siglo". Fue el origen de lo que hoy conocemos como *Recuerdos de un noventón*. (1) Recuerdos o memoria de lo que había sido la capital del archipiélago a principios del siglo XIX y de lo que era en sus postrimerías.

Hacia 1800 Las Palmas apenas daba señales de existencia. Sin puerto, sin muelle, sin comercio, sin otros barcos que los que hacían la pesca, sus habitantes veían pasar indolentemente los días aguardando que el vigía de la Isleta anunciase la presencia de un barco nacional portando el escaso correo. El aislamiento era total. Habiendo transcurridos trescientos años desde la fundación de lo que fue, primero el Real de Las Palmas y, luego, el Real de las Tres Palmas, la fisonomía urbana era la de una gran aldea que continuaba exhibiendo las mezquinas y amoriscadas construcciones de los siglos pretéritos. Casuchas, dice Navarro, de plantas bajas, ennegrecidas y ruinosas, algunas de pisos altos dotadas de huecos provistos de rejas y celosías, y otras con descomunales balcones que semejaban habitaciones. Calles estrechas, tortuosas, pavorosamente oscuras, sin nombre y sin aceras. El estado de la ciudad era lamentable para Navarro, que consideraba las costumbres de sus habitantes acordes con el medio en el cual vivían, pues ni se acordaban del pasado, ni se

1- Domingo José Navarro: *Recuerdos de un noventón. Memorias de lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria al principio del siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes*
Notas de Eduardo Benitez Inglott

Las Palmas, Ediciones del Exmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1971

cuidaban del porvenir, ni conocían el valor de las fiestas sociales. Gozaban, beatíficamente, con las distracciones que les proporcionaban las celebraciones anuales de Navidad, Carnavales, Semana Santa, mes de mayo y Corpus. En tales festividades los villancicos, panderetas, sonajas, bailes de folías, malagueñas y seguidillas, procesiones de penitentes, cánticos de monjas, reventamientos de Judas, galanteos a las jóvenes mayas, gigantes y tarascas se conjugaban con la degustación de la cazuela de gallina, pasteles, adobo picante, arroz con leche, bollos del alma, almendras confitadas y guiso de carnero. La pintura, pintura negativa, en la visión de Navarro, es posible que se torne apetecible en nuestras circunstancias actuales, aunque seguimos pensando que el nerviosismo actual de la ciudad es más de máquinas que de los espíritus. Todavía el sosiego y la calma es tónica definitoria del medio ambiente, en relación con otros ámbitos.

Fuera, dice Domingo José Navarro, de aquellos días señalados, eran pocos los hombres de alguna conveniencia que frecuentaban las calles, y cuando lo hacían iban embozados en capas útiles para encubrir su desaliño. También las mujeres se lanzaban al exterior de sus viviendas tapadas siempre con negros mantos y sayas. Bullían, en cambio, los clérigos y frailes, dados al continuo visiteo. No era alegre la ciudad. Era triste, indolente y de levíticas costumbres en la apreciación de nuestro informante. Su negativa letanía se continua con la enumeración de la escuálida población, de ocho mil almas, el desierto de arenas entre Las Palmas y el Puerto, la penuria de edificios públicos, el miserable mercado llamado recova, las pésimas conducciones de agua, la falta total de paseos y de caminos vecinales, la ausencia de posadas, la carencia de centro de distracción, la existencia de sólo dos escuelas para varones, el desconocimiento de todo pasto intelectual, la disponibilidad de sólo una botica y dos o tres médicos, la escasez de oradores forenses, las casi nulas comunicaciones, las dificultades para cambiar dinero y realizar operaciones bancarias, el corto ingreso de viajeros, las trabas aduaneras, el reducido comercio, la pobreza de la agricultura de cereal y las pocas y decaídas artes mecánicas, la limitada representación

consular, la penosa navegación interinsular, la incierta navegación nocturna, la desierta bahía, etc. etc.

No cabe la menor duda que Navarro, casi sin proponérselo, siente la necesidad de resaltar su momento y recurre para ello al subrayado del atraso y penurias de la capital a principios del siglo XIX. Contrapone una y otra ciudad. No es que mienta; es correcto que la capital de sus días vivían un espectacular despegue que la llevaría a la metrópolis actual, pero las sombras del ayer Navarro las acentúa, como ya observó Alfredo Herrera Piqué en su espléndido libro sobre la historia urbana de Las Palmas(2). Basta con recurrir a las páginas de otro hombre nacido en la misma urbe, fray José de Sosa, para atemperar la estampa de Navarro. Para Sosa Las Palmas es un lugar alegre, con muchas fuentes, amenos y deleitosos jardines, platanales que sirven de vallados, huertas y circunvecinas donde se producen las mejores brevas del mundo. Posee la urbe, en la visión del religioso, una población moderada, donde no falta la gente principal ni el comercio internacional. Estas notas atenúan el tenebroso óleo de Navarro, aunque como este, Sosa es también subjetivo pues su ámbito urbano mas bien parece ser el de un apacible monasterio dotado de un jugoso jardín. En este caso, el convento de San Francisco. Ni lo uno ni lo otro. Ni la triste y desolada localidad, ni la alegre ciudad con muchas fuentes.

Tiene razón Domingo José Navarro para sentirse orgulloso de su patria chica, en pleno progreso. No era ya la hormiga de su nacimiento, ni la crisálida dormida de los siglos pretéritos, sino una espléndida mariposa llena de vida y exuberante energía. Las Palmas había dejado de ser el villorrio triste, silencioso y levítico de principios de siglo para convertirse en una población donde los transeúntes “agujoneados por sus negocios, corren, se empujan y se disputan las aceras”. Insistimos de nuevo ante esta afirmación: ni lo uno ni lo otro, ya que

2- Alfredo Herrera Piqué: *La ciudad de Las Palmas. Noticias históricas de su urbanización*. Las Palmas, Edición del Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 1978

ni siquiera hoy la gente se disputan las aceras y momentos hay en el día en que yacen impresionantemente desiertas, aceras y calles. Resulta evidente que el Sr. Navarro entusiasmado por su época e influido por el progreso del momento que le ha tocado vivir, distorsiona el pasado y el presente ostentoso. Así lo califica. Ostentoso ¿Por que? Porque:

- Se da un vertiginoso rodar de coches, carretas y tranvías.
- Se disfruta de alumbrado completo de petróleo y está próximo el eléctrico

- Hay innumerables casas con dos y tres pisos de lujosa arquitectura

- Existen los nuevos barrios de San José, San Juan, San Roque, El Risco, y los Arenales casi unidos al populoso Puerto de la Luz.

- Se cuenta con espléndidos hoteles, quintas de recreo, precioso jardines, numeroso arbolado y una buena carretera entre la ciudad y el Puerto.

- La ciudad posee 30.000 habitantes.

- Goza de un sistema de agua corriente en tuberías de hierro galvanizado.

- Es dueña de un lujoso palacio municipal, otro de Justicia y un Gobierno militar.

- Disfruta de hermosos paseos, deliciosos jardines y tres carreteras generales que salen de la ciudad y cruzan la isla.

- Se cuenta con un mercado en la ciudad, otro en el Puerto, una lujosa pescadería y un higiénico matadero.

- Existen magníficos hoteles, muchas y buenas fondas y numerosos restaurantes bien provistos de café y de toda clase de licores.

- Hay varios casinos de recreo, sociedades filarmónicas, dos teatros y circo de gallos.

- Hay muchas y buenas escuelas públicas y privadas, afamados colegios de primera y segunda enseñanza, academia de idiomas, de dibujo y pintura y preparatoria de Jurisprudencia y de la carrera militar.

- Se posee una biblioteca pública con más de 500 libros, una sociedad científica y literaria, otra de ciencias médicas y un museo público de historia natural y antropología.

- Hay un afamado Colegio de Abogados.

- Se cuenta con correos diarios, estación telegráfica y telefónica en la ciudad.

- Se dispone de una sucursal del Banco de España.

- Se ha observado un movimiento de viajeros de 89.382 personas anuales.

- Se mantienen relaciones comerciales con todo el mundo; hay respetables compañías, varias casa consignatarias y ricos comerciantes con lujosos almacenes.

- Etc. etc...

Esta era Las Palmas de hace cien años mas o menos, de don Domingo José Navarro. Una ciudad en desarrollo a partir de 1883 y debido a una serie de factores que a Navarro debieron escapárseles en parte, pero que los historiadores modernos como Fernando Martín Galán han analizado con notable rigor. (3) Nacía entonces la ciudad moderna, la actual, determinada según el autor citado por:

1) El crecimiento demográfico.

2) La existencia de una burguesía local de espíritu empresarial y especulador en el proceso urbano.

3) La rivalidad con Santa Cruz de Tenerife.

3- Fernando Martín Galán: *La formación de Las Palmas: ciudad y Puerto. Cinco siglos de evolución*. Santa Cruz de Tenerife, 1984

4) La creación del complejo portuario (1883), que desencadenaría una gran actividad económica.

5) El trazado de la carretera Las Palmas-Puerto de la Luz, hoy calles de León y Castillo, Albareda y Juan Rejón.

6) El precario planeamiento urbanístico.

7) La penetración del capital extranjero, sobre todo el británico.

8) La presencia de la cochinilla y del plátano que favoreció la capitalización financiera de la ciudad.

9) La explotación turística.

10) El crecimiento del tráfico marítimo internacional que convertiría al Puerto de la Luz en uno de los más importantes del Atlántico.

La ciudad ostentosa de Domingo José Navarro tenía su razón de ser en lo enumerado y, en último extremo, en el Puerto de la Luz, todavía Puerto de Refugio. Aún en 1883 la playa y muelle de San Telmo proseguían siendo el lugar de los astilleros, que a partir de 1886 pasa a los Arenales con lo que se da el primer paso de un proceso acelerado en la última década de siglo y que dotará al Puerto de su gran protagonismo. Capitales ingleses estaban detrás del fenómeno: Blandy, Miller, Gran Canary Coaline. La ciudad modifica su morfología a partir de 1883. Esa mutación fue la que vivió y acusa el Noventón en sus memorias.

Domingo José Navarro no siente desconsuelo por la pérdida o desaparición de la ciudad antigua, que califica de oruga y de crisálida ¿Lo experimentámos nosotros por la desaparición de la ciudad de Navarro?.

Tal vez la añoremos en momentos en que nos sintamos hostigados por el ruido, la contaminación, el consumismo y la aceleración histórica. Pero en la ciudad no prima la cuita por el ayer. Pesan mas el presente y el porvenir; sigue dentro de ese proceso transformador

que la convirtió en mariposa plena de vida y energía. Quizá por eso no haya tenido una especie de Ricardo Palma, autor de nostalgias literarias. O tal vez, por no contar con ese tipo de autor no ha incurrido en miradas excesivas hacia atrás. Carecemos en las islas de unas "Tradiciones Canarias" al modo de de las "Tradiciones Peruanas" de Palma, pese a que Luis García de Vegueta nos facilitó un delicioso libro en la misma línea del autor peruano, que yo me permito reivindicar preguntándome por qué no se ha hecho ya mas de una reedición. *Islas Afortunadas. Retablo pintoresco de la vida colonial.* (4) que así se titula la obra, forma parte de esa historiografía en la que se mezcla lo trágico y lo cómico, la historia con la mentira, que fue la fórmula de Ricardo Palma según el mismo reveló. El autor peruano "adobó el mito con el polvo de los archivos" (5)

Carecemos de ese tipo de literatura porque ella es posible en localidades que han venido a menos, que ya no son lo que fueron. Y no es ese nuestro caso. Las Palmas no es una ciudad saturada de pasado; este no vive y pervive de tal modo que constituya una alienación de sus gentes. Y no porque sea una ciudad moderna, de reciente creación. Es vieja, pero su desarrollo es reciente. Es mas vieja que Lima, una urbe donde el pretérito se encuentra en todas partes, empapando hogares y escuelas, política y prensa, folklore y literatura, religión y mundaneidad. En Lima se repiten consejas coloniales, se toman dulces virreinales, se recuerda el pasado arcaico, se bailan y cantan vales de criollos, se evocan el Puente y la Alameda, se imprimen libros de anécdotas del ayer, sin que falte quien condene todo esto, cual es el caso de Sebastian Salazar Bondy empeñado en mostrar el rostro de "*Lima la horrible*", título de su polémico libro.

La explicación del fenómeno limeño radica sin duda en la existencia de unos apellidos, en la presencia de las denominadas Grandes

4- Luis García de Vegueta: *Islas Afortunadas. Retablo pintoresco de vida colonial.* Barcelona, Ediciones Aymá, 1944

5- Sebastián Salazar Bondy: *Lima la horrible.* Lima, Ediciones ERA, 1964

Familias, encargadas de mantener y difundir una visió idílica del ayer. Son estas familias las que viviendo en sus casonas de estilo neocolonial, en medio de barrocos muebles y de religiosas pinturas cuzqueñas y platas virreinales, reflejando sus vidas en dorados y valleinclanescos espejos, emparentándose endogámicamente y accidentalmente con sangre extranjera, en medio de falsos y auténticos escudos y dominadas por principios de señorío, son estas familias decimos, chapadas de memoria genealógicas, las que han mantenido ese extravío nostálgico en la consideración de Salazar Bondy.

Tal prosapia no existe en nuestro ámbito insular , y el abolengo que puede haber carece de fuerza para imponer una imagen del pasado. Impera el ímpetu de una burguesía nada ofuscada por el pasado, siempre preocupada por hoy y el mañana. Seguimos siendo algo que se está haciendo y que comenzó a realizarse, por así decirlo, ayer por la mañana, pese a que su partida de nacimiento registra esta fecha: 24 de junio de 1478.

Contemos una vez mas, la historia de aquel nacimiento: los Reyes Católicos compran a Diego de Herrera las islas insumisas de Gran Canaria, Tenerife y La Palma. La quietud no reina entonces en Castilla por la actitud de la nobleza y porque Alfonso V de Portugal alega que su esposa Juana la Beltraneja, hija de Enrique IV, y no a Isabel hermana de este, le pertenece la corona. Es posible que para evitar una acción portuguesa sobre las islas, los soberanos decidan encomendar al capitán Juan Rejón la conquista de las insulas no sometidas aún, al tiempo que ordenan al Asistente de Sevilla Diego de Merlo y al cronista y Secretario de su Consejo Alonso de Palencia, que provean de navíos, caballos, armas y provisiones. Resaltemos la fecha: 1478 ¿Que ocurría entonces en Sevilla? ¿Porqué estos hombres? El 20 de abril de 1478 es la fecha de un documento que demuestra como los soberanos desean que los protagonistas de la acción conquistadora sean el déan Juan Bermúdez, el obispo Juan de Frías y el capitán Juan Rejón. Bermúdez aparece cual fiador de Frías, el cual contribuye a la empresa con 72.000 mrs. obtenidos mediante préstamo

de los comerciantes Espinola y Setián. El Estado, que hace sus aportaciones, le cede a Frías cierta parte del botín y el beneficio de la orchilla mientras dure la conquista. El 12 de mayo los Reyes se dirigen a los tres Juanes para que no se entrometan en las otras islas; y al día siguiente aprueban el asiento que Palencia ha hecho con ellos el pasado mes de abril.(6)

Volvamos a la pregunta que hemos hecho ¿Que acontecía en Sevilla de entonces?

A principios de 1477 habían arribado a la ciudad de la Giralda Pedro de Algaba y Juan Rejón portando disposiciones en las que se ordenaban al Ayuntamiento hispalense facilitara el establecimiento de la Santa Hermandad. La oposición a ello provenía especialmente del duque de Medinasidonia dueño y señor de los destinos locales. No agradaba la Santa Hermandad porque esta iba a ser una valla al poder y ambiciones de los señores locales enzarzados en continuas rencillas y, además, porque para su mantenimiento se fijó una contribución anual de 18.000 mrs. por cada cien vecinos. La nobleza estimó que tal institución mermaría sus privilegios, y se opuso.

Algaba y Rejón aguardaron a que el de Medinasidonia estuviera fuera de la ciudad para realizar la implantación de la Hermandad, que la Iglesia aceptó, no así el Ayuntamiento. Cuando el duque regresó y tuvo conocimiento de lo sucedido, decidió eliminar a los que consideraba culpables, los cuales tuvieron que refugiarse en el convento dominico de San Pablo.(7)

La intervención del cronista Alonso de Palencia sirvió para aplacar los irritados ánimos ducales, que a los pocos días (julio de 1477)

6- Pedro Agustín del Castillo: *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*. Edición crítica de Miguel de Santiago Madrid, Ediciones de "El Gabinete Literario", 1948-1949.Lib. II cap.I

7- Joaquín Guichot Parody: *Historia del Excmo. Ayuntamiento de la muy noble, muy leal, muy heroica e invista ciudad de Sevilla*. Sevilla, Tomo I cap. XI

recibía a la reina Isabel llegada para, entre otras cosas, poner orden en la ciudad y su alfoz. Doña Isabel fijó una Sala de Justicia en el Alcázar, lugar de su morada, y se consagró a liquidar las violencias, fricciones e injusticias de los nobles y del Ayuntamiento.

Según indicábamos, entre abril y mayo de 1478, fueron expedidos los documentos organizando la expedición a Gran Canaria; en junio zarpaba la armada (el mismo mes en que la reina daba a luz un niño); y en agosto, concretamente el 2 de Agosto, los reyes nombraban Asistente de Sevilla a Diego de Merlo, su guarda mayor y de su Consejo. Surge inmediatamente una duda; si Merlo era nombrado en agosto de 1478. ¿cómo la Crónica de la Conquista canaria afirma que Merlo como tal Asistente fue conjuntamente con Palencia responsabilizado de organizar la expedición que zarpó en junio?

Dejando de lado la aclaración que esta pregunta exige, fijémonos en que la secuencia histórica ha servido para presentarnos a cuatro personajes vinculados a la historia de Sevilla, y que a nosotros nos son familiares por su relación con la historia de Gran Canaria: Pedro de Algaba, Juan Rejón, Alonso de Palencia y Diego de Merlo. Al margen dejamos a los dos clérigos, el obispo y el déan, este último, Juan Bermúdez, natural de Sevilla.

Algaba y Rejón habían sido los encargados de implantar la Santa Hermandad en Sevilla; a Palencia le correspondió aplacar y convencer al duque de Medinasidonia; y Merlo será el representante regio en una ciudad dominada por la nobleza. Al plantearse o decidirse la anexión realenga de las tres islas insumisas, dentro de esa misma tónica de apartamiento de la nobleza, los soberanos echan manos de figuras que le acaban de servir. Tanto ellas como los Reyes se encuentran en Sevilla. Lo que estaba ocurriendo es el preámbulo de un fenómeno similar que se va a repetir mas adelante con Cristóbal Colón.

Y ahora lo anecdótico: los tres Juanes de la expedición conquistadora llegaban a Gran Canaria el día de San Juan. Una semana más tarde

la reina daba a luz un infante que sería llamado Juan. Bajo el signo de San Juan nacía la primera ciudad que Castilla fundó mas allá de los mares y el primer príncipe. malogrado, heredero de la corona.

Podemos reconstruir la secuencia de los hechos acontecidos aquel 24 de junio de 1478, día de San Juan a base de lo que consigna la Crónica de la Conquista (8) y las relaciones de Ulloa, Sedeño y Gómez Escudero.

Habían surgido los expedicionarios en las Isletas, llamadas así por “dos isletas separadas de muy poca capacidad, que vienen a ser como dos riscos”. El déan Bermúdez ofició una misa y arengó a la hueste. La misa se había ofrecido a Nuestra Señora de Gracia, en un lugar donde mas tarde se alzaría una ermita. Fijémosnos: la misa no se ofrece a San Juan ni la ermita se consagra a él, pese a la festividad del día, que es el de los tres Juanes, sino a Nuestra Señora de Gracia ¿Por qué? ¿En acción de gracia por el feliz arribo? ¿O sería alguno de los jefes natural de Carmona, cuya famosa patrona es tal advocación mariana? El déan Bermúdez era natural de Sevilla, Y de Carmona procedía el caballero Alonso Fernandez de Lugo que formaba parte de la tropa como capitán ¿Habrían muchos carmonenses en la hueste? Continuemos porque también ellos siguen. Prosiguen y abandonan el lugar carente de agua, Unos espías o adalides marchan en la delantera por el extenso arenal que les separa de unas lomas. Son ellos sin duda los que topan con un canario viejo, entretenido en mariscar. El aborígen les señala un “lugar fuerte y eminente”, idóneo para alzar el campamento, pues cerca existía un bosquecillo y discurría un arroyo llamado Tinaguada, Jinaguada, Guaniguada o Geniguada, que de las cuatro formas se menciona. El viejo canario les aconsejó que no continuaran hacia Telde porque en unas sierras les tenían preparada una emboscada. Cabe pensar que los indígenas consideraban inapropiado el lugar escogido y más apto la llanura en torno a Gando testigo de anteriores aposentamientos hispanos.

8- Francisco Morales Padrón: *Canarias: Crónicas de su conquista*. Transcripción, estudio y notas...Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones de “El Museo Canario”, 1978

Atendiendo a estas circunstancias optaron por plantar un real provisional, con intenciones de mudarse más tarde, pues no era un sitio sano, pese a su belleza. El minúsculo valle que formaba la desembocadura del riachuelo estaba poblado de palmeras, dragos, higueras y sauces , y dominado por unos riscos. Inmediatamente levantaron un tapial e improvisaron una iglesia aprovechando una casa canaria. Se refiere Gómez Escudero a una cueva, porque a continuación refiere que habían otras casas canarias metidas bajo tierra a modo de madrigueras y que se conocían en el exterior por un montón de tierra y de piedras colocadas alrededor.

Hemos de imaginar la escena: está principiando el verano, pero el aire marino atempera el ambiente y mueve las ramas de los árboles del bosque. Juan Rejón con su espada dibuja en el suelo la traza del campamento o real al costado del río Guiniguada. Los indígenas avizoran silenciosamente desde las alturas, un tanto perplejos. Ceremonia similar se iba a repetir en América dentro de poco, y cincuenta años más tarde la repetiría Pizarro a orillas del río Rimac. Del Rimac, del río que habla, quedó el nombre suavizado, Lima. De nuestro Guiniguada no perduró nada, no ha perdurado nada, ni su cauce. y la verdad es que pudo quedar su nombre formando parte del de la ciudad. Por la fecha, seis de enero, Pizarro llamó a su fundación ciudad de los Reyes del río Rimac. Pero en Gran Canaria hubo intención de fundar una localidad, quisieron levantar un campamento donde cobijarse detrás de sus tapias; quisieron fijar una cabeza de puente desde donde dominar el territorio. En Las Palmas al igual que en el ceremonial romano se edificó un campamento mas tarde transformado en ciudad. Ese campamento era el Real para los recién llegados; es decir, el lugar donde está el Rey o su representante y donde tiene su tienda-habitación. Quince años más tarde los Reyes Católicos alzarían frente a Granada su real, el Real de Santa Fe, donde Cristóbal Colón firmaría las famosas Capitulaciones. Con el tiempo se perdió lo de Real y quedó Santa Fé, como sucedió con nuestro topónimo. El conquistador levantaba un campamento como primera

fase de un proceso de sometimiento y colonización. Una vez lograda la sumisión total del territorio, los nuevos señores estaban obligados a montar todo un complejo administrativo que garantizase la relación con la metrópoli, el mantenimiento de la guarnición respaldo del asentamiento inicial y la consiguiente absorción de los recursos de la tierra, repartidos entre los nuevos dueños que dejan de ser militares para ser pobladores. El campamento o real en los años que duró la conquista fue cambiando de fisonomía y despojándose de su carácter adusto y efímero. Se transformó en una aldea. El sitio primigeniamente valorado como cabeza de puente en la logística militar, reunía unas características (agua corriente, red portuaria cercana, clima) atendibles cuando llegó la hora de mantenerlo convertido en asiento estable, cabecera ahora de una nueva entidad administrativa.

En los primeros tiempos el poblado era el Real por antonomasia, sin nota distintiva. Lógico que habiendo surgido junto a un bosque de palmeras, y al lado de una corriente de agua características de aquel ámbito, sirvieran ellas para una personalización; el Real de Guinguada o el Real de las Palmas. Se optó por la segunda, más exóticas, más llamativas, más destacadas en el cielo insular, sobre todo tres de ellas que sobresalían llamativamente. Y así se le conoció por el Real de las Palmas, el cual, consigna la Crónica de la Conquista, "se dice ahora la ciudad del Real de Las Palmas por haber muchas en él, particularmente tres muy altísimas, una de las cuales, la más alta, ha quedado y la han dejado por memoria de ellas, por la cual se rigen los navegantes para sus surgideros y los pescadores para echar y recoger sus nasas con que pescan". De estas tres palmeras hubo que cortar dos para evitar que hicieran daño si caían, dejándose una como recuerdo durante mucho tiempo. Tal el testimonio de la Crónica primitiva: un bosque de palmeras con tres de ellas altísimas de las que hubo que talar dos mientras una permanecía enhiesta durante años. ¿Hasta cuando duraron esas palmeras?

Una treintena de años más tarde, en 1515, la ciudad recibía el título de Noble. (9) El consejo municipal, a través de su regidor el Lic. Nicolás

9- Título de Noble a la ciudad de las Palmas en Gran Canaria. Valladolid, 28 de enero de 1515. Archivo de Simancas, Registro General del sello.

Rodríguez Curiel, había solicitado tal distinción, alegando que la “ciudad está muy noblecida a causa del mucho trato que en ella concurre y que además de esto es cabeza de obispado”. Desde Valladolid, y con fecha de 28 de enero de 1515, los soberanos concedieron tal título a lo que era ya ciudad del real de las palmas. Son doña Juana y su padre el rey Católico los que respaldan el documento, cinco años más tarde, la misma doña Juana y su hijo el futuro Carlos I, expiden otra Real Provisión desde Barcelona nombrando a Ruy Díaz Çeron regidor vitalicio “de la ciudad del real de las tres palmas que es en la yslla de gran Canaria”. (10)

La pequeña aldea colonial, incómodamente asentada entre los riscos y el mar, todavía mitad campamento, mitad pueblo, iba camino de convertirse en ciudad de Las Palmas. En su vida urbana y demográfica los siglos XVI al XX fueron un episodio sin bruscas alteraciones. Un día decidió pasar al otro lado del riachuelo y añadió Triana a su habitat. Otro día sintió la necesidad de abrigarse con una murallón y encintó su caserío, cuyo corazón reposaba en la Vegueta que albergó el primitivo real. Los nombres iban aflorando sin querer, sin que sepamos quienes fueron sus autores. Ese corazón de la ciudad cuya primera expresión fue el viejo real, era ya ahora la vegueta, un diminutivo que el Diccionario de la Lengua no recoge, y recuerda al de Lagunetas. A través de esta Vegueta de armónico ambiente, dotada de encanto y de unidad, con unos indudables valores urbanos, históricos y culturales, se nos torna fácil la evocación, que hemos pretendido.

10- Nombramiento a favor de Ruy Díaz de Çeron. Barcelona, 14 de enero de 1520. Archivo de Simancas, Registro General del Sello.

VIII

MEDITACION CANARIO - CUBANA

La Habana se acaba de quedar atrás. Una Habana que, tal vez, nunca más volveremos a ver. Porque el Gobierno de la Revolución tiene ya listo un proyecto para eliminar los hacinamientos humanos (casas de vecindad o «solares», como allí se dice) en el casco antiguo y dejar tan sólo lo que tenga valor. Mas, ¿cuales serán los criterios que se aplicarán para determinar ese valor? La Habana se queda atrás. Y el incomparable campo cubano con sus esbeltas y bellas palmeras reales, se achica y nos achica el corazón al ocultarse mientras el avión se eleva. Cuba es muy hermosa. Hace aún 80 años formaba parte de las Españas. Gracias a la torpeza de unos políticos y a las apetencias de Estados Unidos, Cuba se perdió de modo ignominioso. A la larga, sin duda, la isla se hubiera constituido en un país independiente, pues el Gobierno autonómico que España le había ortogado habría desembocado en ello. Pudo evitarse sangre, penosas claudicaciones y mucha charlatanería política.

Ya no se ve a Cuba. La conexión espiritual que durante varios días hemos sostenido con el incomparable país, enriquecida y sorprendida continuamente por las múltiples atenciones de los colegas cubanos, queda rota. Nuestra espiritualidad, volcada íntegramente hacia la isla del Caribe, sintoniza ahora con la patria aún lejana. Ya no estamos ni en Cuba ni en España, pero espiritualmente el mundo americano, que físicamente es todavía el más cercano a nuestro ser, se aleja y en cambio, se aproxima el mundo de la patria. Es un mundo que sale a nuestro encuentro en la letra impresa de los periódicos que nos dan a bordo.

Habíamos estado leyendo «*Gramma*» o «*Juventud Rebelde*»; ahora tenemos los múltiples títulos de España. Cuando nuestra vista y atención se derrama por las páginas de tal prensa no podemos menos que preguntarnos: ¿A quién se está refiriendo esta prensa? ¿Al momento actual o a cualquier otro de la segunda mitad del siglo pasado? En un periódico leemos «En la defensa de la unidad de la patria, detrás de ti vas a tener a la Legión».

¿Cuándo se dijo esto? ¿Hace cuarenta años? ¿Hace cien años? Parecidas afirmaciones estamos seguros, se hicieron antaño a nuestros mandatarios. Sigo leyendo: «No reclamamos derecho, exigimos obligaciones». Por esto, nos preguntamos ¿No se pronunció en la Guerra entre España y Perú en 1874? ¿O tal vez fue una exclamación de 1936? ...

Dicen -leo- que el Secretario de relaciones internacionales de UCD, acaba de afirmar que «La mayor parte de los líderes africanos tienen tan sólo una idea aproximada de la situación geográfica de las Canarias y desconocen su historia, su cultura y, por supuesto, su composición demográfica». ¿Se refiere a los líderes africanos o a los españoles peninsulares? ¿O esto lo declaró alguien en el siglo pasado con relación a Cuba? En mis reflexiones recuerdo que la funcionaria del registro civil de la ciudad donde vivo, cuando hace unos cuatro años fui a inscribir a mi hijo, me preguntó que si las Canarias eran de España. ¿A quién realmente está mencionando? Dice -notifica la prensa- que nuestro Rey recibió telegramas donde se le hacía constar que toda agresión a las Islas Canarias sería repelida y que el Congreso y el Senado condenaron la intromisión extranjera... Lo mismo se anunció hace unos cien años con relación a Cuba. Casi estoy por admitir que la Historia se repite. No sólo se repite, sino que se olvida. Tan sólo los historiadores saben eso. En el siglo XIX las irregularidades antillanas y los intereses de Estados Unidos en Cuba, dieron vida a una verborrea patrioter que ocultaba el problema real y sólo demostraba la tremenda ignorancia gubernamental sobre las Antillas. Los cubanos, que al principio sólo anhelaban un mejor Gobierno (sin

corrupción y con iguales derechos que los peninsulares) se vieron empujados hacia aptitudes más radicales: primero, la autonomía; después, la independencia. Mientras tanto los políticos de la Península peroraban sobre el posible atentado a la unidad de España, sobre la defensa de la integridad territorial, sobre las relaciones de cubanos con peninsulares...Palabras que la borrasca -no el viento- se llevó en Cavite y Santiago de Cuba. Ventarrón atlántico. Huracán. Mucho más fuerte que este que ahora mismo nos viene empujando de cola y acercando a Canarias, primer trozo de España.

Dejo de lado los periódicos. Pienso que no hay que tomarse al pie de la letra estos discursos y declaraciones. Nadie puede, además, arrogarse una representación, un estado de ánimo (el de los canarios), ni tomar una decisión sin contar con los afectados. Creo que está en los canarios, en todos los canarios, el destino de nuestra tierra y no en quien pueda recibir una orden o una consigna que le obliga a olvidar lo que un buen día pronunció bajo los efectos de una marcha musical o de unas circunstancias contingentes, fruto más de la emotividad que del raciocinio. La Historia está llena de rotundas declaraciones, de frases hechas o semihechas, bellas para eso: para decirlas. En cualquier instante y ante cualquier evento es posible volver a escuchar aquello de «más vale honra sin barcos que barcos sin honra». pero la Historia no se hace (no está hecha) con frases sino con actos o acciones.

IX

EL INDALO

¿ Por qué y para quién escribimos? ¿ Quien escribe lo hace porque cree que tiene cosas que decir. Quien escribe lo hace para manifestar algo, para comunicarse. ¿ A quién? ¿ Con quién? A los demás y, a veces, a nosotros mismos. La imperiosa necesidad de escribir puede quedar satisfecha con el simple y mecánico acto -cargado de espiritualidad- de emborronar la virginidad de una cuartilla. Larra, angustiado por el «analfabetismo» de sus compatriotas, estampó una frase mil veces repetida: « escribir en Madrid es llorar... ». Pero la frase tenía dimensión y categoría de párrafo -que no se suele reproducir- y que continuaba... «es buscar una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno ni siquiera para los suyos. ¿ Quiénes son los suyos? ¿ Quién oye aquí? ¿ Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros..., son las mesas de los cafés...? ».

Si escribimos con intención de pregonar cualquier cosa, podemos darnos de bruces con la misma sordera con que chocaba Larra. Pero puede ser que escribamos para nosotros, con intenciones de desahogo terapéutico, porque en lo escrito volcamos algo de lo que nos acucia y estamos buscando.

Caemos así en una segunda interrogación. ¿ Para qué leemos? Al principio lo hacemos desordenadamente -mucho y mal- para incendiar nuestra imaginación, para adquirir conocimientos, para dotar de movimiento a nuestra alma ociosa, para viajar sin movernos, para sufrir... Más tarde, decantado el ímpetu juvenil, leemos y releemos - poco y bien- para godeo y regodeo de nuestra prosa, buscando una satisfacción plena, para encontrarnos a nosotros mismos ya que los

autores que más nos gustan, las páginas que repasamos, son aquellos que están más acorde con nuestra propia manera de ser. Si el autor defiende unas ideas como las nuestras, denota gustos similares a los nuestros, abriga parecidas intenciones a las nuestras o es congruente con nuestra disposición, nos gustará más.

Si un órgano no se usa se atrofia. El escribir y el leer -en silencio, intimidad y sin premuras- son eximias facultades del ser humano. Como el hablar, complemento de otras actividades. Ningún otro ser lo hace. Escribiendo se distiende y agiliza la musculatura espiritual y el lenguaje. Leyendo se les mantiene en forma y se enriquece nuestra personalidad.

En esta ocasión escribo porque me interesa comunicar algo que puede ilustrar o informar en general y también sugerir una hipótesis al especialista. Tal vez ya esa hipótesis se ha lanzado y yo la ignoraba. Quizá tal hipótesis tiene bases más fuertes y ésta de ahora no es sino la propia de un aficionado.

Pero vayamos por orden y comencemos por explicar el significado del título de este capítulo. Resulta que el santo patrono de Almería es San Indalecio. Resulta que allí a los así bautizados llaman INDALO como denominan Tobalo a los Cristóbal. Resulta que en Almería se encuentra el yacimiento arqueológico de Los Millares, donde en inscripciones o pinturas rupestres, así como en la cerámica, se ha encontrado la figura estilizada de un ser humano con las piernas abiertas y los brazos cogidos sobre la cabeza. Resulta que el pueblo llamó familiarmente a la figura INDALO. Vocablo que, si no supiéramos su origen, le atribuiríamos un arcaico sabor lingüístico. Suena a íbero o romano: INDALO.

Hacia los años cuarenta surgió en la bella -blanca y azul- Almería una escuela pictórica que exaltó el paisaje local. La representaron, sobre todo, Perceval, Luis Cañada, Capulino o Capuleto, etc El grupo se ha conocido como Escuela Indaliana.

Hoy se habla de Costa Indaliana; existe un «Hotel Indaliano»; se prodigan pegatinas con el nombre; y los artesanos del metal almerienses han sido desbordados por las demandas del idolillo para colgar o lucir en cualquier parte. Los orfebres de Córdoba también fabrican Indalos, y los almerienses desperdigados más allá de su geografía se reconocen por El INDALO que llevan en la solapa. Como si los canarios nos empeñásemos en identificarnos fuera mediante la hermosa pintadera signo distintivo de El Museo Canario y que éste ha convertido en un emblema de solapa.

Hasta aquí hemos consignado dos historias: la razón por la que escribimos, y las noticias en torno al INDALO, ¿Hay relación entre ambas partes de este escrito? Sí, porque hemos escrito para informar al público y para preguntar a los especialistas las posibles conexiones entre El INDALO almeriense y el solitario INDALO que aparece en medio del carnaval pictórico del Barranco de Balos (Telde). Yo no sé si la figura, tan moderna en su concepción, del INDALO se prodiga como la espiral o el círculo, común a múltiples testimonios prehistóricos; o es algo muy especial, como la Svástica, que hay que relacionar con una cultura. Por eso no puedo establecer vinculaciones entre el hombre almeriense prehistórico que pintó el INDALO, y la mano anónima canaria que trazó las figuras de Balos. Los especialistas que hablan de oleadas emigratorias, de etnias (raza y cultura), y de zonas norafricanas y euromediterráneas al tratar del poblamiento de nuestras Islas, tienen la palabra. Es posible que nuestro INDALO sea pariente del almeriense, como hoy el cultivo del tomate almeriense es pariente y deudor del nuestro.



X

MIS PROFESORES

Lo cuento como ocurrió. Lo expongo como lo siento. Venía yo con el catálogo de la obra pictórica de don Nicolás Massieu bajo el brazo pensando en que mi madre, de niña, pudo ser pintada por él. Porque así lo expresó el artista ante su belleza infantil, pero mi abuela no quiso. Ocurría ello en la Angostura, donde mis abuelos eran arrendatarios de una finca propiedad de Don Pedro Massieu, hermano del pintor. Finca de naranjos, encinares y pinos, duraznos, ñames, caquis, berros..., agua. Agua que brotaba espontánea y corría con potentes caudales... Nada de eso queda ya. Ni agua, ni ñameras, ni naranjos, ni el zumbido de las avispas, ni el olor de las naranjas podridas... Nada. Pensando en ello, en el atardecer de un acabado noviembre, entré en la exposición de Jesús Arencibia. Este, todo de negro, y tocado con su monda y brillante piel..., charlaba con Federico Sarmiento. Fui viendo los cuadros. Algunos lienzos me parecían goyescos o solanescos, en especial un grupo de viejas con aire de coro de tragedia griega. Quise decirle esto al pintor pensando en que no me identificaría. Yo recordaba su exposición en el antiguo Cabildo Insular con unos trípticos impresionantes, con un San Diego de Alcalá magistral... y unos versos en décimas que me aprendí entonces («La madrugada no se atrevía, ni a ser de noche ni a ser de día»). Pero el pintor me recordó como me conoció siendo yo estudiante de bachillerato en el «Viera y Clavijo» y lector en el Museo Canario. Otra vez, me recordó, nos encontramos en Sevilla. Inevitablemente saltamos al tema de la docencia. (Hoy que casi nadie quiere ser dicente, y que casi nadie se acerca al profesor buscando al maestro, sino a ver qué puede obtener.) Estábamos hablando dos profesores, estableciendo las inevitables comparaciones entre el ayer y nuestra época. Federico

Sarmiento terció en la charla para mencionar un artículo que yo había publicado hacía ya algunos años con el título de «Que se me pegue la lengua al paladar, si no me acuerdo de ti». Lo escribí a raíz de una reunión que los compañeros de curso celebramos al cabo de los 25 años de haber aprobado el «Examen de Estado». Contra lo que pensaba Federico Sarmiento, el título del escrito no hacía alusión a los inolvidables maestros, sino a una de las chicas del curso que un día, - como dijera Rabindranath Tagore-, y sin que yo se lo pidiera, entró en mi corazón. De ella me acordaba yo y de ella me sigo acordando. Y también me acuerdo de mis profesores. Me acordaba entonces y me estoy acordando ahora en que el curso académico se va deshaciendo en un mes de junio ya teñido de vacaciones. La grey juvenil se dispersa alegre o contrita hacia los lugares donde pasará las vacaciones. Mientras, otros se disponen a sufrir lo que ahora se denomina «Selectividad». Decía Ortega - a quien nadie parece leer ya- que sólo los hombres que se exigen a sí mismos se seleccionan. Y la verdad es que dentro de cierto lapso de la vida - la infancia y la adolescencia- el ser humano necesita de los demás para exigirse, y, por lo mismo, para seleccionarse. Yo nunca he olvidado nuestro bachillerato (Plan de 1.938) ni la prueba final llamada «Examen de Estado» en la que rendíamos cuenta de siete años, de siete cursos cíclicos, ante un tribunal de profesores de Universidad que nos hacían un total repaso oral y escrito de los conocimientos adquiridos. Hoy aquello me parece monstruoso; entonces, no. Entonces, era mi caso, disfrutábamos de un plantel de profesores excepcionales, en los cuales radicaba el éxito de aquellos muchachos que entraron en la Universidad en la década de los 40. Nosotros *no éramos* mejores que los anteriores, ni que los actuales alumnos. Si hubiera que establecer diferencias o comparaciones, yo diría que contábamos con menos ambiente para la dispersión y con un mayor reto o desafío (dificultades) en el entorno o ambiente. Los años eran - fueron- duros. Pero por encima de todo en nuestra formación estaban los profesores que la Providencia puso en nuestras vidas. Convertido yo hoy en profesor, en profesor que ve cómo cada día que pasa se deteriora la autoridad, se destroza la disciplina, se desprecia al orden y se cortan los hilos de afecto y cariño

que deben unir a docentes y dicentes, no puedo menos de pensar en mis años de colegial en el «Viera y Clavijo», cuyas paredes sucias, ventanas de cristales rotos, portada de entrada miserable... me acongojan. Me acongojan porque pienso que el medio en el cual el niño se desenvuelve influye en su ánimo. Y un colegio no puede ser como las escuelas de Dickens. No puede ser destartalado, sucio, cochambroso... Tiene que ser alegre, limpio, ordenado, acogedor... Así no era «mi» Colegio; así no era el Colegio donde el destino agrupó a un puñado de profesores a quienes debemos gratitud por nuestro éxito generacional. ¿Quiénes eran estos profesores?

No quisiera que alguno se me escapara, pero han pasado ya 34 años e, inevitablemente, aquellos cuyo magisterio fue breve tal vez no dejaron huella en mí.

No voy a citarlos por orden jerárquico, ni por orden afectivo. No. Por elegancia me referiré primero a Juanita Padrón y, por gratitud y respeto, a don Juan Melián, don Pedro Cullen y don José Naranjo Déniz, Pbro. La señorita era «un hueso», a la que no faltaba cierto humor y cierta timidez. Tras sus gafas, su perfecto maquillaje, y el rictus de sus labios, se escondían una «rigidez», una «dureza» que a veces se venía abajo ante las gansadas de, por ejemplo, Evaristo o Fernando Peñate. La señorita Padrón dominaba a fondo su materia; mas yo no podía seguirla en aquel saber y tuve que apechugar con más de un suspenso en Física y Química.

Don Juan Melián y don Pedro Cullen eran el binomio director. A nadie le agradaba ser llamado a la Dirección, que tenía un ojo o mirilla traicionera sobre una de las salas de clases. Don Pedro poseía la habilidad de enseñarnos prácticamente, no teóricamente. Incitaba a la lectura; nos recitaba con su voz grave. La Literatura con él era algo vivo. En sus manos no faltaba el texto de un clásico castellano para leernos a Berceo o para entonar aquello del Rabí Dom Sem Tob: «Cerrada estaba mi puerta, ¿A qué vienes? ¿Por do entraste? Dí, ladrón. ¿Por qué saltaste las paredes de mi huerta? Si la edad y la

razón...» Y, enseguida, establecía una comparación con Tomás Morales. La severidad de don Pedro se expresaba en un ¡Vamos, Quinto!, cuando subíamos la escalera en tropel organizando jaleo. En cambio el malhumor de don Juan Melián era terrible. Era una malhumor bíblico, como el de Jehová. Don Juan se enfadaba de verdad, chillaba... Pero también explicaba de verdad el francés, y se desinflaba de verdad. Mera fachada sus rabietas. Era bueno. Con disciplina militar, y un acento que nos resultaba gracioso (gaditano) se mostraba don José Palomino (otro hueso) en sus exactas clases de Matemáticas, donde Pepe Martel era un genio. Martel -a quien admiraba y admiró- era tan meticuloso como el profesor cuando se ponía a desarrollar en la pizarra alguna operación algebraica para mi totalmente esotérica. Palomino, con su chaqueta blanca, con su cara roja, su pulcritud su minuciosa frialdad (era como la ciencia que nos enseñaba) llegaba hasta deponer su gesto para expresar la satisfacción ante el alumno aventajado. También era como la ciencia que nos enseñaba don Agustín Martínón, dotado de una bonhomía impresionante. Palomino establecía unos límites que en don Agustín no existían. Don Agustín nos contaba anécdotas (cuando fue a Tenerife a estudiar o a examinarse y su padre le dio cinco duros y al regresar aún le sobraba dinero) y abría la boca de manera cómica. Se quedaba con ella abierta, como si le hubiera dado un aire, y nunca más fuera a cerrarla. También la boca (y el cigarro y las manchas de cenizas) era algo que tipificaba a don Ernesto Cantero, bueno, bueno, con sus pocos pelos campando por la calva a su aire y dando chasquidos cada vez que la dentadura postiza se le soltaba. Tenía sus muletillas, como todos las tenemos, y una gran vocación. Era como un Mr. Chips; lo era hasta en el mirar por encima de las gafas.

Frío, severo don José Burgos, enseñándonos gimnasia o matemáticas; un santo, con aires de San Luis Gonzága, don Santiago Cazorla; un caballero, don Alberto Manrique, cuyos dibujos lineales eran una tortura... Hay más. Hay más profesores: don Santiago Aranda, don Joaquín Belón (con mucha guasa siempre), don Elías Cárdenes, don Luis Prieto (continuamente triste), don Juan Sánchez

(risueño y de blancos dientes), don Benjamín Artiles (al que entraba tarde le decía «vas allegar tarde hasta para morirte»), don Francisco Socorro (todo un gentleman), don Rafael Ramírez, don Angel Portugués, don Juan Espino... Me voy a limitar al último o casi último que nos llegó impresionándonos a todos: Alberto Zoghbi. Pulcro, afeitadísimo, peinado, con unos cuellos y puños de camisas que nunca he olvidado y dando zancadas energéticas en su caminar y con una seriedad donde tampoco faltaba el humor. Zoghbi sabía mucha psicología y nos dejaba alelados hablándonos y hablándonos. Era incansable. Por él supimos la existencia de «La incógnita del hombre». Zoghbi, como todos ellos, influyó mucho en nuestras vidas. Por lo menos en la mía, porque me llevó a ciertas lecturas. Intencionadamente he dejado para el final a don José Naranjo Déniz, del que apenas puedo decir nada. Todos le tenían por un «un cura macho». A todos llamaba la atención su estatura y caminar. Para mí era como un padre. Y así lo sigo viendo; por eso se me hace difícil tipificarle. Tal vez lo más característico de él sea su continua sonrisa que sin embargo, cambiaba bruscamente por una seriedad total con especial rictus labial.

Pese a los años en que nos tocó estudiar el Bachillerato (1938-1944) yo no me consideré un muchacho frustrado, «no realizado» (como ahora se dice), etc., etc. Tuve mis complejos (de los que ahora me río). Y creo que lo bueno de nuestra formación es obra de estos maestros ejemplares a los que pobremente he evocado y a los que rindo un homenaje de gratitud desde estas líneas.

XI

FUE UN SABADO: 18 DE JULIO DE 1936

Cierto que cada vez que algo acaba, otra cosa comienza. Cierto que mañana es un magnífico día porque es el primero de los que me quedan por vivir...Pero esto último es contingente ya que, tal vez, no llegue a mañana y lo otro, aunque sea cierto, duele porque todo lo que se acaba, salvo si es negativo, nos afecta. Máxime si lo que desaparece es una vida humana. Esto, a medida que pasa los años, se va haciendo más frecuente. ¡Qué ajenos estábamos a la muerte cuando éramos niños o jóvenes! Era algo que no tenía que ver con nosotros. El tiempo, sin embargo, se encarga de hacernos ver que sí, que es un fenómeno inexorable y que con los años nos vamos tornando más acreedores a ella. Hay todo un síntoma alarmante: cuando comenzamos a interesarnos por las esquelas mortuorias aparecidas en la prensa. Malo. (Tengo un amigo que diariamente saca la media de las edades de los muertos el día anterior. Consolador entretenimiento). La curiosidad citada quiere decir que a nuestro alrededor, en la masa de nuestra generación, se va produciendo claros, y nosotros nos vamos poniendo en un buen sitio en la cola. Es terrible (debe serlo) el momento en que aquellas personas que nos unían al pasado (padres, tíos, conocidos) desaparecen y nos constituimos en el eslabón con el pretérito. Ya no tenemos a quien recurrir para que nos cuente cosas del ayer. Somos nosotros mismos la «historia oral» de lo sucedido, y somos nosotros los que contamos, convirtiéndonos en una fuente para la historia.

Un reciente viaje a Moya-Fontanales me permitió volver sobre estas consideraciones y otras que expondré al final. Buscaba yo, entre otras cosas, testimonios documentales para conocer lo que pasó en cada

pueblo canario en el mes de julio de 1936. Las actas municipales de Moya nos dicen que el 10 de julio se aprobó una factura para comprar una bandera y un asta destinada a ella por valor de 38 pesetas. ¿Se llegó a colocar tal bandera? ¿Hubo asta para la otra bandera que se debió izar el 18 de julio? Porque ocho días más tarde llegó a Moya el capitán de artillería don Manuel Pardo Ochoa acompañado por fuerzas de Infantería y de Falange Española y destituyó a los miembros del Ayuntamiento, nombrando en su lugar una comisión Gestora integrada por don Juan Nuez Rodríguez como alcalde presidente; don Juan Marrero Guerra, don Miguel Navarro Guerra y don Juan Molina Ponce como primero, segundo y tercer teniente de alcalde; don Pedro Moreno Miranda, en calidad de depositario de los fondos municipales; don José Marrero Miranda como concejal síndico y don Luis Santana Segura como regidor encargado de servicios. El 31 de julio celebró su primera reunión el nuevo equipo. Hasta aquí, el dato burocrático y administrativo de unas actas, el mes de julio de 1936 en Moya. Bien sabemos que debió de haber algo más. La historia de treinta días no se reduce a lo expuesto. Existe más historia en otras fuentes y, en especial, en los actores y testigos, que pudiera ser transmitida a nosotros.

Un hombre de Moya, sacerdote, llamado Juan Díaz Rodríguez, estaba en Santa Brígida ejerciendo de coadjutor en aquel julio ya histórico. Don Juan vive en Fontanales y con él hemos departido al poco rato de leer las actas del municipio moyense. Nuestro hombre pasa de los ochenta, pero es todo vitalidad, extroversión. Posee una admirable memoria. El puede darnos esa historia, «historia oral», inapreciable para un «archivo histórico de la palabra». Era en 1936 «el cura de la calle» porque en ella desarrollaba una amplia labor (al párroco don Elías se le conocía por «el cura de la iglesia»). Siempre andaba con gente joven. Llegó a ser designado presidente del «Santa Brígida Club de Fútbol» (entonces en el campo de fútbol se colocaron asientos procedentes de los «coches de hora»: los renqueantes y amarillos Panales). Participaba don Juan en una «Tertulia de Chichí» organizada en la fonda de Melián y en el Club Gol instalado en la casa

donde yo nació. Regentaba un colegio en su casa y en él nos iniciamos en el teatro. Aún recuerdo los ensayos de «El médico a palos».

El 18 de julio de 1936 fue un sábado. El 19 se iba a celebrar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. El coadjutor con la chiquillada andaba por las calles colocando banderitas cuando llegó la orden del alcalde suspendiendo todo. La vida del país se acababa de romper y, desgraciadamente, no se redujo todo a descolgar unas banderitas y suspender una fiesta.

A partir de entonces la bandera roja y gualda fue la que siempre lució, junto con la de Alemania, Italia, Japón y Portugal. En todas las manifestaciones se sacaban. Ellas ponían la nota de color, en tanto que la banda de música, magistralmente dirigida por don Domingo Suarez, ponía la nota musical a base de «Amparito Roca», «Bajo el doble águila» y «Banderita». Cada toma o entrada que hacían las fuerzas «nacionales» eran motivo de jolgorio. Por las noches, en torno a la radio de don José Navarro (Navarrito), se oían religiosamente las charlas de Queipo de Llano y el Parte. Al margen, con frecuencia, proseguían las fiestas por los éxitos de los alzados. Hubo en el programa fiestero efemérides especiales: la Reposición de los crucifijos en las escuelas: la rotulación de las calles: y el Primero de Octubre. Los crucifijos fueron bendecidos antes de llevarlos procesionalmente a cada escuela donde hubo discursos; discursos hubo el día de la rotulación; el primero de octubre también se prodigó la oratoria con la participación de una poetisa (¿quién era?), y de un exaltado señor de la capital. Testimonio fotográficos sepia y amarillentos respaldan esta historiografía oral que un hombre ya añoso desgrana con sorprendente entusiasmo y firmeza. Pero no está aquí toda la historia de aquellos días. Hay más historias.

Igual acontecerá transcurrida una generación. Es posible que dentro de cuarenta años los historiadores de entonces estén preguntando a los hombres que han vivido los cambiantes tiempos actuales sus experiencias y recuerdos, para reconstruir este hoy que

aún no es historia. Es posible.

Dentro de cuarenta años lo que los documentos vayan a proporcionar se está escribiendo ya. Lo que las personas vayan a decir no lo sabemos. Por supuesto que no dirán lo mismo ahora, con los hechos en caliente, que pasados cuatro decenios con más objetividad y perspectiva. Su valor como fuente viviente no es igual en este instante que dentro de cuarenta años. Es bueno saber por eso que la Historia es la imagen que tengamos del pasado, y esta imagen viene determinada, como estamos viendo, por las fuentes, y también -y ello es muy importante- por la propia vida de quien escribe.

Puesto a evocar e interpretar lo que aconteció aquel sábado lejano de 1936 mi reconstrucción depende de las fuentes (escritas y orales) y de mis propias vivencias, porque el historiador no puede ser separado de su época, ni la historia puede ser aislada del historiador.

XII

EL MUSEO DE MI MUSEO

Todos tenemos una especie de museo en el que conservamos vivencias, sensaciones y recuerdos. Los guardamos no como en un almacén de cachivaches o trastos viejos, sino cual elementos operantes. Están ahí actuando sobre nuestras vidas, formando parte de ellas. Este museo, o colección o herbario según denominación de Antonio Machado al cantarnos:

«Tengo dentro de un herbario una tarde disecada/verde, amarilla y morada/caprichos de solitario»; este museo, digo, parece que cobra más vigencia o somos más consciente de él al ir dejando la madurez. como si entonces, incapaces de enriquecer la colección, nos dedicásemos a gozar de lo atesorado. A vivir del pasado, como se suele decir. No es aconsejable esto, que implica impotencia para proseguir empapándonos del mundo que nos rodea, conformismo, un estar satisfecho, una falta de curiosidad que, precisamente marca la apertura de la vejez. La vejez es, decía Azorín, la falta de curiosidad; es estar satisfecho. Hay que hacer lo imposible por huir de esta situación espiritual. Debemos rechazarla tanto las personas como las instituciones y *organismos*.

Todo lo anterior me lo sugiere el título de estas líneas que puede prestarse al equívoco de que nosotros hemos entrado ya en esa fase bautizada ahora de modo eufemístico como «Tercera edad». O que concebimos el museo como algo estático, fosilizado, almacén de cosas. Creemos que un museo es algo vivo y pensamos que nuestro (de todos) Museo Canario hace gala de esa vitalidad, pese a la incompresión y sordera de quienes debieran ser más comprensivos y tener más oído

para aprender y escuchar que El Museo Canario merece una especial dedicación de todo tipo por lo que ha sido, y sobre todo, por lo que es, debe ser y será, para la cultura canaria. Pocos canarios no han pasado, y seguimos pasando por él, para encontrarnos con nuestras esencias y nuestras raíces.

En mi museo personal de experiencias formativas y determinates, y a semejanza de esas piezas que se exhiben señaladamente -Idolo de Tara v. g.- atesoro las enseñanzas juveniles habidas en el Museo Canario. En su biblioteca, concretamente. Van ellas arropadas por el ambiente de Vegueta- Santo Domingo y el clima espiritual de los años difíciles y hasta sórdidos de las décadas del 30 y 40. Años del colegio «Viera y Clavijo». El Museo Canario entonces nos ofrecía una sala de lecturas dotada de especial olor proveniente de las maderas y los libros. Con un silencio de iglesia. Silencio de Vegueta. Verso que hace la estrofa con el ruido de un piano a la hora de la siesta y el goteo de las campanas catedralicias. Silencio de Vegueta insisto, que era unción y recogimiento en aquella sala especie de refugio adonde recalábamos tras vivir la algarabía colegial de la salida. Allí leímos *Platero y yo* por primera vez (cada verano lo releo en estas tierras sureñas onubenses tan juanramonianas); muchas novelas de Pio Baroja en las ediciones de Caro Raggio; los clásicos castellanos en la espléndida edición de Espasa (Berceo, el Archipreste de Hita, etc.) que nos recomendaba don Pedro Cúllen; a Pérez de Ayala; a Núñez de Arce; a Bécquer; a Lamartine; a Chateaubriand (*El genio del cristianismo...*) y hasta llegamos a consultar el método Ollendorff en un prurito por aprender idiomas. Leíamos siguiendo sugerencias, atendiendo a lo que veíamos citado, estimando que aquello era fundamental y había que devorarlo, tras consultar un fichero de manoseadas y patológicas fichas. ¡Cuántos dedos mojados se habian apoyado en ellas! Eran unas fichas grandes, redactadas con unas letras de bella y cuidada caligrafía, obra de alguien que usaba pluma española y no inglesa. Ese alguien era Néstor Alamo, a quien divisábamos más allá del mostrador abatible que nos separaba del muchacho encargado de darnos los libros, encorvado, trabajando de continuo, con una lupa y un cercano e hiriente flexo, y una inseparable botella de agua agria (mineral se

dice ahora) en el suelo de la que «bucheaba» de vez en cuando. Era entonces cuando dirigía la mirada hacia la sala, y los lectores distinguíamos un rostro de miope, serio, al que atribuíamos mal genio. Gracias a Cleovaldo -el chico que nos daba los libros- conocí a Néstor. Y por Néstor supe de Diego Navarro al que saludé una vez, y cuyos versos (*Amenaza de estío. En la paz de tu cintura*) aprendí de memoria, seducido por la belleza de sus sonetos y la musicalidad de sus décimas. ¡Aquellas décimas magistrales que compuso para una exposición de Jesús de Arencibia en el edificio del antiguo Cabildo Insular! Siempre he pensado, y lo repito ahora, que toda la obra de Navarro merecería una edición con su estudio previo. Su conocimiento, el trato con Néstor Alamo a quien estoy reconocido por muchas cosas, fueron frutos cosechados en El Museo Canario de mi juventud.

Pero había más personajes, no muchos, en el Museo. Uno era el Dr. Chil, que estaba en todas partes, era el alma del Museo, y cuya figura nos miraba desde un cuadro. También nos era familiar el Dr. Verneau, retenido en una placa de calle, pero que sabíamos era importante en el museo. Otro, don Simón Benítez, del cual estábamos enterados que era un sabio, que escribía libros y que dominaba muchas materias sobre cosas canarias. Otro era don Sebastián Jiménez Sánchez, que desentrañaba los misterios de las tumbas y yacimientos indígenas y a quien Victorio Rodríguez le hacía dibujos. Otro personaje, que parecía el dueño de lo que considerábamos museo (objetos exhibidos) era una persona blanca desde la barba a la bata. Su imagen respondía a la que nos habíamos construido del sabio. El se movía entre las mariposas, la fauna marina, la cabra y el chivo apestoso, la imprenta, las «calaveras», y las momias de nuestros gigantes y rubios antepasados a los que íbamos a ver para vanagloriarnos de ellos. Tal vez porque no éramos ni rubio ni alto (como el marinero de aquella canción puesta de moda entonces). Ahora nos acabamos de enterar que no tenían ojos azules, que no eran altos, ni poseían el pelo rubio. ¡Con la proclividad y admiración que los canarios, más bien morenos, tenemos hacia todo lo que nos parece nórdico!

Este fue mi Museo Canario de la juventud, etapa receptiva y formativa. Muchos compañeros lo usaban para escabullirse en él cuando hacían «rabona» en el colegio. Aún así, creo, les tenía que hacer algún bien. Bueno sería que, de vez en cuando, iniciásemos alguna «fugona» en nuestras actividades y visitásemos a El Museo Canario, o procuremos que lo visiten y usen nuestros hijos para que vayan poniendo en el museo de su vida alguna pieza proveniente de El Museo Canario. Es mi consejo.

XIII

TRISTEZAS

En estos días plenos, pletóricos, llenos de sol, de pinos y de mar, en que la vida se hace más apegada a la naturaleza y nos encontramos más veces con nosotros mismos, libres de un entorno que, con frecuencia, es mera ganga, en estos días, digo, siento más que nunca la alegría de esta tierra del Sur de España donde vivo. Es algo inexplicable. Porque aquí no faltan las tragedias, ni los dramas, ni los problemas, ni el dolor, pero...No sé si la naturaleza se impone al hombre e implanta una atmósfera que rechaza toda tristeza proveniente de ella.

He hablado de tristeza dando la sensación de querer hacer distinguos. En efecto; en una personal clasificación pudiera hablarse de una tristeza que nace en nosotros y existe en nosotros, y otra tristeza que existe fuera de nosotros. Un estado patológico nos puede inundar de tristeza, al igual que una pérdida o separación de seres queridos, o la contemplación de la miseria ajena. Algo tan insignificante como un juguete abandonado, o un aula o patio huérfanos de las risas y juegos de niños, nos pueden causar tristeza. Pero hay otra tristeza, que no está en nosotros, que la percibimos en lo que nos rodea y que por ello nosotros no experimentamos el mismo sentimiento. Decimos ¡Qué hombre más triste! O «Es una ciudad triste». Y el hecho lo estamos percibiendo desde un estado de ánimo personal, nada acorde con lo que apreciamos. Nosotros podemos estar alegres en tanto que consideramos llenos de tristeza a la ciudad o al hombre.

No hace muchos meses volví a sentir una tristeza casi olvidada: la dominical de Las Palmas. Y otra inédita: la de todo un país. Esta

tristeza es la que nunca he detectado en los pueblos y ciudades andaluces , donde se puede palpar la alegría del vivir.

Austria es un país que rezuma nostalgia, En Viena, corazón de un amplio imperio no ha mucho desaparecido, las iglesias huelen a tristeza. La misma tristeza del cementerio de Alpch, bellissimo pueblo del Tirol, que al atardecer se llenaba de lamparitas que los deudos de los muertos encendían para iluminar a las almas...Tristeza de Salzburgo, pequeña Roma, musicalmente romántica. Melancolía de Baden, usufructaria aún de algo pasado, con bellísimos parques en los que centenares de personas casi ancianas gozan de conciertos al aire libre o de operetas musicales. Tristeza en el palacio de Schonbrün, viendo la cama donde nació Maximiliano de Méjico, el vaciado de yeso del rostro de «Aguilucho» -el hijo de Napoleón- y a su lado, embalsamado pareciendo vivo, el pajarillo clasificado *Alauda cristata*, que fue su mejor amigo...Tristeza en Mayerling, dentro del pabellón de caza del kónprinz Rodolfo, escenario de la famosa tragedia, hoy convertido en iglesia cuyo altar mayor coincide con el dormitorio en que murieron los amantes. Tristeza, tremenda tristeza, en el cementerio cercano a Mayerling y a Heiligenkrevs, en los plenos bosques de Viena, donde yace María Vetzer en sus truncados 18 años. Una avenida de tilos, ligeramente ascendente conduce hasta el camposanto. Entrando en él, a la izquierda, se levanta la tumba con su cerca de hierro negro, su cruz de mármol beige, su lápida gris con cuatro anillas de metal, y tres árboles que han crecido en el pequeño recinto y le dan sombra al conjunto y a una leyenda: Mary Frein V. Vetzer Geb. 19 marz. 1871 Gesat. 30 Jänner 1889. Debajo un salmo de Job (14,2) que traducido reza: El hombre crece como una flor, hasta que es arrancado violentamente.

Considerando las vidas y el destino de estas personas no sólo lo que nos rodea nos parece triste, sino que nosotros mismos nos empapamos de tristeza. Maximiliano cayó fusilado en Méjico; el Aguilucho murió prisionero de sus abuelos en Viena y allí quedó hasta que Hitler regaló a Francia sus restos para que reposaran en Los Invalidos al lado de

su padre. El príncipe heredero Rodolfo mató a la húngara María Vetzera y luego se suicidó tras cubrirla de flores... Dicen que Viena, Praga, y Budapest tienen los más altos porcentajes suicidas de Europa. Es posible. Este era el país -Austria-, vayamos a la ciudad. A nuestra ciudad. Siempre me resultó triste Las Palmas los domingos. Quedaba hueca. Sus habitantes se iban o se metían en sus casas y apenas salían para ir a misa. Nadie se volcaba sobre calles, plazas y paseos para trascenderlos de vida y animación. Porque la ciudad no es sólo casa y calles -urbanismo- que componen su cuerpo, sino que también es sus habitantes, que le dotan de alma. He ido a misa de doce a la catedral. El templo sigue igual que hace 30 años. Con las mismas desangeladas bombillas colgando. Cerca de mí hay un viejito, pequeño, de bastón, pantalón y chaqueta de punto negros cuya etiqueta se asoma por detrás de un menudo cuello sostenedor de una cabeza calva sobre la que se mantienen unas gafas de montura de carey cuyos cristales aumenta la visión de unos ojillos vivos e inquisitivos. He visto a este viejito muchas mañanas tomando el sol en la Plaza de Santa Ana. Estoy seguro que es padre de un amigo mío de la infancia. Entonces ya era mayor. ¿Cuántos años tiene ahora? Cuando termina la misa sale, se pone su sombrero negro y se sienta en la plaza.

La misa la ofició un canónigo que siendo yo adolescente lo tuve de profesor en el colegio. Hablaba con dulzura y ponía las manos en actitud orante. Sigue con la misma dulzura y con la misma pose. El sacristán, que revolotea en torno a él -sin sotana- lo hace con ese típico desparpajo y desenvoltura de los «familiarizados» con Dios. Para ellos no hay fervor ni misterio. La religión, que es amor y también misterio y temor, es para estos servidores del templo algo distinto. Donde hay confianza da asco. El desenfado del sacristán contrasta con el recato del ministro oficiante, que debe sentirse tan solo como yo (no he reconocido ni a una sola cara), porque los fieles apenas contestan a sus oraciones y jaculatorias. Los canarios no son muy generosos cuando de rezar o cantar colectivamente en el templo se trata. Lo más que se oye, lo más que deja escapar la aplatanante presión atmosférica,

y el clima, es un musitar que no implica esfuerzo, que nada tiene que ver con el desfogue y tromba musical que el organista hace caer sobre todos los fieles al terminar la misa. Observando el desfile de personas me pregunto si la apariencia externa era igual hace treinta años. Percibo un aire antillano, caribeño, El público va saliendo y dos personajes del retablo ciudadano se apostan en una puerta de la catedral. Uno, que viste sandalias, gran crucifijo y unas muletas, pide. El otro, de caminar a lo Frankenstein, frente abombada y mirar alienado, observa. Es un individuo siempre malhumorado, vinculado al templo, que a veces he visto recogiendo alguna que otra paloma muerta. Hace cuarenta años el personaje era el pertiguero, flaco, de ropón sucio y gorguera blanca, que Carlos Morón pintó y José de Armas materializó en una figurita... Fuera, en la Plaza, corretean niños y palomas. Se exhibe una exposición artesanal infantil. Un grupo danza bailes canarios, un grupo que luce un vestido híbrido: pantalón vaquero, blusa blanca, sombrero y faja negra. El reloj de la catedral sigue parado. Al poco rato todo desaparece. Sólo siguen las palomas y esa tristeza a la que me refería, y el viejito todo negro que con su caminar un tanto zambo se va calle Obispo Codina abajo, pensando, tal vez, que tiene que cruzar el puente de piedra...

XIV

LA VISITA DEL SEÑOR MINISTRO

Era su primera visita. Llegó acompañado de un secretario de Estado y varios directores generales. Se le aguardaba como a los norteamericanos en aquella inolvidable película titulada «Bienvenido Mr. Marshall». Y es que pese al paso y repaso de ministros (siempre breves sus estancias porque parecían temer que le quitaran el cargo durante su ausencia), y a pesar de tantas promesas hechas y no cumplidas, los españoles de aquella región periférica seguían creyendo en los ministros al igual que creían y esperaban muchos de las nubes.

El ministro bajó del avión hacia las once de la mañana. Al pie de la escalerilla estaban todos: el gobernador civil, el presidente de la Junta, el delegado del Ministerio, el presidente del Cabildo, el alcalde... Como siempre; con el mismo espíritu, porque la gente de aquella región cultivaba la hospitalidad desde antes de aparecer por ella los castellanos y andaluces que las sometieron olvidando a veces promesas.

Motoristas y coches oficiales se dirigieron enseguida hacia un templo que se restauraba, a un edificio que se acondicionaba para sede de un colegio profesinal y un polideportivo. Los arquitectos, deferentes, explicaban; el párroco, solícito, pedía (era el verbo que más conjugaba); los del colegio insinuaban; y los del polideportivo reclamaban para, al menos mantener las instalaciones. Y eso que hasta allí no llegaba la marea del Mundial, ni el Papa en su visita próxima. Ambos hechos estaban siendo la razón, la causa, el pretexto, la panacea..., de muchas cosas en este país ahora mismo. Bien; el ministro fue llevado en volandas a un museo. El séquito aumentaba, aunque el cura se quedó en la parroquia rezándole a San José para

que convenciera al ministro. Los de la RTV y prensa revoloteaban plasmando escenas y expresiones ministeriales y ministriles (las de los que van con el ministro) sin poder evitar nunca a un señor bajito él, con bigote, que siempre estaba al lado del dignatario. Tal vez era su angel de la guarda o un policía disfrazado de director general. Vaya Vd. a saberlo. El ministro fue debidamente informado del contenido y objetivos de la institución («centenaria institución arqueológica» la calificaría la prensa al día siguiente, originando una tremenda descarga de adrenalina en su presidente por la insultante calificación y mal uso del español). El ministro estampó su firma en el Libro de Honor y prometió «echarle un cabo» como se dice en la jerga local para evitar la clausura de tan prestigioso centro muy arrumbado en las preocupaciones culturales de las autoridades locales. Los del museo se quedaron sin saber si el cabo era para que se ahorcasen en su desesperación y pusieran fin a su pesadilla.

Con su cortejo ya más crecido, el ministro se dirigió a la catedral. Pese a la rapidez del deambular, el ministro tuvo tiempo de comprobar que la amplia plaza que se alzaba frente al templo estaba muy descuidada. No comentó nada para no herir al alcalde que sufría aún la muerte y entierro de la sardina; pero era evidente la cochambre de los bancos (cuestión de una mano de pintura) y del mal estado general. Algo le contaron sobre una pareja de perros displicentes que había en dos destartalados pedestales. Tampoco iba a comprender el ministro el por qué los clérigos mantenían clausurado un bello patio restaurado con dinero de su departamento ni el por qué no habían aún ordenado el archivo catedralicio, ni montado el museo de arte religioso, proyectado hacía muchos años tras «requisar» de muchos templos imágenes y objetos que constituían su parvo patrimonio artístico. Inexplicable. El Obispo no estaba presente. Y el Cabildo Catedral, como todos los cabildos, había tenido la suerte de que el Concilio Vaticano II se olvidara de ellos. Los canónigos demandaron otras ayuditas para concluir la obra, pero no se incorporaron al cortejo que repentinamente, engrosó con la aparición de una comisión no prevista de señores que entregaron un libro encuadernado al Sr. ministro y le pidieron su

apoyo para construir un centro cultural polivalente. Por un momento el ministro pensó en el Centro Pompidou y consideró que lo de la cultura implicaba polivalencia. O sobraba cultural o sobraba polivalente. No tuvo tiempo para proseguir sus disquisiciones porque ya lo arrastraban hacia la inauguración de una exposición de pinturas y visita a otro centro cultural. El barrio lucía recién regado y los jardineros daban los últimos toques a unos esacuálidos parterres y jardincillos. Nuevos discursos; y nuevas palabras del ministro quien volvió a aludir a la participación de la sociedad y al apoyo y estímulo de su departamento. Los de los medios de información persistieron en evolucionar con sus cámaras sin poder evitar al hombrecillo del bigote. ¿Quién sería? Tal vez era un pariente del Sr. ministro, o su médico particular. El ministro volvió a firmar en un Libro de Honor. No bastaban con las fotos, que podían estar trucadas; era preciso ese testimonio manuscrito para demostrar que por allí había pasado otro ministro más, enriqueciendo la colección. Existía cierta soterrada rivalidad entre los organismos locales a ver quién poseía más autógrafos ministeriales. Se murmuraba de una entidad que trasladó su libro a Madrid para que se lo firmasen.

La siguiente visita fue para el local de la Junta, templo de la autonomía, otro viejo sueño de la región. De la autonomía y de la descentralización (en un país que gobiernan los centristas y donde hay poca gente centrada) se habló con la habitual retórica. El ministro volvió a referirse al apoyo, estímulo, crédito y próximas transferencias. (Algunos, en su ingenuidad y deseos, creyeron en créditos y transferencias bancarias). A continuación, el ministro se trasladó al Gobierno Civil para firmar los correspondientes convenios-marcos de cooperación y asistencia y que fueron enmarcados y colgados en una galería especial llamada de los acuerdos marcos. Tras este importante acto, consigna la prensa de entonces, el ministro con los miembros de su gabinete y autoridades locales se encaminaron a un hotel para almorzar. Apenas pudo descansar, porque a las lorquianas cinco de la tarde hubo una rueda de prensa en la que los informadores hicieron esfuerzos por hacer cosas, desplegaron ingenio, y anotaron

colegialmente todo lo que el ministro y su cohorte pronunciaron, aunque luego no les sirvió de mucho. No está muy claro en cierta prensa, pero, al parecer, el ministro antes de dirigirse al teatro, debidamente «etiquetado», visitó un viejo castillo en el que se venía pensando instalar algo. El ministro cautelosamente consideró para su coleteo que sería mejor dejarlo como estaba y así persistiría un pretexto para que siguieran pensando, cosa a la que no está muy acostumbrado este instintivo pueblo nuestro. La jornada concluyó con flores, aplausos, más peticiones y ópera. La prensa silencia ya lo que ocurrió más tarde.

A la mañana siguiente el ministro tomó el segundo vuelo para Madrid rodeado por un cortejo ya liberado de la ganga oficial local. El ministro iba poniendo orden en sus ideas y sensaciones con la ayuda de sus colaboradores. Al examinar las fotos de la jornada todos se preguntaron quién sería el hombrecillo del bigote. Tal vez una autoridad local. Lo mismo se estaban preguntando a aquella hora las autoridades locales al leer la prensa. ¿Quién era aquel personaje embigotado siempre presente? Tal vez una autoridad ministerial. Lo que nadie podía suponer era que se trataba de un « colado », como los que se cuelan en las bodas, bautizos, convenciones y etc. El ministro quiso luego reconstruir sus andanzas y comenzó a preguntar y puntualizar. Vamos a ver, los armarios llenos de cráneos (le habían impresionado mucho) ¿Eran del osario de la iglesia o de la catedral? No, no; aquello era el museo. Y aquí, en el museo ¿era donde estaban todos los paquetes de documentos apilados en una habitación? No, no; aquello era el archivo de la catedral. Y los señores que aparecieron de pronto y le entregaron un libro encuadernado bellamente y le hablaron del centro cultural polivalente ¿quienes eran? Eran los de la Económica que no tenían nada que ver con los del castillo... El ministro amablemente atendido por las azafatas, se desayunó y entró en una dulce modorra lamentando no haber tenido tiempo para ir a un bazar de indios. Que me despierten al llegar a Madrid; así sería más real la sensación que tenía de que todo había sido un sueño. Mientras, las autoridades locales soñaban con las promesas del Sr. Ministro

XV

ESTA CIUDAD, AQUELLA CIUDAD

«La ciudad, en sí misma, hay que confesarlo, es fea. Su aspecto es tranquilo y se necesita cierto tiempo para percibir lo que la hace diferente de las otras ciudades comerciales de cualquier latitud. ¿Cómo sugerir, por ejemplo, una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines donde no puede haber aleteos ni susurros de hojas, un lugar neutro en una palabra? El cambio de las estaciones sólo se puede notar en el cielo. La primavera se anuncia únicamente por la calidad del aire o por los cestos de flores que traen a vender los muchachos de los alrededores; una primavera que venden en los mercados. Durante el verano el sol abrasa las casas reseca y cubre los muros con ceniza gris; se llega a no poder vivir más que a la sombra de las persianas cerradas. En otoño, en cambio, un diluvio de barro. Los días buenos sólo llegan en invierno.

El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere. En nuestra ciudad, por efecto del clima, todo ello se hace igual, con el mismo aire frenético y ausente. Es decir, que se aburre uno y se dedica a adquirir hábitos. Nuestros conciudadanos trabajan mucho, pero siempre para enriquecerse. Se interesan, sobre todo, por el comercio, y se preocupan principalmente, según su propia expresión, de hacer negocios. Naturalmente, también le gustan las expansiones simples: Las mujeres, el cine y los baños de mar. Pero muy sensatamente, reservan los placeres para el sábado después del medio día y el domingo, procurando los otros días de la semana hacer mucho dinero. Por las tardes, cuando dejan sus despachos, se reúnen a una hora fija en los cafés, se pasean por un determinado bulevar, o se asoman al balcón. Los

deseos de la gente joven son violentos y breves, mientras que los vicios de los mayores no excede de las francachelas, los banquetes de camaradería y los círculos donde se juega fuerte al azar de las cartas.

Se diría, sin duda, que nada de esto es particular en nuestra ciudad y que, en suma, todos nuestros contemporáneos son así. Sin duda, nada más natural hoy día que ver a la gente trabajar de la mañana a la noche y en seguida elegir, entre el café, el juego y la charla, el modo de perder el tiempo que les queda por vivir. Pero hay lugares y países donde la gente tienen, de cuando en cuando, la sospecha que existe otra cosa. En general, esto no hace cambiar sus vidas, pero siquiera ha tenido la sospecha y eso sale ganado. Nuestra ciudad por el contrario, es en apariencia una ciudad sin ninguna sospecha, es decir, una ciudad enteramente moderna. Por lo tanto, no es necesario especificar la manera de amar que se estila.

Los hombres y las mujeres o bien se devoran rápidamente en eso que se llama el acto del amor, o bien se crean el compromiso de una larga costumbre a dúo. Entre estos dos extremos no hay término medio. Eso tampoco es original. En nuestra ciudad, como en otras partes, por falta de tiempo y de reflexión, se ve uno obligado a amar sin darse cuenta.

Lo más original en nuestra ciudad es la dificultad que pueda uno encontrar para morir. Dificultad, por otra parte, no es la palabra justa, sería mejor decir incomodidad. Nunca es agradable estar enfermo, pero hay ciudades y países que nos sostienen la enfermedad; países en los que, en cierto modo, puede uno confiarse. Un enfermo necesita alrededor blandura, necesita apoyarse en algo; esto es natural. Pero en nuestra ciudad los extremos del clima, la importancia de los negocios, la insignificancia de lo circundante, la brevedad del crepúsculo y la calidad de los placeres, todo exige buena salud. Un enfermo necesita soledad. Imagínese entonces al que esté en trance de morir como cogido en una trampa, rodeado por cientos de paredes crepitantes de calor, en el mismo momento en que toda una población, al teléfono o

en los cafés, habla de letras de cambio, de conocimientos, de descuentos. Se comprenderá fácilmente lo que puede haber de incómodo en la muerte, hasta en la muerte moderna, cuando sobreviene así en un lugar seco.

Estas pocas indicaciones dan probablemente una idea suficiente de nuestra ciudad. Por lo demás, no hay por qué exagerar. Lo que es preciso subrayar es el aspecto frívolo de la población y de la vida. Pero se pasan los días fácilmente en cuando se adquieren hábitos, y puesto que nuestra ciudad ofrece justamente los hábitos, puede decirse que todo va bien. Desde este punto de vista, la vida, en verdad, no es muy apasionante, pero al menos, aquí no se conoce el desorden. Y nuestra población, franca, simpática y activa, ha provocado siempre en el viajero una razonable estimación. Esta ciudad, sin nada pintoresco, sin vegetación y sin alma acaba por servir de reposo y al fin se adormece uno en ella. Pero es justo añadir que ha sido injertada en un paisaje sin igual, en medio de una meseta desnuda, rodeada de colinas luminosas, ante una bahía de trazo perfecto. Se puede lamentar únicamente que haya sido construida de espaldas a esta bahía y que al salir sea imposible divisar el mar sin ir expresamente a buscarlo».

He vuelto a esta ciudad, que no es aquella ciudad de los precedentes renglones, tan parecida a la nuestra. Aquella ciudad es Orán, tal como figura en las primeras páginas de la novela *La Peste*, debida a Albert Camus. He vuelto a esta, nuestra ciudad, casi réplica de aquella que, para quienes la amamos, no es fea y tiene palomas. Palomas, gráciles señoras del cielo en sus revoloteos, que salen y vuelven de los riscos; palomas más del asfalto que de los cielos libres, que un tanto miserablemente mendigan el alimento diario en la Plaza de Santa Ana, cuyos aledaños emporcan y afean. Como lo afean y profanan unas rojas proclamas que en la Nochevieja fueron renovadas y acondicionadas por aquello que la TV se iba a solazar con ellas.

He vuelto a esta plaza entrañable y, con dificultad, he podido

entrar en el templo catedralicio controlado por unos señores que me alegaron tener autorización del Obispo y consignas concretas del sacristán para impedir el acceso de los fieles, salvo en los momentos que se celebrara la misa. He vuelto a penetrar en la catedral de Las Palmas, tan desolada y abandonada (sonrojos produce la tumba de León y Castillo) para, una vez más escandalizarme con el esperpéntico espectáculo del llamado Patio de los Naranjos y de la capilla de San Pedro. Sobre su altar privilegiado yacía una «Relación de trabajadores que van a la empresa a hacer piquetes» y otros trebejos del vivir cotidiano. En un rincón se apilaban colchones, mantas y edredones. Dentro de un confesionario (otro mueble que ya se encuentra en anticuarios) se guardaban termos, un ajedrez, un juego de lotería, barajas, un damero de los que dona la Caja Insular de Ahorros.... ¿Quién tolera esto? ¿Quiénes son los responsables? Seguro que el San Pedro del altar lo sabe, lo mismo que el Jesús despojado de sus vestiduras de la estación del Via Crucis... Y nada digamos de don Diego Eugenio Ruiz de Vergara, familiar del Santo Oficio de la Inquisición y patrono de la capilla, enterrado en ella el 24 de marzo de 1774. Sus huesos se deben de estar estremeciendo... ante su impotencia por no poder sentar ante su tribuna a los que considera reos de profanación por consentimiento y acción. ¿O ya la casa de Dios no es lugar sagrado como me enseñó el párroco de mi pueblo?.

XVI

EL PREDICADOR Y LOS MENDIGOS

También el predicador pudiera ir en plural, los predicadores. Porque son más de uno. Todos de la misma ciudad; en cambio los mendigos son de esta y de la otra ciudad.

Dicen que estos predicadores, muchos todavía luciendo la teja, esclavina, manteo y rucias sotanas, tiene un Obispo muy «moderno». La gente entiende por «moderno», a lo mejor, que se ponga pantalones vaqueros y pida a los fieles que le trate de tu, como en las primitivas comunidades cristianas. Son en efecto los «signos» de los tiempos, y usamos aquí el concepto signo como echo demostrativo y no como milagro (seméia) tal como lo emplea el evangelista San Juan. El otro día, en no sé que sitio, llegó el obispo o el arzobispo a una reunión y el gobernador civil le dijo; «Fulano arrimate una silla». Es un claro ejemplo de los signos de los tiempos. Aunque aquí cabe interpretar el vocablo con su doble acepción. Es, se me dirá, la democracia. Sí, contestaré; la democracia que cuando es excesiva, al decir de Ortega, se torna en vulgaridad.

El predicador, los predicadores, atraen mi atención no porque le pida al pueblo que se cojan de las manos en el acto de darse la paz como si de bailar una sardana se tratase; ni porque aún se muestre proclive a amenizar la misa con toda la parafernalia de guitarras, panderos y demás instrumentos de producir ruidos y sonidos; ni por que suprima el Credo; ni por que ponga demasiada atención en los problemas de Centroamérica cuando de hacer la exégesis de la palabra de Dios se trata. No; me interesa como predicador. Y como tal no me atrae aquel religioso tronante y gesticulador, que semeja

realizar ejercicios gimnásticos; ni el que glosa el Evangelio y nos lo vuelve a contar destrozándolo al despojarle de su belleza literaria; ni el que improvisa (la improvisación según Marañón, es una falta de respeto al público); ni el que no sabe como concluir y se eterniza en divagaciones llenas de tópicos y muletillas; ni el que el otro día no supo aclararnos si el demonio y la enfermedad es lo mismo en los Sagrados textos. No; me interesa el que el día de Reyes hizo una perfecta, clara y breve exégis de las lecturas de la festividad, y nos dejó inculcada la idea de que «siempre es Navidad». Jesús está siempre naciendo en nuestra vida. Se trataba de un clérigo elegante, de piel sonrosada y pelo totalmente blanco. Me impresionó la altura de su homilía. Es nuevo en aquella parroquia, por lo menos para mí, y, sin duda, es el sustituto del anterior párroco que tenía cierto aire a don Camilo. El es el modelo de «mi» predicador. El que prepara su charla y, en siete minutos, con lenguaje sencillo, podado de lugares comunes, deja clavada una o tres ideas: Siempre es Navidad

Fue en ese templo parroquial donde el domingo, 3 de febrero, quedamos los asistentes a la misa sorprendidos por el mendigo. Constituyó un gesto teatral, sorpresivo. Hay que reconocer que bastantes mendigos son maestros de las tablas. La calle Preciados o el metro de Madrid parece una escuela de arte dramático. O la Sevillana calle Sierpes. De rodillas, con los brazos en cruz, implorantes, pertrechados de niños, exhibiendo letreros, deformaciones o llagas conmueven al viandante más duro de corazón. Yo he visto a algunos de estos mendicantes en el momento de la súplica limosnera y, más tarde, en el disfrute de lo recogido. Era otro individuo. Su expresión había ido de la Piedad de Miguei Angel a los Borrachos de Velázquez. Pero volvamos al mendigo que irrumpió en la misa, cuando el oficiante permanecía sentado y una muchacha leía la primera palabra. El mendigo, hombre joven, con una mochila a la espalda, caminó directamente hacia el oferente y le pidió una limosna. Por un momento me pareció que el sacerdote exclamaba «¿qué tengo yo que ver con esto?». El joven persistió y el cura denegó. Entonces el mendigo se dirigió a los fieles he hizo la colecta. Al que rehusaba le explicaba

o razonaba algo. La gente desconcertada, optaba por darle una limosna con tal de quitárselo de encima. Me acordé entonces de otro mendigo, en la otra ciudad. Su aparición ocurrió en el momento de la Comunión. Surgió, igualmente, de improviso, recorrió el pasillo central, y se encaminó en derechura al sacerdote y le gritó que le diera también a él de comer. Tenía hambre. (bienaventurados los que tienen hambre). Quería participar del reparto que se estaba haciendo. Los fieles reflejaron estupor en sus rostros y no supieron que hacer (Tuve hambre y no me distéis de comer). El mendigo parecía afirmar «Estoy aquí muriendome de hambre».

Con el transcurrir de los días no sé cómo sedimentar todo esto, darle cierta unidad, y obtener unas conclusiones. Se me alborota al mismo tiempo la idea que tengo de un buen predicador, mi repulsa a los malos exégetas de las Sagradas Escrituras, y las escenas insólitas de los mendigos, cuyas peticiones quizás no he dramatizado suficientemente, tal como lo hace San Marcos al duplicar el ruego del ciego o exponer el largo diálogo del padre epiléptico.

Tal vez la idea conductora y unificadora sea la de que «Siempre es Navidad». Siempre es Navidad por lo que decía el predicador, e, igualmente, porque los días de consumismo febril no desaparecen cuando el mes de diciembre se ha quedado atrás. Persisten y conviven con los de los verdaderamente necesitados para los cuales nunca es Navidad.



XVII

CUATRO EMIGRANTES PARA UNA AMERICA

Pertenezco a una familia, por vía materna y paterna, de emigrantes a América. Mi padre viajó a Argentina en los años de la guerra del 14. Fue uno más de los tres centenares de miles de personas que, según Nicolás Sánchez-Albornoz, desembarcaron en los congestionados puertos argentinos sólo en el año 1913. Pero fue también uno de los muchos que regresaron una vez acabada la contienda europea. Se trajo el mismo baúl de madera, pintado de verde, que se había llevado y un repertorio de tangos que constituyó el fondo musical de mi infancia. El baúl sirvió, tal vez para guardar desconocidas nostalgias o aventuras rioplatenses y para apilar ropa y novelas de Xavier de Montepin, Rocambole, los *"Cuentos de una Reina"* de Isabel de Rumanía y *"La perfecta casada"*... Por parte de mi madre un hermano suyo y una hermana se fueron a Cuba bien jóvenes, casi adolescentes. Mi infancia quedó impresionada por la llegada de sus cartas con sellos verdes, rojos y ocreos donde figuraban Maceo, Calixto García o Martí. Alguna vez aparecía por casa de mis abuelos un indiano, todo vestido de blanco, y con destellos dorados en las manos o en los dientes, portando noticias de los hijos. Como testimonio de las familiares vinculaciones cubanas mi abuelo bautizó a uno de sus perros con el nombre de "Machado", animal tan inteligente como el dictador, siempre acompañado por otro pequeñajo alcahuete, que respondía al nombre de "Charlot", figura de moda entonces, en un cine mudo alucinante para niños. A reforzar la presencia cubana en mi ámbito familiar llegó un ex emigrante con el que una de mis tías se ennovió y que cada domingo le traía "Carteles" y "Bohemia", A todo aquel mundo lejano, imaginado, extraño, rioplatense o caribeño, con fondos musicales de tangos y habaneras de mi infancia, me asomé yo en mi

juventud para encontrarme con otros emigrantes.

Todo comenzó el 4 de octubre de 1957, el mismo día en que los rusos pusieron en órbita al "spunik". Ese día llegué no por vez primera a América, Puerto Rico estaba sobresaltado, como eco de la alteración estadounidense. Allí, en esta isla, me tropecé con españoles que clasifiqué en cuatro grupos: los auténticos exiliados políticos; los falsos "perseguidos", llegados más tarde; los intelectuales y científicos serios que iban a desarrollar tareas docentes; y un cuarto grupo de mercachifles que, como los descubridores del XVI, cambiaban las baratijas de su saber por buenos dólares. A algunos de los primeros, cargados de nostalgia y con una imagen falsa de la patria, los traté en una reunión habida en el "Swiss Chalet" promovida por antiguos estudiantes puertorriqueños en España. Después me los encontré en otras partes de América. No faltaban entre ellos algunos fuente de extrañas historias en aquella isla del Caribe, y que aún viven. Los más irritantes eran los exiliados posteriores, que alegaban inexistentes persecuciones y, amparados en la generosidad de los nativos, medraban y hacían uso de de unos títulos que, tal vez, no poseían. Creo que hablar en estos momentos ya de tales grupos se torna imposible; no existen, y los americanos se han avispados. Pero existe un quinto tipo de emigrante nada intelectual, que mantiene viva una historia y quehacer nacidos en el siglo XVI. Esos se les sigue encontrando por doquier y hemos de admirarnos porque no fueron a "hacer la América", sino a "hacer a América". Y en ello prosiguen.

No hace muchos días he tenido la ocasión de toparme con más de uno de ellos de modo casual: en el avión, en el autobús, en un restaurante, en una lejana parroquia casi andina. El primero era herreño: físicamente ofrecía un tipo distinguido, casi me atrevería yo a decir británico. Vivía en Machagai, en el Chaco, y regresaba admirado de lo que en su isla había realizado el regimen franquista. Todo se le iba en elogios al Puerto de la Luz de Gran Canaria y al Puerto de la Cruz de Tenerife. Con el mismo entusiasmo me hablaba de las riquezas de los campos argentinos y de lo poco, según él, que la gente

trabajaba. En cierto momento reciente se había dejado de recoger una espléndida cosecha de algodón. Tal vez, lo ignoraba él, la causa estaba en que no había mercado para tal algodón, como acontecía con los cítricos de Tucumán, verbigracia. Es decir se carece de mercados fijos y estables y se marcha supeditado a lo que ofrezcan y ordenen voluntades ajenas a los intereses del país.

En Rosario de la Frontera, entre Tucumán y Salta, me encontré con un alpujarreño, que llevaba treinta y tres años emigrado, pero que cuando soñaba siempre aparecían escenarios andaluces, nunca argentinos. No se lo explicaba. Había sido cabrero o pastor y obrero en una fábrica de azúcar de Málaga; hizo toda la guerra civil como falangista y se marchó con intenciones de entrar en México. Dado que esta nación no mantenía relaciones diplomáticas con España, le dijeron que una fórmula era dirigirse a la Argentina, hacerse argentino y, desde allí emigrar al país azteca. Pero acabó fondeando para siempre en tierras pamperas. Cinco hijos y ventidós nietos le ataban ya, aunque “ésta” -y me señalaba a la mujer- sigue ceceando bárbaramente y pensando en regresar. Había recorrido toda la provincia de Salta (es la mitad de España) comprando ganado; no simpatizaba con los gallegos ni con los italianos (todos autotitulados ingenieri) y agradecía al país que sus hijos (sólo uno nacido en la Argentina, y grandes enamorados de la música de España sin conocer a ésta) hubieran podido estudiar carreras. Cuando en la larga ruta por el valle de Lerma hicimos un alto y él se cayó en un traidor escalón que separaba el salón del bar de los servicios, exclamó: “Las tres cosas peores que le pueden ocurrir a un viejo es caerse, cagarse, o casarse”. Su filosofía andaluza o hispana la volvió a aplicar al preguntarle cuál había sido para él el mejor momento de Argentina. Me venía hablando muy mal de la situación, de los políticos, de la gente que no trabajaba, etc., y ante mi interrogación me contestó rápido: la primera época de Perón; pero cometió un grave error al darle a los obreros de la A a la Z sin pasar por las demás letras.

El tercer emigrante había nacido en Cuba de padres palmeros, y

cursado la carrera sacerdotal en Valencia. Estaba de párroco en Chicoana, el lugar donde Diego de Almagro dobló con su tropilla para descolgarse sobre Chile. Era blanco, de ojos azules, uno de los cuales , el derecho, cerraba. Tenía un apellido muy de la Palma. Llevaba nueve años allí. Impresionaba las condiciones en que desarrollaba su ministerio, dedicándose cada semana a un rumbo. Por aquellas tierras asilvestradas, aún los hacendados pagaban a los colonos en especies y estos sacaban el agua de los pozos en baldes de cuero. Me pareció entender que existía el derecho de pernada. Me contó, como se había aventurado sin un centavo a viajar a la Palma, y la verdad es que lo narrado asemejaba a una novela. Soñaba con regresar no por razones materiales, pues parecía que tenía sus necesidades bien cubiertas , sino por motivos espirituales. Pero ¿cómo y por qué había llegado hasta Chicoana?, donde “el diablo perdió el poncho”, según dicen en aquellas tierras. Esta es otra historia.

Al cuarto emigrante, arquitecto, sólo lo conocí por unas horas; se llamaba Lecuona Prat, alias “el Canario”. Dejó en la ciudad de Salta la huella de su arte en las casas y balcones. Fueron éstos los que me llamaron la atención y los que me condujeron a su conocimiento. Balcones bellisimos, modernas versiones del balcón canario, peruano o altoperuano que Lecuona vió en su tierra y reencontró en América. Alguien tendrá que estudiar a ese artista. Su archivo no existe pues ninguna institución lo quiso cuando la viuda lo ofreció y con él se perdieron singulares proyectos y originales dibujos, ya que era un gran dibujante, según me confesó el arquitecto tucumano Alberto Nicolini. Un comerciante, un pastor, un clérigo, un arquitecto, un ... Ellos son los que continúan haciendo la América Hispana, no latina.

XVIII

TEMBLOR DE VIDA EN LA LAGUNA

La dulcedumbre de la mañanita septembrina todavía en penumbra impera en el ambiente de Los Rodeos. Entre el edificio del aeropuerto y las instalaciones militares de enfrente discurren unas pistas, que temerariamente (no había el tráfico actual), cruzábamos al salir de permiso de sábado a lunes como flamantes miembros de la Milicia Universitaria en los años 40.

Cruzo el puentecillo que separa el edificio de la carretera general y tomo la guagua popular y ciudadana, rehuendo el taxi o el bus que conduce a la capital insular. La Laguna aún no se ha despertado ; la catedral permanece cerrada. Liberadas de tráfico y gente , las calles lucen un reciente asfaltado (ahora llega aquí la marea negra que en otras ciudades levantan para descubrir los adoquines). La ciudad ha crecido -no el número de patos de su estanque catedralicio- y no la sensación de ser tan íntima, recoleta y levítica como hace cuarenta años en que yo llegué a ella por vez primera. Siguen iguales, curiosos e inmensos, los berodes en los tejados.

Me dejo llevar al azar, pero no tanto como yo creo, porque la querencia, incoscientemente me enpuja hacia las calles San Agustín, Viana, Plaza del Cristo, Nava y Grimón, plaza del Adelantado, la Carrera. Sigue amaneciendo. El edificio que fue mi facultad de Filosofía y Letras (¿Palacio Lercano?) yace cerrado con lamparones en su fachada, donde falta el enlucido y se ven las entrañas de barro y piedra. Un letrado oficial pregona su restauración, Allí están las alegrías, tensiones, nervios, ilusiones, amistades y el recuerdo de unos maestros que se llamaron SerraRáfols, Láinez Alcalá, González

Alvarez, Bonet Reverón... y que se llaman Manuel Cigala, Juan Régulo... La calle Viana se abre recta y larga a este amanecer que comienza ya ha ser melancólico. El convento de las Claras se mantiene igual de añejo y hermético. Sigue siendo clausura, aunque la ciudad no lo sea. Más allá está mi Colegio Mayor, el San Agustín. Se ha hecho totalmente de día y la luz me muestra, entre sorprendido y perplejo, la fachada con los cinco huecos de sus ventanas superiores a través de los cuales se cuele el cielo. Detrás se adivina la ruina o derribo del edificio. Desconozco el porqué. En la ventana del extremo derecho estaba la habitación donde viví dos cursos con dos compañeros, uno de derecho y otro de farmacia. Ya no existe la habitación, ya no puedo ascender por escalera alguna y recorrer el pasillo hacia ella. Ella, en que descansé, estudié, escribí cartas de amor, leí. Leí los autores rusos, a Lajos Zilahy, entonces de moda, a Estefan Zweig, a Sommerset Maugham, a Rabindranath Tagore, ¡Tagore! Todo subrayado en pasajes que aplicábamos a nuestras personales vivencias sentimentales («Llegastes un día en que no te esperaba, y entraste en mi corazón sin que te lo pidiera». «Ahora que has entrado en mi vida hazme llorar, mira a ver si me partes el corazón.») La melancolía se ha convertido en un lastre en mi paseo; camino lentamente hasta alcanzar la plaza del Cristo. Todo me resulta feo, zafio. Aberrante el edificio-asilo de no sé que hermanitas..., con una torre-mirador grotesca imitación de los conventos cercanos. La plaza ya no es terriza. Persiste en mostrarse desangelada, concebida para el apiñamiento anual de una población que discurrirá entre unos mástiles que enarbolan ridiculas banderas por su tamaño, una gigantesca y horrenda fuente central, atracciones de tiro, churrerías, scalétric y una noria que ahora yace parada y silenciosa. Son las ocho y treinta de la mañana. De la ermita del Cristo salen unas monjas de gris, unas mujeres y un hombre anacrónico, estafalarío. Uno piensa, y no sé la razón, en «Las glorias de don Ramiro» o en Ricardo León, contemplando a este ejemplar humano, flaco, de sombrero, bigote y traje antiguos. Imagino que sale muy temprano de su casa muy antigua para ir a misa y volver a sumergirse entre cortinones, consolas, mecedoras, muebles y relojes que marcan una hora antigua, intemporal.

En el atrio de la ermita obreros reponen adoquines y charlan con un jocundo franciscano. En la puerta del templo un hombre joven con, rostro de Jesucristo superstar, tiene una gorrilla con viscera de cuero. Suena una moneda que deja caer una beata. Sobre las lomas cercanas, de donde llegan ladridos de perros, se empina el sol para ver a la ciudad como hacía cuarenta o cuatrocientos años, insensible a este temblor de vida mío septembrino, mañanero y tristón.

Enfilo la calle del Agua, después Nava y Grimón, hacia cuyos números 31, 33 y 35 se alza una larga tapia y una casucha baja y destartalada. Para mí puede resultar misterioso el jardín (¿jardín?), oculto tras la barda que una palmera a duras penas ha superado para abrirse arrogante sobre ella. En uno de los extremos se levanta un edificio moderno. Entro. Es un Colegio Mayor mixto. Hablo con un hombre y me voy considerando si será mixto o «mixturado». Retornan mis reflexiones hacia un pasado; las de quien dirigió durante dieciseis años un Colegio Mayor y vivió intentos periodicos del alumnado empeñado en el co-gobierno y el libre acceso de las chicas a las habitaciones. Todo queda ya muy atrás. Tan atrás como mis vivencias hace cuarenta y un año en el colegio Mayor que ahora exhibe unas ventanas sin ojos o vida. Para arropar la ensoñación, al final de la calle se ofrece la umbrosa arboleda de la plaza del Adelantado, tan distinta a la del Cristo. Aquí no se concibe el enjambre de población ruidosa, sudorosa, municipal, sino a la pareja en demanda del rincón romántico, el hombre o la mujer que busca el frescor de la fuente de mármol, el paseante cansado como yo que anhela un banco para descansar y ver pasar la vida o repasar su vida. La ciudad se ha despertado totalmente y se mueve y conmueve con el trajín cotidiano. Nada de lo anterior es ya posible. Se impone un presente, un hoy, un ahora. Apenas tengo tiempo para fijarme en la piedra roja de algunos edificios de la calle de la Carrera y evocar el tezontle, tan similar, típico en los edificios coloniales de México. El temblor de vida ha terminado.

XIX

DEL HERMANO CERDO A LA PUERCA ASESINA

He de confesar como pecado venial que nunca había visto las tablas flamencas de Josse van Cleve conservadas en la villa de Agaete (Gran Canaria). Y si alguna vez las contemplé no guardaba memoria de ello . Las he tenido que admirar bien lejos de nuestras tierras insulares, en una Bruselas ya amenazada de invierno. La estación central de esta ciudad deposita al viajero -se entiende que en el tren que llega a esta estación- al pie de la denominada colina de Las Artes donde se alzan el Palais des Beaux Arts, Musée d'Art Moderne, Musée Royaux des Beaux Arts, Bibliothèque Royale Albert I^o., Banque Bruxelles Lambert... etc. Allí se exhibe parte de la Europalia 85 España, con las exposiciones Esplendores de España y ciudades belgas 1500-1700; Goya; Tapie; Chillida y López García; los Beatos; Los Reyes Bibliófilos; Darío Regoyo... Algo único. Maravilloso. En otras partes y también fuera de Bruselas se muestran instrumentos musicales españoles de los siglos XVI-XIX, tapices, Dalí, Picasso, Miró, el Camino de Santiago, etc. Una autentica borrachera de arte y cultura y muchos, pero muchos, motivos para sentirse orgulloso de ser español.

El siglo de Oro es evocado en la exposición llamada «Esplendores de España y las ciudades belgas», un conjunto de obras maestras de los grandes artistas del Renacimiento. Su catálogo lo integran dos gruesos volúmenes de unas 700 páginas y gran formato. Muy logrado. La gente del país, los extranjeros, los grupos de colegiales y de turistas, deambulan de una a otra exposición, enriqueciendo su espíritu y, tal vez, descubriendo a una España que no imaginaban. A mí me sorprendió cuando un grupo de estudiantes le confesó al guía,

ante un cuadro de Tiziano copiado por Ruben, representando a Carlos I e Isabel de Portugal, que no sabían nada de historia de España. Y la guía les dió una rápida síntesis hasta situar a los dos personajes, de modo magistral. Todos ignorábamos mucho. Y en esto de la ignorancia, y por razones prácticas el posible visitante debe enterarse, previamente, de la dispersión de lo expuesto, de su heterogenidad, de que entrar a cada exposición vale 200 francos belgas, el que cada muestra posee su propio catálogo que puede costar hasta 950 francos. Yo no lo sabía. Tampoco sabía que me iba a encontrar con las tablas de Agaete, muy pintaditas o repintaditas, con un brillo similar al de los bizcochos lustrados. Allí estaba San Francisco en su éxtasis y San Antonio -no el del Niño Jesús- , sino el de las barbas y tentaciones, pero sin éstas. No figura violentado por demonios como se puede ver en alguna tabla de Bruegel o como el mismo Dalí lo pinta acosado por monstruos gigantes. De las barbas del San Antonio de Jösse van Cleve no tira ningún ser demoníaco; el santo aparece «con los símbolos habituales y el cerdo», dice el comentarista, y el Catálogo y la cartela junto a la tabla, es la localización regional de Agaete. (Algún periodista de Las Palmas hubiera supuesto que el autor del comentario y de las etiquetas, era o es de Tenerife). Se ha escrito, simplemente, «Agaete, ermita de la Virgen de las Nieves». Pero, ¿qué es Agaete? ¿Donde está Agaete?, me preguntaba un extranjero acompañante. Tenía razón al solicitarme tal aclaración porque las tablas de Agaete (Gran Canaria) están flanqueadas por pinturas pertenecientes a Sanlúcar de Barrameda y de Vergara y aquí se ha añadido con lógica y criterio pedagógico, los nombres de Cádiz y Guipúzcoa. A cada cual lo suyo. El visitante pasa ante las tablas grancanarias sin saber dónde se conservan y sin sospechar lo que significa Agaete. Curiósamente, en las glosas explicativas se mencionan los estudios de autores canarios, pero cuando consultamos las fichas bibliográficas insertas al final, comprobamos que los trabajos se dicen editados en Canaries (sic) y Canarias, sin especificar ciudad alguna.

Pecata minuta hubiera sido todo esto, simple anécdota, si no fuera

por el cerdo, por el franciscano y humilde cochon que el maestro van Cleve colocó junto al no atormentado San Antonio y que encantaría a los donantes Antón Cerezo y Sancha Díaz, de origen genovés, tanto como al fraile que ingenuinamente dormita a la sombra de San Francisco. Cuando en 1532 Cerezo se comprometía a edificar una capilla en honor de Nuestra Señora de las Nieves, no podía imaginarse lo que estaba aconteciendo en America. El mismo año Pizarro se disponía a dar el golpe de muerte al imperio de los Incas (Tahuantinsuyo), y en las Antillas apenas si quedaba un indio para contar cómo y cuando los españoles habían llegado. ¿Quién se había encargado de reducirlos en su demografía? Tradicionalmente se apuntan como causas determinantes de la caída demográfica a el contacto entre grupos humanos diversos; el sometimiento a un régimen de trabajo al que no estaban acostumbrados los indios; los malos tratos; los suicidios; el desgano vital; las enfermedades llevadas por los hispanos y por los negros esclavos... Pero todo esto parece que hemos de arrumbarlo o enriquecerlo ante una causa aireada recientemente por un catedrático de Historia de la Medicina. Para este profesor, la desaparición rápida de los aborígenes americanos se debe a las ocho cerdas que Colón cargó en la Gomera durante su segunda expedición, una de las cuales portaba el virus que transmitió la pandemia de influenza suína. La cerda padecía de gripe. Todo el colombinismo de la Gomera queda deslucido, ensombrecido, por esta contribución mortal. Y no cabe ya exhumar a la cerda y comprobar la verdad de lo afirmado. El padre Las Casas, bien enterado de todo lo tocante a Colón, nos narra que en los primeros días del mes de octubre de 1.493 el almirante arribó a la Gomera, donde estuvo dos días, en los cuales, con prisas, cargó becerras, cabras, ovejas, gallinas y ocho puerkas que costaron setenta maravedises cada una y de las cuales se han multiplicado todos los cerdos americanos. Lo que no consigna es que una de las cerdas viajara adolecida de endemia alguna. Pero lo cierto es que Colón cae al poco tiempo de llegar a Indias enfermo, y con él muchos españoles e indios. ¿Culpable? La dichosa cerda de esta nueva tesis, que exime de culpabilidad a gallinas, becerras, cabras y ovejas. No fue la viruela introducida en 1.518, sino la influenza

cochina de la cerda gomera. De modo que el decisivo papel jugado por las islas en el proceso descubridor y colonizador hemos de asordinarlo debido al importante significado epidemiológico que jugaron al embarcarse en una de ellas, la colombina por excelencia, las ocho puercas marranas y griposas, que cual caballo de Troya, se colaron en los barcos del Almirante y sembraron la muerte en el Caribe. Ya lo escribí hace tiempo: de aquí a 1.992 tendremos que escuchar y leer muchas nuevas tesis. Procuremos estar vacunados científicamente contra esas gripes si no queremos perecer como los no inmunizados - por siglos de aislamiento - aborígenes americanos.

XX

LA CASA DE LOS CORONELES

Por aquello de «El Coronel no tiene quien le escriba», el título de este artículo suena a novela o cuento de García Márquez. Y bien que pudiera montarse toda una novela en torno a esta casa, sus habitantes, un camello fantasma y... Sin habitantes la casa carece de alma. A sus balcones de bellos tallados en madera nadie se asoma para otear la llegada de alguien o decir extenuados o enérgicos adioses. En sus patio no florecen las buganvillas, ni los jazmines, ni las flores de pascua, ni viven árboles que fueron cobijo de pájaros. En sus escaleras no resuenan las botas de los varones, ni en las galerías se oye el corretear menudo de los niños. En los amplios salones, con grandes espejos valleinclanescos, no coquetean, ni se dejan amar empalidecidas damiselas de las cuales el viento se llevó el susurro de sus pasos descalzos o el taconeo de sus pies calzados. La bañera yace solitaria, desamparada, soñando con cuerpos femeninos; en la capilla desmantelada ya no hay bisbiseos de rezos ni olores de sahumerios, solo queda el espíritu de Dios flotando como en el Génesis. En los tejados no crecen berodes o veroles. En la despensa creemos ver brazos suplicantes y en la cocina callaron los pucheros y se disolvió el olor. Huyeron los relinchos de bestias en las traseras del edificio. No hay nada. Desolación, abandono, ruina y restos de palomas que deben apearse del cielo al atardecer.

Es, sin embargo, bien fácil imaginar a la mansión con vida. Habita en ella un coronel. Le rodean unos criados y vive con una hija que parece una Virgen de Botticelli. ¿Toca el piano? Sí. ¿Lee? Sí. ¿Las cuitas del joven Wherter? No lo sabemos. El Coronel como el de García Márquez escribe cartas que no tienen respuestas. Mensualmente con

puntualidad, uno de sus sirvientes lleva al puerto la misiva que entrega en manos a un capitán de goleta que hará la ruta de las Antillas. El Coronel estuvo en sus años mozos allí, y engendró, de una esclava, una hija que por esos sorprendentes caminos de la biología nació céltica, como su padre. Pero el Coronel sabe que de su hija es posible que nazca un hijo de color y por eso la mantiene secuestrada en la casona. Mientras, sueña con las noches del trópico. Porque se siente ya viejo no se atreve a surcar el océano y saber de sus propiedades, dejadas en manos de un mayordomo al que dirige una y otro misiva rogándole la remisión de un dinero que necesita para introducir en la isla nuevos cultivos que considera rentables. Y así pasan los años. Desde los cuadros del salón las efigies de otros coroneles contemplan impávidas al último de la estirpe. El último señor de la mansión que la gente llama ya «la casa de los Coroneles». El resto de la historia es triste pero encierra el interés de que cada cual puede continuarla y concluirla a su gusto. La historia, las historias, se escapa de la casona que se derrumba. Hay que volver a meter estas leyendas y otras - tenemos libertad para fabular - que nos parezcan idóneas. El Coronel, los Coroneles, no volverá más al lar solariego. Lo han convertido en museo. La fachada, de piedra vista exhibe relucientes balcones y mansas torres que la flanquean. El zaguán ofrece una refrescante sombra que conduce a un patio pleno de luz, plantas, flores y pájaros. Unos papagayos recuerdan las andanzas antillanas del último Coronel. Una cafetería abre sus puertas y brinda un recinto acogedor al viajero que busca lo insólito. Lo insólito radica en la historia de la casa y de sus habitaciones, y en el museo arqueológico que alberga, y en la colección de arte popular que exhibe. La Casa de los Coroneles es una micro-historia de Fuerteventura, cuya historia entografía, economía, etc., etc. se muestran perfectamente. El viejo salón sirve ahora para algún concierto o conferencia. Los turistas recorren maravillados una y otra dependencia; se asoman por las balaustradas interiores y admiran la fuente del patio central y su verdura; otros avizoran el exterior y contrastan el entorno reseco con el oasis de la Casa. Llegan incluso, a divisar al último Coronel, llevado del brazo por su hija, blanca y rubia, camino del puerto para subir a

la goleta y regresar al Caribe... Se ignora el día en que se marchó, pero todos están seguros que volverá como un dios antiguo que cumple una profecía. La Casa de los Coroneles tiene que mantenerse en pie para ese día. Sería terrible que el Coronel regresara y se encontrara un solar, unas aulagas, y el fantasma de un camello.



XXI

EL ENTENADO

El último libro de Vargas Llosa que hemos tenido ocasión de leer, «El hablador», nos ha proyectado hacia la infancia al tropezarnos en su prosa con la palabra entenado (hijastro). Irremediablemente relacionamos el vocablo con los lejanos días de la niñez y, dentro de ellos, con conversaciones familiares en las que el concepto era de habitual uso sin que supiésemos lo que significaba. Este caso recientemente vivido, y lo que nos ha deparado, puede aplicarse a otros vocablos diseminados en las páginas de las novelas hispanoamericanas. No es nada extraordinario; la presencia de voces comunes en el habla de las Islas Canarias y de la América Hispana se explica por la permanencia de unos residuos de arcaísmo y por una emigración originadora de un trasiego de voces, giros y modismos juntamente con otros aspectos culturales. Canarias siempre ha sido un preanuncio de América o de Europa.

Unas peculiaridades lingüísticas, como unos paisajes, unas tradiciones religiosas o un tipo de alimentación determinan la vida de un hombre. Si éste, alejado de ese mundo en el que se realizó su temprana edad -gran etapa receptiva-, se inserta en otro, no cabe duda que toparse con cualquier testimonio de aquel entramado que dejó atrás puede hacerle retroceder al pasado. Ese ha sido el papel de entenado; encontrarnos con él olvidado por completo en nuestra lengua instrumental, ha significado la recreación de un medio familiar que ya no existe. Tal experiencia repetida en otras ocasiones, nos ha merecido los siguientes renglones.

Al igual que otros estímulos -olor, sonido, sabor- el lenguaje

dispara la capacidad evocadora. De pronto caemos en la cuenta que una voz o una expresión aglutina a un período de la vida. Son palabras que se dejaron escuchar abundantemente, cobrando un singular protagonismo: *responsabilidades, regeneración, cruzadas, transición, centenario*... Otras veces la voz carece de ese valor de eje en torno al cual gira una época; es nuestra propia vida la que por una u otra razón ha establecido una vinculación con el término. Tal nos acontece al descubrirlos en las novelas de Hispano América, donde, así mismo, cabe siempre la sorpresa de hallar voces extrañas e inusuales en el español de España.

El español en el ámbito nacional es más conservador, menos audaz, que en América. Allí sorprende la cantidad de palabras que el pueblo crea, reflejadas en la prosa de los novelistas. De un autor como Roa Bastos entresacamos *mironeando, estaquear, desedificar, saborondo, chusmerto, disfuntado*... Una verdadera riqueza debido a que algunas de estas novedades carecen de sinónimo para expresar lo que el novelista pretendía. Si de grito y de voz se derivan, respectivamente, griterío y vocerío, ¿Por qué de risa no se va a originar riserío? Muchas de las palabras que ahora vamos a aducir como ejemplo del fenómeno espiritual al que nos referíamos al principio figuran en el Diccionario de la Lengua; ni son americanismos ni son canarismos; no obstante en nuestra apreciación poseen cierto sabor insular, quizá porque en las Islas sean de uso más corriente que en la Península. Es el caso de *pachorra, pasguato o pasjuato* (pazguato), *atinar, misturado, capota* (capot), *recibidor* (recibo), *cuartos* (dinero), *trompada* y *escarrancharse*. Otras de las palabras que vamos a citar son canarismos o americanismos. Sean una u otra cosa -no pretendemos hacer ciencia lingüística-, lo que no cabe duda es que ellas han sido agentes estimuladores en el recuerdo de un pretérito en el cual se inició la formación de nuestra personalidad que tiene en la lengua un poderoso definidor: dime como hablas y te diré quién eres.

En primer lugar habría que mencionar el diminutivo en ito-a, que produce viejito en lugar de viejecito o padrito (el religioso) con

remembranzas de un lejano periodo de evangelización. Luego están las expresiones y las palabras. En Hispano América y en Canarias oímos una serie de términos que no coinciden con los habitualmente empleados en la Península; así, *caminar* en lugar de andar, *manejar* frente a conducir, *fósforo* por cerilla, *liviano* frente a ligero, *virar* en lugar de girar (en la República Dominicana hemos visto letreros en las carreteras prohibiendo virar a la izquierda; y en mi pueblo alguien era conocido por «el Virado»). Aludir a «queso del país» o «a carne de res» es tan normal en Canarias como en algunos países hispanoamericanos. Miguel Angel Asturias en «*El señor Presidente*» habla de «caldo de res» (vaca) . Retenemos en la memoria expresiones cotidianas, quizá en desuso o no tan comunes como las escuchábamos en la menor edad; en este sentido recordamos oír que alguien «le zumbaba el mango», no sabemos si con la misma intencionalidad con que Alejo Carpentier escribe «ese negro Antonio, que le zumba el mango» (*Ecué-Yamba-O*). Corriente en la actualidad es la exclamación interrogativa ¿Qué hubo?, recogida (también por Carpentier, por Camilo José Cela en «*La Catira*» y Adriano González León en *País portátil*: «¡Quiubo!, saludó el catire.- ¡Qué hubo! dijo él »). Igualmente en Puerto Rico hayamos un «Ay, quita p'allá» consignado por Pedro Juan Soto en *Usmail* tal como lo escuchamos en Canarias.

La comunidad lingüística o coincidencia en el empleo de conceptos dada entre Canarias y América es patente en el área caribeña, zona en la que se ha dejado sentir con más intensidad y durabilidad la emigración isleña. En Carpentier (*Ecué-Yamba-O*) aparecen *rebumbio* por tumulto, *guagua* por omnibus o autobus (al igual que en Puerto Rico), y un «¡Aé,aé,aé la Chambelona!» que oímos cantar de niño a la gente con la variante: «¡Chaé, chaé, chaé la Chambelona, el carro de la basura y el equipo de Barcelona!». Los personajes de la novela *La Mañosa* del dominicano Juan Bosch hablan al igual que un campesino canario, diciendo *asina*, *hay que dir*, *tupío*, *cuartos* (dinero), *asigún*, o usando el cariñoso Carmita. La presencia de usos lingüísticos similares a los canarios en las novelas puertorriqueñas es evidente: *cristiano*, *misturado* o *míxturado* o *fañoso*. La citada novela «*Usmail*» nos facilita

una expresión popular en ambos mundos insulares: «Cristiano mira qué cosita»; lo mismo que califica a una canción de *fañosa* (gangosa), o señala que una persona está mixturada con otra. Ese cristiano interpelativo parece una reminiscencia de las crónicas de la conquista. Halar o *jalar* por tirar, que vemos incluso en los aviones mexicanos, lo encontramos en «*Los derrotados*» de César Andreu: «haló la gaveta». Algo tan arcaico como trancar la puerta. Pasando de las Antillas a Colombia y Venezuela, los rastreos permiten una mayor cosecha, especialmente en Venezuela donde hoy la huella canaria es notable. *Mixturado* por mezclado lo emplea Manuel Mejía Vallejo («*El día señalado*»); y García Márquez en «*Cien años de soledad*» hace constar de un determinado asunto era «un intrincado *frangollo* de verdades», transportándonos a las penurias alimenticias de los años cuarenta. Después no hemos vuelto a comer frangollo. Cuando Camilo José Cela escribió «*La Catira*» se consideró obligado a transcribir un glosario de venezolanismos, donde aparecen: *zarandajo*, *margullir* (margullar en Canarias, un lusitanismo), *botar* (arrojar), *empache* por empacho, *flux* (terno), *pendejo* (despreciable), *sancocho* y *salcocho* y *vieja* (pez de río llanero). Voces las anteriores que repiten los prosistas de Venezuela. Así, Otero Silva («*Oficina número 1*») emplea *balde* por cubo, *bombillo* por bombilla, *flux* por terno o traje y *escarranchado*, que Pancho Guerra usa en sus cuentos pero no incluye en el «*Léxico*». También Ramón Díaz Sánchez («*Mene*») escribe «sácame un flux azul» y «recoge al muchacho, cristiano», al igual que emplea *calentarse* en el sentido de irritarse y un *paisa* que no se por qué relacionamos con unos moros traídos de África a Gran Canaria para construir una carretera. «Ah, paisa, no se caliente» escribe Díaz Sánchez. Por su parte Adrian González León en «*País portátil*» habla de las *capotas* de los coches, de *papas sancochadas*, y del sudor que la *jedía*. Otras voces que constan en este autor y a las que, tal vez sin base, adjudicamos resabios canarios son *arrequintarse*, *parranda*, *recibo* (antesala o recibidor), *zanguaza* (¿sanguango?) y *finado* por difunto. En autores menos conocidos hallamos igualmente voces familiares: *fulia*, *pazguato*, *bienmesabe*, *botar* o *atinar*. Juan Pablo Sojo en *Nochebuena negra* cita la *fulia* con la equivalencia de canto triste, lo mismo que Francisco

Herrera Luque («*Boves el urogallo*»). Este último se sirve de botar (arrojar), atinar (acertar), y cita un postre llamado bienmesabe que, por supuesto, forzosamente no ha de ser el mismo que el de Canarias ya que con tal nombre se encuentran múltiples postres. Son muchas las cosas que saben bien.

Fuera de la geografía caribeña, en Ecuador, Perú y Paraguay, para no dilatar los ejemplos, una serie de novelistas hacen suyas voces posibles de localizar en la conversación coloquial isleña: *zangoleteo* (sangoleteo), *pella* (Roa Bustos); *fósforo*, *pachorra*, *cucufato*, *trompada* (Manuel Scorza); *lueguito* (enseguida), *pendejo* (Jorge Icaza). En este último autor («*Huasipungo*») leemos equigüeycan, sin duda una alocución quechua, con el significado de «se equivocan». Su fonía nos hizo recordar la infantil *equillicuá* de opuesto significado. Una especie de O.K. de entonces.

XXII

MI HABLA CANARIA

Un reciente simposio en Las Palmas ha puesto de relieve el valor y significado del lenguaje usado por los canarios. Habla caracterizada no sólo por el uso de una serie de palabras arcaicas, indígenas o modificadas, que permanecen incrustadas en la parla isleña, sino por la entonación. La musicalidad, el deje, es algo que pregona nuestra condición de canarios cuando salimos fuera del Archipiélago. Es la nuestra una musicalidad cautivadora, agradable para los extraños, y muy especial en islas como la Gomera, Hierro o La Palma. Comprendo que bastantes canarias hayan «apresado» a más de un forastero a base de sus armas lingüísticas.

Hay canarios que acentúan las características lingüísticas y fonéticas de su hablar para evidenciar su canariedad. Es un error. Tan chocante resulta un abuso del «mi niño», como la adopción de una pronunciación que se estima «peninsular». Entre mis recuerdos de niño está el problema de traducción y comprensión que originaban algunos canarios idos a combatir a la Península durante la guerra de 1936-39. Al regresar no los entendía nadie en el pueblo. Pasando cierto tiempo todo retornaba a su cauce y el canario «apeninsularizado» (finolis) volvía a expresarse en cristiano. En «castilla», como dicen los indios andinos. Todavía este fenómeno se sigue dando sin necesidad de marchar fuera. Determinados canarios actuantes en medios de comunicación (TV., radio, megafonía de aeropuertos, etc.) hacen gala de una pronunciación y entonación que nada tiene que ver con lo que han mamado y llevan en la sangre. A estos, con frecuencia, el ancestro les traiciona y sueltan un tremendo disparate híbrido (v.g. «prospenso»). Son tales como renegados lingüísticos.

Entiendo que una larga permanencia en el exterior pueda influir y atenuar, debilitar y hasta erradicar, las notas del hablar canario. Al igual que muchos peninsulares radicados en las islas llegan a adoptar las formas de dicho hablar. Sin embargo, la pérdida de la musicalidad o de la pronunciación no trae consigo el olvido de un manojó de palabras entrañables. Yo que llevo muchos años fuera de mi isla, soy testigo de ello y he podido comprobar como en mi vocabulario afloran palabras y expresiones que aprendí de niño. Hace tiempo que me he tomado el trabajo de anotar lo que me parecía canario en mi lenguaje y, a título de curiosidad, me referiré a ello, ya que he vivido como la gente joven canaria, por lo menos la urbana, no usa ciertos vocablos y no me ha entendido cuando los empleaba, como no me ha entendido un camarero al pedirle «un vaso de agua *agria*»

Algunas de tales palabras forman parte del caudal de nuestra lengua española, pero apenas se usan en el medio en que me muevo o se emplean con otro significado. Yo digo *albear*, *alongarse*, *atrabancos*, *atorrante*, *arrente* y *arenilla*, (llamo así a la arena del mar). Cuando me formé profesionalmente supe que el *atorrante* vino de Buenos Aires, al igual que el dicho «se fue para las Chacaritas», (uno de los cementerios bonaerenses).

Todavía empleo *bombillo* (por bombilla), *balde* (por cubo), *botar* (por arrojar), *cambado* (por torcido), *casal* (por par: «un casal de palomas») y *canelo* (por marrón) y *caminar*, mucho más poético que andar. De vez en cuando me brotan *demontre*, *enralar* (por entusiasmar), *enroñado* (enfadado), *endrogado* (por endeudado), *engrifado* (por alborotado: «pelo engrifado»), *enguirrado* (encogido: «enguirrado de frío»), *enroscado* (por enhiesto: «un viejo enroscado»), *esconchabado* (por roto), *equilicuá* (por así, o exacto), *embriscarse* (por rebelarse).

Digo más *fosforos* que cerillas y *fonil* que embudo. Y a veces exclamo, ¡*Fos!*, ante un mal olor. No llamo ya *flis* al liquido mata insectos, aunque en Sevilla haya oído tal denominación. Fue en Portugal donde supe el origen del *flis*, al ver una lata donde se veía un soldado con quepis

armado con el aparatito aspersor del insecticida. Mantengo aún *fechillo* (por pestillo), *flinfle* (por débil) y el verbo *hallarse* por gustar o encajar (no se halla en la playa; ¿Se halla usted sin su hijo?).

Si me descuido digo *jurria* (por monton), *jarca* (por grupo) y «le pego una» *jaláa*. A veces he llamado *maña* a una mala costumbre o hábito, *magua* a la tristeza, y he considerado que alguien (o yo) se *majó* los dedos. Conducir es *manejar* para mí. He olvidado totalmente *mangrina*. Pero uso todavía *perreta* (llantina), *privado* (contento) y *pírgano* aunque quienes me rodean no sepan cuál es este objeto (salvo mi familia, que ha hecho suyas varias de estas palabras). Recuerdo, no lo uso, que decía «ir de *pega*» (en competición), «quedarse *penado*» (castigado) y *palanquin*. Sigo también manejando *ruin* por malo (un niño ruín), *rabioso* por enfadado, *relancia* (de relancia) y *socate*. Este último es vocablo de toda mi casa.

He olvidado *runrún* (rumor), *rebenque*, *solimpiar*, *tolete*, *totorota*, *tiros* (tirantes) y *tenique*, salvo estando en Canarias cuando aludo a «nada hay como mi casa y mis tres teniques. Empleo habitualmente *tacha*, *tirafondo*, *tuno* (por higo chumbo), *tupido* (atascado), *suai-suai* (despacio), *volador* (cohetes) y *vírar* por girar. Palabras como la última relacionada son de uso diario en Hispanoamérica.

Habitual en mí son las exclamaciones «Me cogió la camella», «Se me fue el baifo», «Hacer la pellita», «Se hizo gofio» y «Si le digo le engaño», que también me lo dijo a mí un chófer en la Habana no ha mucho cuando le pregunté por una dirección. He arinconado «mantener el sexto» porque no me entienden. Al igual que en Hispanoamérica hago el diminutivo a base de la partícula *ito* y así me sale *viejito* en lugar de viejecito y *limpito* en lugar de limpecito, etc..

Arcaísmo, modernismos, deformaciones, malos usos, etc. aparecen en todo este vocabulario que se mantiene vigente o latente en mi habla. Desde lejos no puedo constatar qué uso cotidiano tiene aún tales palabras en el ámbito insular. Sospecho que casi total; por lo

menos en el medio rural. Los hombres de campo son más conservadores, más tradicionales, aunque el embate de la TV y de las publicaciones periódicas pueden hacer mella en su lenguaje al igual que ha hecho mella en tantos otros aspectos de la vida. Todavía debe de quedar quien diga, como mi abuelo materno, *asina, cuyo, cuantimás, dende, mesmo, naide, soslaire, truje...* Y, tal vez, haya quien llame aún *espíritu* al alcohol y a los huevos los *humildes...*

XXIII

BELLEZA Y MISTERIO DE UNOS NOMBRES

Siempre es «el otro», el que viene de fuera con distinta retina, el encargado de descubrir lo que a nosotros no nos llama la atención. Una costumbre, una tradición, una ceremonia, un escorzo urbano, un paisaje o una palabra que para nosotros no revisten interés o novedad, se llenan de significado en la visión de «el otro», capaz de señalarnos aspectos que nosotros por encontrarnos sumergidos en el medio no habíamos captado.

La apreciación de lo insólito también puede hacerla quien habiendo permanecido fuera del medio un largo tiempo y puesto en contacto con otras formas culturales, regresa a ese medio. Voy a referirme a una personal experiencia referida a nombres de lugares grancanarios entre los cuales nacimos y nos criamos. Los aprendimos sin querer, como quien aprende a respirar oyéndolos de nuestros mayores. Y los repetimos por inercia, sin detenernos a preguntarnos por su origen y significado, ni a degustar su belleza.

Yo sé que a los forasteros recién llegados a Gran Canaria les resulta extraño, cuando preguntan por una persona, que se les conteste «Está pal Sur». Hasta que no llevan cierto tiempo viviendo en la Isla no aciertan a comprender eso de que un señor está para el sur. Nosotros, que nacimos en el centro sabemos muy bien qué es eso del sur y del norte. Son rumbos y zonas de una isla redonda donde no existe el Este y Oeste, y donde el mismo Norte es cuestionable. Empero, no se trata ahora de caer en rigores geográficos o científicos, sino transitar por caminos más líricos. Y en tal senda se entra nada más que intentemos averiguar el origen y el sentido de los topónimos insulares. Es una

tarea extraordinaria, llena de seducción. En cualquier parte los apelativos nacieron de un suceso hitórico, del nombre de un personaje, de una actividad industrial o agrícola o, simplemente, como fruto de la mente poética o prosaica de un desconocido personaje. El ya no existe, de él nada se sabe, del hecho histórico poco conocemos, y la actividad económica desapareció hace años. Queda el topónimo, está allí, a veces con una belleza tremenda y con un valor que pasamos por alto porque de siempre lo hemos estado oyendo. Carecemos, incluso, de la noción de cuándo lo escuchamos por vez primera. Está enredado, mezclado, con las denominaciones de las cosas, con los onomásticas de las personas. Suplantados en nuestras vivencias por otros nombres que adornan el entorno de nuestro vivir fuera de las Islas, al escucharlos de nuevo, pasado el tiempo, caemos en la cuenta de su encanto o exotismo. ¿Por qué antes no me detuve a preguntarme lo que quería decir *Almatriche* o *El Batán*? La *Matriche* dice la gente ajena a que está pronunciando una palabra mozárabe que significa canal en la tierra (surco o zanja) para conducir el agua. ¿Hubo un batán en *El Batán*? Probablemente allí se alzó un edificio con máquina vinculada a la fabricación de paños. Tan intrigante como estas denominaciones resulta la de *Panbaso* o *Panbazo*... El pan bazo, explica el Diccionario de la Lengua es el que se hace de mayuelo (salvado muy fino) y salvado (afrecho). Pero todavía más curioso y exótico resulta *Cambalud*; en un primer momento pensamos en Pekín, conocida como *Cambalú* (ciudad del señor) en los tiempos de Marco Polo, morada del Gran Khan. Algún conquistador o colono castellano o andaluz, lector del Libro de Marco Polo, quiso perpetuar el topónimo asiático en tierras atlánticas... Mas, no, no se trata de la misteriosa y medieval *Cambalú*, sino de *Cambalud* (tropezón), impuesto quizá por un prosaico caballero cuya cabalgadura dió un tropezón y a punto estuvo de dar con él por los suelos...

El los campos de Santa Brígida, mi pueblo, alguien a querido rebautizar un bosquecillo de palmeras y no se le ocurrió otra cosa que llamarlo *El Palmeral*, designación absurda porque, en efecto, se trata de un palmeral. Lo bonito era el nombre de ese bosquecillo: *El Galeón*. Desconocemos la razón. Tal vez se llamara así una finca. Con todo la

pregunta persiste. Pongamos su origen en la decisión de una persona que al atardecer el grupo de palmeras le evocó un bajel con velas desplegadas navegando por tierras de Sanjuanito, junto a la Tienda del Barro. ¿O está su razón de ser en un granero o almacén también conocido como galeón? Preferimos, aunque no ocurriera exactamente así, imaginar que un ser anónimo creyó que el bosquecillo ofrecía la imagen de un galeón fondeado junto a esos otros dos singulares topónimos: «Tienda del Barro y Sanjuanito». Barro lo ha habido siempre por allí: barro *masapé* (portuguesísimo) que decíamos y con el que jugábamos en la infancia; pero ¿de dónde ese San Juanito confianzudo? ¿Un apellido? ¿Una ermita con una imagen de San Juan niño? Estos paisajes de mi infancia dan la sensación de haber sido «cristianizados» (bautizados) no por una partida de guerreros o colonos, sino por un grupo de poetas venidos del Génesis para bautizar a este nuevo Paraíso. Y así llamaron Pico del Viento a aquello, Pino Santo a lo otro, Portada Verde a lo de más allá, y El Dragonal, El Madroñal y Las Tres Piedras a lo de más acá... para que nacieramos entre nombres hermosos y para que ahora que volvemos a ellos caigamos en la cuenta de que si bellos son los paisajes de la niñez, más lo son los nombres que les pusieron unos hombres cuya memoria se ha perdido.

XXIV

MIS FIGURAS DE VEGUETA

Vegueta de los años cuarenta. Vegueta grávida de sosiego donde las campanas, el ruido de una aserradora de madera y el canto madrugador de un gallo ponían e imponían su nota musical. Vegueta para detenerse en cualquier esquina a charlar con un amigo o compadre. Vegueta de clérigos, seminaristas de paseo en negra y roja teoría, niños y palomas zuradoras. Vegueta sin los coches, las motos, los ruidos y los humos de ahora. Uno vivía en ella; allí tenía su calle, su plaza, su colegio, su iglesia. Una Vegueta dispuesta para la tarea intelectual, o para el rezo, no exenta, sin duda, de internas tensiones y pasiones de todo tipo. En aquella Vegueta externa, de decorados transidos de luz y extraversión diurna y de penumbras e intimidades nocturnas, nuestras pupilas adolescente se fijaron en una serie de personas de notable aspecto exterior, que a veces coincidía con una importancia en la vida de la ciudad. Nada o casi nada sabíamos de sus biografías. Estaban lejos de nosotros por la edad, por su actividad; luego nosotros nos alejamos en la distancia y en el tiempo y perdimos la oportunidad de ahondar en sus vidas y conocerlas más. Saber quién era quién. Pese a este breve y plano conocimiento quedaron tales figuras marcadas en nosotros que atraídos por su aspecto intuíamos que significaban algo en la vida cultural ciudadana, más allá de animar las calles de Vegueta con su presencia, a veces a horas precisas.

Nada sé, nada supe, de don Rafael Romero Espínola. Todo de negro, con capa y, me parece, con chambergo. ¿O era su hermano Baldomero el de la capa? Era pianista. ¿Notable? Lo sitúo en la calle de las Herrerías con el teatral decorado de unas casas que hoy producen

grimas por su mugre. Un día me lo encontré dándole vida a un extraordinario retrato por don Nicolás Massieu. Se me quedó para siempre.

En el ámbito catedralicio deambulaba cual alma en pena el pertiguero o perrero. Flaco con sotana rucia por cuyas bajuras asomaban unos pantalones; y una gola desmayada y desconocedora del almidón y de la albura. Quijotesco, saliéndose por el cuello como FraileSCO. También me lo encontré en un cuadro de otro extraordinario pintor: Carlos Morón (¿Qué ha sido de Carlos Morón? ¿Donde está Carlos Morón, vecino y a quien admiré y a quien no he visto en cuarenta años?).

Asténico, a semejanza del Pertiguero, con rostro de pájaro continuamente conmovido por un tic nervioso, veo a FraileSCO, atildado, por la calle Reyes Católicos. Entonces yo no sabía por qué andaba por allí, e ignoraba sus quehaceres. Sería más tarde cuando supe que poseía una casa, finca y molino por la plazoleta de Santa Isabel, donde se radicó la Escuela Luján Pérez después de su paso por la actual morada de Néstor Alamo. En esta casa persisten pinturas firmadas, entre otros, por Felo Monzón ; y allá abajo, en Santa Isabel, pintó Néstor parte de sus Poemas.

Más sabíamos , o sabía yo, del hijo de FraileSCO, Victor Doreste, al que era frecuente divisar en alguno que otro bar «pizqueando». Quiero recordar que caminaba de una manera especial, como apoyando fuertemente para tomar impulso los extremos anteriores de uno de los pies. ¿Llevaba corbata negra de lazo al igual que Romero Espínola? Mi lectura de Faycán y los éxitos de «*Ven acá, vino tintillo*» y «*La del manajo de tollos*» iban unidos a su enjuta figura decoradora del barrio. También de exterior, que sitúo por los aledaños de la catedral es don Eduardo BeníteS Inglott. Alto, vestido de gris (¿con tirita de luto en la solapa?), corbata negra, piel morena con oscuros espinillos ...¿Se metía los dedos en el bolsillo del chaleco? Yo conocía que estaba relacionado con un periódico y que era hombre de relevancia ciudadana.

Lo veo aún hoy de pie, en la esquina entre Espíritu Santo y Obispo Codina, hablando con alguien.

También por Obispo Codina divisó a don Luis Prieto, de expresión triste, cabellera alborotada y piel como picada de viruela. Lo tuvimos de profesor en el «Viera y Clavijo» y se decía que llegó a la Isla formando parte de un trío que acabó radicándose en ella y que uno de los componentes, o el mismo don Luis Prieto, colaboraba con Néstor Alamo en la armonización de sus canciones. Eran los años de «Sombra del Nublo».

En El Museo Canario había un personaje de pelo y bata blanca del que nada sabía, ni su nombre. Presentía que era importante desde la escala de mis valores. A lo mejor era el mismísimo Dr. Vernau. Allí, en la Biblioteca del Museo, trabajaba Néstor Alamo, siempre con luz artificial, siempre acercando sus ojos al texto que manejaba, siempre con una botella de agua mineral en el suelo de la que, de vez en cuando, sorbía un buche, siempre escribiendo con una bella caligrafía. Quedaría incompleto el retablo si no le colocáramos la imagen de don Frasco Bravo, con sombrero en la mano, pelo liso engominado, camino del Gabinete Literario, y la del canónigo don José Azofra. Exige este ancha ornacina pues voluminosa era su humanidad. De blanca piel, el canónigo Azofra llamaba la atención por la gordura. Yo le suponía, ignoro la razón, gran degustador de buena repostería. Su masa negra con ribetes, botones y calcetines rojos se perdía en una de las casas de la plaza Santa Ana. Frente por frente a la mansión del obispo Pildain, otro de los personajes de mi retablo vegetiano. Tal vez la imagen titular...

Ya no existen personajes de capa, ni pertigueros, ni comediógrafos, ni pintores que los retraten ni escultores que los representen en magistrales caricaturas como hizo José de Armas en una exposición que nunca olvidaré. Allí estaban los citados y otros tantos que para mi retina juvenil no eran importantes o no llamaban la atención y por eso no los he citado. Pero sin capas, sin pértigas, sin pianos y sin comedias

por Vegueta deambulan seres que con el común conforman su historia y que pueden llamarse Néstor Alamo, José Miguel Alzola, Ambrosio Hurtado de Mendoza, Agustín Manríque de Lara, Alfonso Armas, Joaquín Blanco, Julio Moisés y José Paz, artistas restauradores estos dos últimos, que mucho pudieran decir de lo auténtico, falso y añadido de esas otras figuras que en Vegueta se nos ofrecen a nuestra curiosidad actual.



XXV

LA HERENCIA ISLEÑA

El hombre que me vino a buscar - esto ocurrió hace diez años- no sólo era un ciudadano de los Estados Unidos de América, sino que era policía. Pero se llamaba Lorenzo Pérez y su antropología nada tenía que ver con la anglosajona. Había venido a Nueva Orleans con una furgoneta oficial para conducirme a la parroquia de Saint Bernard. Yo no salía de mi asombró contemplando y oyendo hablar a aquel individuo que parecía un canario disfrazado. Dueño de una cabeza que hasta vista por detrás -como yo lo iba observando mientras viajábamos-, respondía al tipo insular, Lorenzo Pérez se expresaba igual que unos sefarditas con los que una vez charlé en Estambul. Se expresaba en un español antiguo salpicado de voces como *toito*, *nojotros*, *camposanto*, *naide*, *día* (por iba), *asina*, *jamo* (por amo), *piliar* (pelear), *espejuelos*, *na*. Cuando poco tiempo después traté al grupo de isleños de San Bernardo, comprobaría que su lenguaje español no estaba exento de influencias sajonas, francesas y acadianas (traídos también a esta zona en el siglo XVIII). Al igual que en el español de Puerto Rico la r la convierten en l (veldá por verdad), y decían *contrimá*, *grima*, *engrifado* o «*me cogió la camella*». Lorenzo Pérez cual canario del siglo XVIII reencarnado de «policeman» gringo del siglo XX me condujo a los límites de la parroquia, cuyas tierras están por debajo del río Mississippi, defendidas por un amplio terraplén en la zona norte. Los isleños habían llegado a estas tierras en el siglo XVIII; tierras que más tarde vendieron a hacendados franceses arribados procedentes de Saint Domingue (Haiti) a raíz de la Revolución Francesa. Los isleños entonces emigraron hacia el sur, más hacia las bocas del Mississippi, y cambiaron su actividad. De labradores pasaron a ser pescadores, cazadores y tramperos. El nuevo ámbito les aisló más.

En nuestra ruta vimos Chalmette National Historical Park, con monumentos y pequeños museos. Allí en 1815 habían sido contenidos los ingleses por los norteamericanos a cuyo lado luchaban dos compañías de isleños. Precisamente en Chalmette National Military Cemetery vimos tumbas de isleños caídos en la acción. Luego estuve en un segundo cementerio donde los apellidos galos y canarios se mezclaban: Nunes (sin la ñ), Estupiñán, Marrero, Morales, etc.

En un lugar de la parroquia, concretamente en Terre au Boeuf, nos esperaban otros dos isleños: Frank Fernández, el escuelero, e Irving J. Pérez. Allí, en medio de unos grandes árboles, se alzaban varios edificios. Uno contenía un museíto y biblioteca; otro, recientemente regalado por una señora benefactora, estaba destinado a ser la «Casa del Isleño». Yo no salía del asombro viendo y oyendo hablar a los hombres y mujeres que pronto nos rodearon. El escuelero era una réplica de un primo mío. Algunos de ellos habían viajado a Canarias y, después de conocerla, no acertaban a comprender las razones por las cuales sus antepasados habían abandonado una tierra tan bonita, con montañas, para venirse a vivir a unas llanuras azotadas por los huracanes, el frío y las inundaciones. En un sitio faltaban montañas y sobraba agua; en el otro faltaba agua y sobraban montañas.

Mi experiencia insólita de aquel día se enriquecía por momentos entre aquellos paisanos surgidos del fondo de los tiempos. La comunidad había mantenido su singular antropología y cultura gracias al aislamiento y al propio empeño. Los que ahora eran unos adultos recordaban que, cuando eran niños y hablaban español en la escuela, los castigaban, pero lo hablaban. Los jóvenes actuales lo entienden sin casi hablarlo. En el pasado la endogamia llevaba incluso (caso de los Nunes) a producir una tarada descendencia; en cambio ahora los isleños se casan con anglosajonas y se van a vivir fuera. Para aminorar o combatir ese proceso de desintegración de la comunidad, los mayores luchaban defendiendo la herencia isleña. Una herencia que se denotaba no sólo en su antropología y en su

idioma, sino en sus costumbres y tradiciones. Todos tienen nombres, como llaman a los apodos. Practican los velorios y el luto rígido. En cuaresma los cazadores llevan las escopetas boca abajo y sólo la disparan para anunciar el nacimiento de algún hijo. El hijo o la hija que contrae matrimonio suele construir su casa dentro del mismo terreno de los padres. Si matan una vaca o un cerdo, hacen partícipe a los vecinos. La vida gira en torno a su relación con la tierra, el río y el mar. Hablan de continuo de «bayú» (canal), de la «tierra de abajo» (sur), de la «isla», de las dificultades de los «jaiberos» (pescadores de cangrejos). No faltan el recuerdo y la transmisión oral del pasado a través de décimas y coplas un tanto tristes. Así me lo pareció cuando me cantaron la historia de un jaibero que va a pescar en febrero. El más viejo de la comunidad cantó unas décimas referidas a Cuba: «Martínez Campos creía que Cuba iba ser española/Andaban por las montañas/cañones de artillería/Cuba no debe favores/a ninguna tierra extraña/en Cuba todo se encierra/Cuba es un jardín de flores...

«De Cuba para la Habana/vi bajar a una veguera/más fresca que una mañana/en tiempo de primavera/y le pregunté si era/nacida en las montañas...», etc..

La alusión a personajes del siglo XIX cubano en la letra de estas décimas, nos hizo pensar que en dicha centuria se produjo alguna arribada de isleños desde Cuba, huyendo de las guerras o después de lograr Cuba su independencia.

Nuestra ruta no concluía en aquel umbroso bosque donde se alzaban el Museo y La Casa del Isleño, si no que continuaba más hacia el sur, hasta Delacroix Islands. La ruta discurría siempre por una carretera paralela a un canal jalonado de casitas y en el cual reposaban barcos de pesca deportivos. Al final, en una casa preparada para actividades sociales, íbamos a comer. Las mujeres se habían esmerado preparando el menú: sopa de cangrejos, ostiones rellenos, pavo, ensaladilla, garbanzos, mermelada o gelatina, vino y tarta con helado. En la pared, pintada, presidía la bandera española

XXVI

LA MECEDORA VACIA

La tuvimos tanto, que al final creíamos que la íbamos a poseer siempre. Por eso todavía seguimos convencidos de que no se ha ido, que está allí aguardándonos, aunque en lo hondo de nuestras almas somos conscientes de que «siempre» no hay nada en este mundo. Ni ella, ni ella aunque la arropáramos y protegieramos con todo el amor de la tierra.

Era tan joven, que llegamos a pensar que por ella no pasaban los años. No le imaginábamos un final. Estábamos persuadidos de que no había envejecido jamás. El día en que se marchó, me dí cuenta de lo joven que era y de lo viejos que éramos los demás. Todos; los que se habían congregado para decirle adiós. Era joven, muy joven de espíritu. Daba la sensación de ser una niña con sus picardías, con sus respuestas para todo y con sus terquedades. No formó parte del grupo de los seres ancianos. Sólo tuvo una edad; no conoció eso que ahora denominan tercera edad. Hizo gala continuamente de un eterno buen gesto, y se valió por sí misma hasta el último instante. Y cuando ya no pudo se lo creía. No ofreció la estampa de la viejita frágil, chiquita, que inspira llamarle abuelita y tratarla como si fuera de cristal. Mantuvo hasta sus postreras reacciones el pudor de una quinceañera, y rehusó mirarse al espejo para evitar encontrarse con un rostro que no era el que ella seguía imaginando.

Sin duda se veía a sí misma tal cual la contemplo yo ahora en un retrato de 1919. La fotografía deja ver la tremenda melancolía de sus ojos enormes y la nostalgia del papel que también se ha visto obligado a envejecer. Luce un pelo negro, rizado, desbordado sobre la frente; a los ojos oscuros y profundos se agarra una luz de tristeza dulzona; la

boca se cierra en labios finos; la barbilla correcta, concluye en óvalo delicado de su rostro, envuelto en una piel suave de un moreno pálido, romántico. Viste una blusa blanca por la que escapa un cuello hermoso, y que sujeta y adorna un sencillo broche. Esta adolescente de dieciséis años, que nos mira interrogadoramente, ignora su destino. Esta adolescente sería el hontanar de varias vidas, una la mía.

Y desde esa condición de hijo -incluso desde ella- se nos escapa el misterio y la grandeza que conforman a la maternidad. ¿Qué tiempo de su existencia no fue «su» vida, sino la de sus hijos? Nadie sabrá nunca el tamaño de las horas vividas entre angustias, desvelos y esperas por una madre. ¿Cuántas soledades y rezos llenan su acontecer? Pidiendo a cambio ¿qué? A lo más, el placer de ver a sus hijos dormidos. Soñar, esperar, gozar y sufrir son los verbos consubstanciales a la esencia de madre. Cuando se van se llevan el secreto y el enigma de los días consumidos en la intimidad de su vivir. Ellas siempre están: a eso reducimos su papel: a estar para nosotros. Seguros de que en todo momento las tenemos dispuestas a volcar su protección y su cariño. Y cuando no están, la privación de su persona se nos hace dolorosa, irresistible. Nos urge tenerlas convertidos en niños menesterosos. Como sucede ahora, al marcharse para siempre.

Todo se ha vaciado de su presencia: nuestras vidas, su casa, sus vestidos, sus objetos personales. Todo ha perdido parte del significado que para ella poseían. Desde los cacharros de cocina al rosario usado con constancia. Su entorno permanece huérfano de sus afanes: la planta que cuidaba y acarreaba amorosamente de un lado a otro; las flores en los jarrones, pródigas en belleza; el pájaro en la jaula con el que se ponía hablar; el viejo reloj que dadivoso repetía la hora; la mecedora deshabitada que parece haber ganado una expresión humana de ausencia. «Quietas en el silencio están las cosas, y quieta, en lo callado», está la mecedora.

Su ser es sólo memoria, una memoria que permanecerá lo que duren los que la conocieron y amaron. Después, nada. «Ni si quiera el susurro de sus pasos»... o de su voz.

XXVI

LA REINA EN LA CASA DE COLON

Todo era una fiesta. La mañana se mostraba grata. La Reina estaba a punto de llegar. Las autoridades, atentas, aguardaban a la puerta del centro. El resto de las personalidades se alineaban en el vestíbulo. La Reina, gentil, llegó puntual. Hubo lo de siempre y, en seguida, ella y su cortejo recorrieron el itinerario previsto envuelto en luminosidad y blancura. Todo resultó normal aunque más de una cosa, suponemos, estaba preparada. Para eso existen unos celosos señores del protocolo. Lo prefijado se rompió cuando la Reina mostró su deseo de pasear por el antiguo barrio. ¿O estaba también ello programado? No lo se. Tal vez. Doña Sofía se dirigió hacia la cabecera de la calle y, bordeando la Casa de Colón, llegó hasta el corazón histórico de la urbe. Allí mismo, donde hoy se alza la recoleta ermita de San Antonio Abad, establecieron los capitanes de Castilla el real origen de la ciudad de Las Palmas.

La Reina entró en la iglesita. Ignoro si alguien le explicó que se acaricia hace tiempo la ilusión-proyecto de decorar sus paredes con murales de Jesús Arencibia recogiendo las relaciones de nuestro Archipiélago con América. Tampoco se como lo imprevisto comenzó ha ser la nota del paseo regio. Desde mi posición tuve el convencimiento de que la Reina mostró interés por visitar la Casa de Colón (visita desechada) y que los responsables del protocolo o seguridad se opusieron, pero ella insistió. Y entró.

Era jueves; días para que los niños de los colegios visiten el museo colombino y se deleiten viendo y oyendo a Colón, al grumete, al indio y al loro. En la mentalidad de los visitantes los seres citados son de la misma época. Hemos dicho que los visitantes gozan oyendo a Colón. Sí. Los encargados de la Casa han introducido últimamente unos elementos

pedagógicos de extraordinario resultados. Tres adolescentes, convenientemente caracterizados, hacen de Almirante, de indígena americano y de grumete. Parecen figuras de cera. Los estudiantes golpean con un cucharón puesto a mano y la figura del Descubridor cobra vida y habla. Los chiquillos lo escuchan embobados. Todo un éxito.

Cuando la Reina entró, por las salas circulaba la grey estudiantil con sus profesores, con sus monjitas y con su curiosidad. Y allí estaban Colón y el grumete. El indio, aquejado de una gripe, no compareció ese día.

Había que cuidarse. no en balde una gripe llevada por los españoles fue dramática para sus antepasados. El joven que hacía de Colón, más Colón que el mismo almirante, permanecía inmutable viendo y oyendo a la Reina. Doña Sofía dudó. ¿Era una imagen o un ser humano? El genovés, galante y señorial, la sacó de dudas con una inclinación respetuosa. La Reina se sonrió y estuvo a punto (fue la sensación que tuve) de tomar el cucharón y golpear. No lo hizo. Por un momento también presentí que el almirante iba a entregarle a la soberana el diario que sostenía en las manos, tal como lo había hecho en Barcelona quinientos años atrás. Tampoco lo hizo. Dos preciosas ocasiones perdidas, para dos extraordinarias anécdotas.

La ruta de la Reina prosiguió entre las rutas del Descubridor plasmadas en grandes mapas que a Doña Sofía le llamaron la atención manifestando su deseo de contar con un libro donde poder repasar despaciosamente tales exploraciones. Esta ocasión sigue abierta: que la Casa de Colón haga realidad el deseo mayestático. Colón no había llevado monjitas ni chiquillos en sus viajes, pero sí adolescentes grumetes. Allí estaba uno de ellos profundamente dormido. ¿Cuál de los que subieron a la «Santa María» era? Cristobal Caro, Diego Bermúdez, Alonso Chocero, Rodrigo Gallego, Diego Leal, Pedro de Lepe, Jaime el Rico, Martín de Urtubia, Andrés de Yebenes, Juan... ¿Cuál de ellos sería? Sin duda, el que dormía en la noche del veinticinco de diciembre de 1492, cuando la «Santa María» encayó. Al sentirlo el grumete dice Colón que dió voces. Ahora sus sueños eran más profundos, pues oía la voz de la Reina comentando la perfección

de su simulacro y no entornaba los ojos. Resistió. Oyó como Doña Sofia manifestaba con una sonrisa que si permanecía así cuatro horas al final quedaría verdaderamente dormido, y no abrió los ojos. Renunciaba a contemplar a su Reina, de la que le separaba una distancia mínima. Fué preciso, hace quinientos años, que el gobernalle tocase fondo y oír ruidos de rompientes para despertar y dar voces. Ahora ni si quiera sigilosamente se le ocurrió mover un párpado. Admirable.

Fuera, en el patio, otra sorpresa aguardaba a la Reina: un papagayo y un loro. A los turistas les cuentan que fueron traídos de América por Colón (como los negros de Gibraleón, en Huelva); pero Doña Sofia no era una turista y hasta el mismo loro tan parlanchín y deslenguado se contuvo por unos momentos y se creyó en la obligación de homenajear a la soberana cantándole, por dos veces, «Ay Terror». A lo mejor estaba borracho he iba por la etapa de los cánticos regionales. La concurrencia rió con el loro, incluso la Reina, que lo hizo sin duda más relajadamente que los demás. Porque los demás temíamos que el animalito se pusiera a blasfemar y a lanzar tacos como el loro de la «*Isla del tesoro*» tan distinto del papagayo Poll de «*Robinson Crusoe*».

Estoy seguro que Doña Sofia se llevó como vivencias inolvidables de esta su nueva estancia en Las Palmas la estampa del grumete dormido y el canto del loro verde. Y es que las cosas imprevistas - visita a la Casa de Colón- suelen resultar mejor, por espontaneidad y sinceridad, que las que se organizan y programan al segundo y al milímetro.

XXVII

LO QUE QUISE DECIR A MI PUEBLO

Quien hable está obligado a no perder de vista la coyuntura, es decir, ha de tener en cuenta el lugar, el público y los motivos de su disertación. Las dos primeras son no solo fáciles de considerar, sino gratas, porque placentero resulta siempre hablar en su pueblo y para su pueblo. Más difícil se torna usar la palabra para testimoniar públicamente un reconocimiento y una gratitud, sobre todo si nos esforzamos por huir de frases manidas y de tópicos. A no ser que ya que estamos en Canarias y hablamos para canarios, lo hagamos con el llano estilo de nuestra gente: Gracias, o que Dios se lo pague.

Si se me permitiera una pirueta lingüística echaría manos de las palabras empeño/empeñar y haría unas consideraciones en voz alta con intenciones de encerrar en ellas el trance que estoy viviendo en este propósito por dar las gracias. Veamos: unos amigos han querido reconocer en nosotros unos méritos obtenidos gracias al *empeño* o esfuerzo personal que hemos puesto en el ejercicio de nuestra profesión. Nosotros, por ello, nos encontramos *empeñados*, es decir, endeudados o endrogados, como se dice en Canarias. Todo nuestro *empeño* o pretensión en este instante consiste en manifestar un agradecimiento y no logramos transmitirlo como nos gustaría, conscientes, además, de que ya siempre, y por esta distinción que se nos ha otorgado, seguiremos *empeñados*. Empeñados en el trabajo para superarnos; empeñados en la deuda porque el beneficio u honra es mayor que los méritos. Cuanto más gracioso es el beneficio, decía Fray Luis de Granada, tanto más deja al hombre obligado.

Pienso si mi condición de persona que vive fuera de las Islas no es

causa de esta exagerada apreciación. Al que está lejos la fantasía y generosidad humanas suelen adornar con falsas virtudes y cualidades. Lo desconocido y distante nos merece siempre unas valoraciones más positivas que las personas o cosas que nos rodean.

Lo expresado pudiera parecer que nos consideramos, como diría Ortega y Gasset, un «despaisado»; uno de esos seres que han perdido el contacto con su paisaje originario con la consiguiente perturbación de nuestra canariedad. ¿Es ese nuestro caso? Rotundamente contestamos que no. Porque aparte de llevar conmigo los escenarios de mi pubertad e infancia -y la infancia es la biografía de un hombre-, la realidad ha sido que jamás hemos cortado la ligazón umbilical con las Islas, humus nutricio en el que se hunden las raíces de nuestra personalidad. Y aunque los frutos de dicho árbol hayan madurado fuera, su savia y esencia los tomaban del suelo natalicio sobre el cual han caído muchos de esos rendimientos.

Los momentos que integran nuestras vidas -y ella misma es un momento- poseen diversas naturalezas. Los hay duros, dolorosos he ingratos; los hay diferentes, insípidos e inocuos; y los hay alegres, sublimes, felices. En estos últimos es cuando nos identificamos con todo lo que nos rodea; todo nos resulta bueno y hermoso; todo parece nuestro o formar parte de nosotros; y a todo lo queremos abrazar o abarcar en un abrazo. Esta es una de esas ocasiones breves y placenteras que nos ha sido dado vivir y que anhelamos coger, aprehender, para que no se nos fuera haciéndola más larga en un afán por retenerla toda la vida.

Desde mis años de colegial y universitario, mi tierra -nuestras Islas- ha estado en el centro de mi quehacer profesional, de mis aficiones literarias, y de mi docencia. Para colmo, en mi trayectoria vital e intelectual se cruzó Sevilla, lo cual reforzó mi canariedad. Se cruzaron Sevilla y América, dos ámbitos estrechamente unidos al insular. No me ha sido difícil ejercer el oficio de ser hombre, que consiste en un continuo superarse. Y a la altura que estamos de

nuestra vida consideramos que el honroso galardón obtenido no es una meta, sino un punto de partida. Porque el premio recibido constituye un aguijón en el sentido de estímulo. Aguijón para volver a partir una vez más, sabedor de que en la vida lo importante no es llegar, sino estar llegando, ahora de forma más hipotecada (empeñada) ya que la recompensa obliga al transformarnos en un ejemplo o paradigma para nuestra juventud. No cabe permanecer parados, gozando de las mieles del éxito; no es buena la inactividad porque ello equivaldría a creer que es más buena la posada que el camino.

Hay una interrogante que más de uno está en libertad de plantearse. ¿Es que sirve para algo lo que este señor ha hecho? En nuestra época ha sido habitual escuchar que el cultivo -investigación y docencia- de la Historia constituyen una antigualla. Y en todo caso, se ha sostenido, que del ayer interesa únicamente aquello que resulte útil para solventar los problemas contemporáneos ¿Qué contestar a tales aseveraciones?

Hace tiempo que leímos en un pensador español, y lo tenemos subrayado, que «Si el hombre quiere de verdad poner en claro su ser y su destino (qué soy, a dónde voy), es preciso que logre adquirir la conciencia histórica de sí mismo, esto es, que se ponga en serio a hacer historia». Y hacer historia en serio consiste en reconstruir, explicar e interpretar la totalidad del ayer, excluyendo toda exclusión y toda visión subjetiva y distorsionada.

La afirmación de los regionalismos o autonomismos -peligrosos si se antepone el interés particular al interés del todo- en estas postrimerías del siglo XX, explica entre otras razones la floración historiográfica regional. Otras causas pueden estar en la puesta de moda hace ya tiempo de la microhistoria. Las Islas Canarias, cuyo cuerpo de profesionales de la Historia ha crecido esplendorosamente en los últimos tiempos, no han permanecido al margen o ajenas al fenómeno interesadas por el pretérito. No siempre las Islas han sido un momentáneo apeadero, con interés para «los otros». Siendo como

han sido camino para muchas partes, lo cual ha determinado que una buena dosis de la historia de sus hijos se desarrolle bajo otros cielos, las Islas han sido también objetivo en sí mismas y para sí mismas, y receptáculo de un acontecer que arranca del Neolítico.

Esa proliferación y curiosidad responden en general al anhelo natural que el ser humano experimenta por poner en claro su ser y su destino: lo que ha sido y lo que puede ser. Se investiga para saber. Quien investiga camina hacia la verdad o lo contrario, y quien posee la verdad sabe, y quien sabe sirve a la sociedad. Esto es lo que hemos venido haciendo y viene realizando en silencio una pléyade de historiadores con los que deseamos compartir este Premio Canarias 1990.

Para decir todo esto «he vuelto», soñando que mi corazón, en los versos de Pedro Lezcano, vaya al corazón de todos mis amigos y regrese luego a su sitio enriquecido.

XXVIII

HE VUELTO

He vuelto a la plaza de mi infancia. Allí seguía el escenario casi intacto. Del lugar, huérfano de chiquillos, escapaba la delicada luminosidad del atardecer. Los niños de antaño ya son hombres, y los actuales no juegan a piola, ni al boliche, ni a la estampa, ni al trompo, ni al escondite. Sin embargo, esperándolos a los de ahora y a los de otrora, continuaba la misma esquina de siempre, la de la casa en la cual nació. La esquina en la que reclinábamos la cabeza y contábamos hasta ochenta (¿por qué esa cantidad?), mientras los demás esparcidos luchaban por esconderse detrás de los árboles y en los huecos llenos de penumbras que inspiraban recelos. Allí persistía la iglesia y la torre, la casa parroquial silenciosa y sin luz, y las viejas moradas con tejados repletos de berodes. El croar de las ranas sonaba cual fondo musical. Y más allá del recinto, de las ranas y del cauce apagado del barranco, expiraban sobre la cumbre las irreproducibles e indescriptibles luces del crepúsculo. Todo daba la sensación de no haber cambiado; pero bien sabíamos que era distinto. Nosotros éramos los primeros en no ser iguales. Hemos vivido y no hemos logrado «que el presente sea toda la vida» como quería Juan Ramón. Ya no suena la campana anunciando «la oración» -el ángelus- y convocando al rosario. El templo no abre acogedor la puerta; permanece cerrado, callado y hosco, negándonos la posibilidad de transitar de la media luz de la plaza a la de la iglesia y vislumbrar la luciérnaga roja y misteriosa del sagrario. Tal vez los herederos de quienes disfrutaban con aquel instante en el que hablaban consigo mismos y con Dios prefieran el monólogo intrascendente de la televisión. En la plaza no están (no estábamos) los compañeros de mi infancia con sus voces, gritos, risas, carreras, y miedos, listos para decir «Calabaza, calabaza,

cada uno para su casa; calabacino, calabacino cada uno por su camino». Y salir disparados hacia el hogar familiar.

He vuelto al colegio de mi pubertad. Allí permanecía el entorno casi exacto: la encrucijada de calles y la cercana plaza de frondosos laureles de la India. La escena yacía abandonada de estudiantes que, convertidos en hombres y mujeres, cambiaron los juegos por los diversos papeles que la vida les deparó. El colegio dejó de ser el del pasado. La intersección de las calles sobrevive desolada, sin alumnos, vigilada por el rostro de un colegio mudo, clausurado y huraño. De las paredes desconchadas y mugrientas, de las ventanas con cristales rotos, y de la puerta de ingreso despintada emana una melancolía punzante. La luz, tan radiante como la existencia de aquellos muchachos que entonces eras promesas, no penetra en las aulas vacías. El salón general, estancia de claridades y de estudios, se ha convertido en guarida de oscuridades y ausencias. El tiempo que todo lo transmuta, eliminó la jaula habitada por periquitos alborozados del patio, las carreras juveniles por las escaleras y corredores, y las emociones al recibir las notas semanales. Los colegiales, vestidos de azul y gris, partieron para siempre, como para siempre se fueron los profesores. Y con la ida de los escolares terminaron las esperas y las entradas en tropel, los esparcimientos callejeros y las bromas, el bullicio de las aulas, la preocupación de ser llamado a la pizarra, la obligación de volver castigado la tarde del sábado por malas notas... Ya no se oye más la hora jubilosa en que al terminar la semana corríamos felices hacia nuestras moradas.

He vuelto a la calle de mi juventud. Era la misma de siempre: con una ligera curva en su discurrir, con las aceras rotas de toda la vida, y con esa originalidad que le procura el estar flanqueada por fachadas de edificios en una acera, y en la otra por traseras. Daba la sensación de no haber variado. Sensación falsa. Murieron los hombres que afanosos trabajaban al aire libre o en los garages; y los niños que retozaban en la vía dejaron de hacerlo para transformarse en hombres. La mujer que me saludaba cariñosamente dejó de fisgonear a través

de la rendija de su puerta. Por ninguna parte es posible divisar a alguien de aquella inverosímil familia apiñada en un extraño habitáculo. Persevera mi casa, sin ser mi casa. Porque a un hogar lo forman algo más de cuatro paredes y un techo. Otros muebles, otros cuadros, otras lámparas, otras cortinas, otros quehaceres, otros sentimientos, otras voces y hasta otros ruidos dominan el ambiente en el que trascurrió parte de mi juventud y en el que vivieron seres entrañables. Desaparecieron las reuniones familiares, las plantas y los pájaros, y la hacendosa actividad de un corazón y de unas manos femeninas que cuidaban de ellos. Todo es diverso y jamás volverá a ser como fue. No obstante, yo lo continuo viendo de aquella manera, aunque en la ventana no se asome una mujer para contemplar cómo me voy y pierdo allá abajo detrás de la esquina...

He vuelto a la plaza, he vuelto al colegio, he vuelto a la calle. Y me he marchado con intenciones de no retornar jamás, pero estoy seguro que regresaré aunque no haya nadie en la plaza, en la encrucijada, o en la ventana. . .

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR, EN
LA IMPRENTA PELAYO, DE LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA, EL DÍA 30 DE MAYO
DE 1991, DÍA DE CANARIAS.

SUMARIO

0. — Presentación. Excmo. Sr. D. Vicente Alvarez Pedreira.
Vicepresidente del Gobierno de Canarias.
1. — Incorporación de Gran Canaria .
2. — La españolidad de Las Canarias.
3. — El Pregón Pregonado: El amor al Pino.
4. — Las aventuras del caballero Lancelot en su isla.
5. — El Señor Santiago.
6. — La Fundación del Real de Las Palmas.
7. — Evocación del Real de Las Tres Palmas.
- 8.— Meditación Canario - Cubana.
9. — El Indalo.
10. — Mis profesores.
11. — Fué un sábado: 18 de Julio de 1936.
12. — El museo de mi Museo.
13. — Tristezas.
14. — La visita del Señor Ministro.
15. — Esta ciudad, aquella ciudad.
16. — El predicador y los mendigos.
17. — Cuatro emigrantes para una América.
18. — Temblor de vida en La Laguna.
19. — Del hermano cerdo a la puerca asesina.
20. — La Casa de los Coroneles.
21. — El Entenado.
- 22 — Mi habla canaria.
- 23 — Belleza y misterio de unos nombres.
24. — Mis figuras de Vegueta.
25. — La herencia isleña.
26. — La mecedora vacía.
27. — Lo que quise decir a mi pueblo.
28. — He vuelto.

PORTADA:

Grabado original de

CHARINA

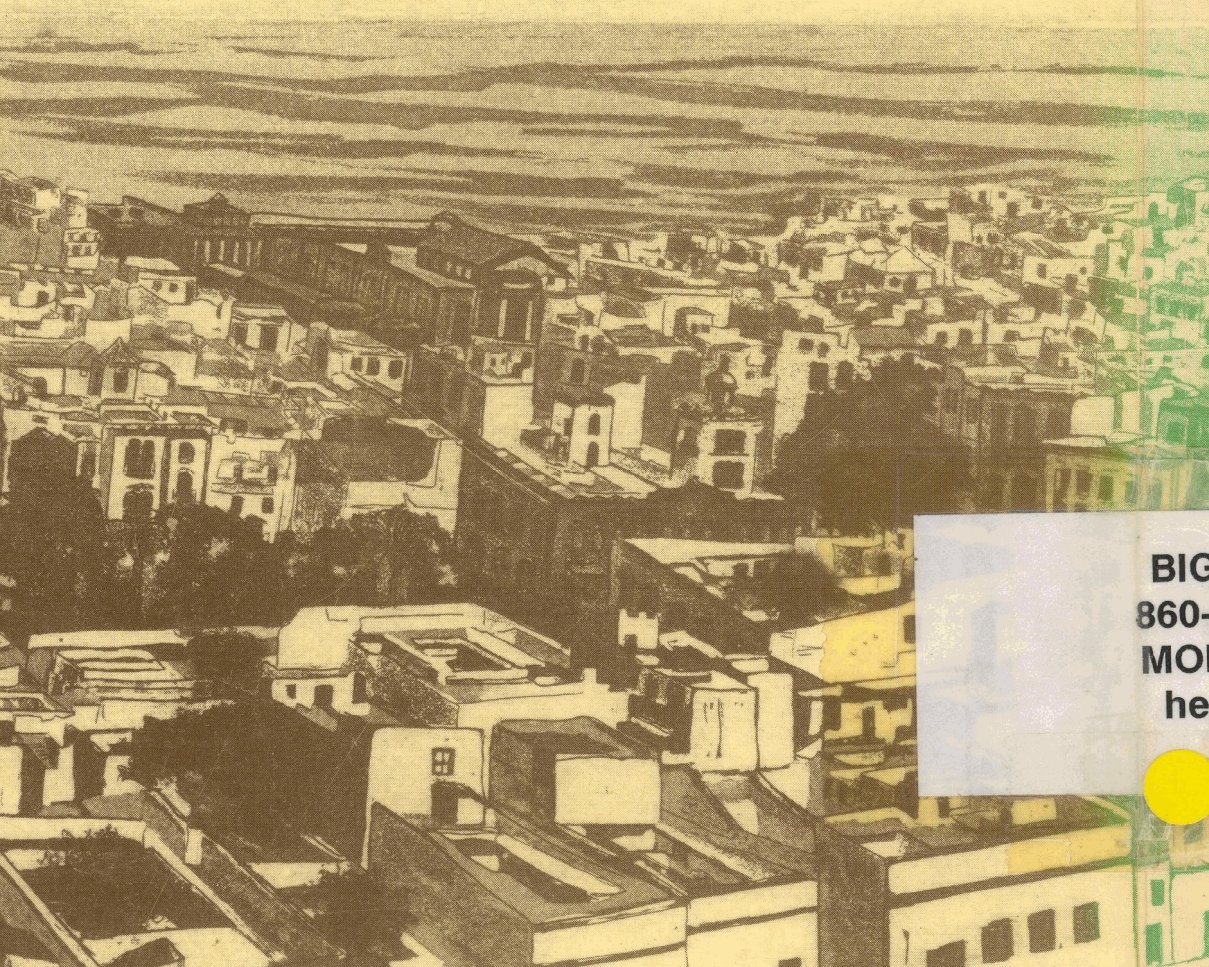
Taller Casa Museo Colón

“Las Palmas, Principios del Siglo XX“

Las Palmas de Gran Canaria, 1987



GOBIERNO DE CANARIAS
CONSEJERIA DE LA PRESIDENCIA



BIG
860-
MO
he

